VV. AA.

EL DESCRÉDITO

Colección Leviathan

Ediciones Lupercalia

EL DESCRÉDITO

VV. AA.

VIAJES NARRATIVOS EN TORNO A LOUIS-FERDINAND CÉLINE

COLECCIÓN LEVIATHAN
EDICIONES LUPERCALIA

VV. AA.

EL DESCRÉDITO

Viajes narrativos en torno a Louis-Ferdinand Céline

COLECCIÓN LEVIATHAN
Ediciones Lupercalia
1ª edición: septiembre 2013

Miguel Sánchez Ostiz, Mario Crespo, Celia Novis, José Ángel Barrueco, Óscar Esquivias, Bruno Marcos, Pepe Pereza, Isabel García Mellado, Álex Portero, Vanity Dust, Juanjo Ramírez, Patxi Irurzun, Juan Carlos Vicente, Velpister, Esteban Gutiérrez Gómez, Pablo Cerezal, Javier Esteban, Miguel Baquero, Choche, Carlos Salcedo Odlakas, Joaquín Piqueras, Adriana Bañares, Gsús Bonilla, Alfonso Xen Rabanal, Daniel Ruiz García,
Enrique Vila-Matas,
Julio César Álvarez,
Vicente Muñoz Álvarez

© Diseño y maquetación Alejandra Adrover
Corrección y agradecimiento especial a
Vicente Muñoz Álvarez y Julio César Álvarez
Derechos de edición reservados:
EDICIONES LUPERCALIA, S. L.
C/. Pda. La Boquera 52, 03669 La Romana.
www.edicioneslupercalia.com
www.lupercalia.es

ISBN: 978-84-941639-0-6
Depósito Legal: A 451-2013
Impresión: Repográficas Malpe
Impreso en España – Printed in Spain

EL DESCRÉDITO

VIAJES NARRATIVOS EN TORNO A LOUIS-FERDINAND CÉLINE

Selección y prólogos por
Vicente Muñoz Álvarez y Julio César Álvarez

P R Ó L O G O S

EL DESCRÉDITO

Si existe un novelista, por encima de cualquier otro, que haya marcado a los escritores de mi generación y se merezca hoy en día por méritos propios un homenaje, ese es Louis-Ferdinand Céline, autor, entre otras, de dos de las novelas más importantes del pasado siglo, *Viaje al fin de la noche* y *Muerte a crédito*, maldito entre los malditos, estigmatizado por sus panfletos antisemitas y su colaboracionismo con el régimen de Vichy durante la Segunda Guerra Mundial, vilipendiado, ninguneado y odiado, pero también idolatrado, admirado e imitado hasta la saciedad. Un homenaje que incluso en su país natal, Francia, le ha sido denegado por motivos de oportunismo político, y que hoy, en España, aquí y ahora, en plena debacle económica y social (y en un contexto muy semejante al que él denunció en su día), un grupo de narradores nos hemos decidido a brindarle.

Porque creemos, en primer lugar (y en eso coincidimos prácticamente todos), que su obra lo merece, por encima de cualquier consideración biográfica, histórica o política. Porque para nosotros es un indiscutible referente y maestro, quizás el más grande de todos, y desde nuestra posición de escritores nos sentimos obligados a hacerle justicia. Porque, hoy más que nunca, desencantados de la política y el sistema imperante, el mensaje anarquista de sus novelas sigue más vigente que ayer. Porque no queremos seguir siendo cómplices de su linchamiento y de tanta hipocresía. Porque sus palabras nos agujerean el corazón y enseñan gigantescas verdades, gusten o no, duelan o no, escandalicen o no, hieran a quien hieran. Porque de su nihilismo aprendemos, gracias a él somos individuos pensantes, no marionetas, y debido a él nos liberamos de velos y ataduras y contemplamos objetivamente el mundo. Porque si hubiera que juzgar (como se le ha juzgado a él y a su obra) la literatura y el arte por la catadura moral de sus artífices, las bibliotecas y museos se vaciarían…

Por todo ello y mucho más, esta antología, nuestro sentido homenaje.

«Ya de puestos, hasta cuello», afirmaba a menudo Ferdinand, y hasta el cuello nos hemos metido en su obra y hasta el fondo hemos querido llegar. Sin complejos ni prejuicios, sin filtros morales ni consideraciones éticas, por el mero hecho de admirar su prosa y reconocer su maestría, por el puro placer de hacerle (nuestra) justicia.

Cuando uno lee *Viaje al fin de la noche* o *Muerte a crédito* o *Norte* o *Rigodón*, tiene que ser objetivo, lo primero. Tiene que reconocer, por encima incluso de la Historia, que lo que el viejo y resentido Céline afirmaba categóricamente desde su derrota: «Soy el escritor más grande de este siglo», tiene en parte su fundamento. Es una fanfarronada celiniana, indudablemente, pero, en cualquier caso, una indiscutible verdad. Lo que él hizo con el lenguaje, con las palabras, lo que descubrió al fondo de nuestras atormentadas mentes, lo que intentó plasmar, lo que gritó, lo que cantó, fue la gesta de nuestra desolación, el espectáculo dantesco de nuestro destino. Algo que, al fin y al cabo, a todos nos da miedo: como ver nuestro cadáver pudriéndose y contemplar atónitos nuestros gusanos.

Maurice Bardeche, en su biografía sobre LFC, afirma: «Hay algo que siempre resultará ingrato, que siempre espantará a los espíritus timoratos, y es la no esperanza de Céline, el precipicio que nos fuerza a contemplar, el abismo que no deja otro futuro salvo el caos. Céline lo había dicho en una ocasión en una de sus entrevistas: no se permite dudar de los hombres, y esa es una blasfemia para la que no hay absolución.»”

Nuestro miedo, nuestra misantropía, nuestro espanto… Si la literatura refleja (directa o indirectamente) nuestra experiencia, ¿cómo no va a reflejar nuestra desgracia?

Ese fue Céline, y ese, asimismo, su genio y maestría, su ominoso e iluminado talento: cantarle al horror y desnudar por dentro nuestra mentira.

Su primera novela, *Viaje al fin de la noche*, abre la puerta al carnaval: ahí está Bardumu, su alter ego, denunciando el sistema de ser hombre, el mero hecho de estar vivo. La farsa de la colonización, de la guerra, de la política, de la medicina, del orgullo, de la dignidad… Primer aviso.

Luego, *Muerte a crédito.* Aquí lo grotesco se erige ya sobre lo ideológico o lo racional, se olvidan los contextos, las excusas, para ir directamente al grano: nuestra infancia, los primeros pasos, el principio del fin, el aprendizaje de la miseria y la muerte, el despertar… Céline ya no es Bardamu, ahora es él mismo, Ferdinand, y lo será ya en el resto de sus novelas. Ya no hay más lepras que ocultar. Perdida la esperanza, sólo queda ya el resentimiento. Comienza la función, el espectáculo. La humanidad al completo es una mentira, una farsa, una invocación de muerte. Y es precisamente esta revelación, la total sinrazón, la absoluta desesperanza, la que le lleva a la exaltación final y la que justifica, al menos de algún modo, su desafortunado error político.

Y entonces llega el odio, el aullido de la fiera herida, acorralada, perseguida y demonizada: *Fantasía para otra ocasión*, D*e un castillo a otro*, *Norte*, *Rigodón*, etc.

Céline fue sin duda el perdedor del juego y él mismo se regocijó en su derrota, se la sirvió en bandeja a la posteridad.

Aunque no pretendemos disculparle, exactamente. Lo que más bien intentamos es mostrar cómo la experiencia influye a veces de manera trágica y extraña en la literatura, cómo en ocasiones el dolor engendra monstruos, para poder desglosar con tino de su obra su inigualable estilo, su lenguaje emotivo grandioso, de los hechos dramáticos que lo originaron.

¿Fue Céline un escritor en esencia fascista o le llevó su desengaño a serlo? ¿Fue realmente el más grande o fraguó deliberadamente su imagen desde su escritura? ¿Fueron, en suma, sus panfletos antisemitas fruto de su desencanto, o más bien el reflejo de un sentimiento, «la tentativa de un sendero» (parafraseando a Herman Hesse)?

Sea cual fuere la respuesta, creo que lo más oportuno, por encima de cualquier prejuicio e ideología, de cualquier sentencia apresurada, es leer inteligentemente sus novelas, con la venia de los timoratos.

Y eso es lo que hemos hecho exactamente en esta antología, Julio César Álvarez y yo como antólogos, y otros veintiséis autores

españoles contemporáneos, algunos más y otros menos conocidos, antes de escribir sobre el tema: leer imparcial y desprejuiciadamente a Céline, primero, para poder hablar con fundamento de su legado y obra después. Algo que muchos de sus verdugos y detractores, me temo, no se han ni si quiera dignado a hacer, al menos con la debida objetividad de espíritu.

Este es, pues, nuestro homenaje y tributo, Maestro, para ti nuestra ofrenda.

VICENTE MUÑOZ ÁLVAREZ

NO MIREN ABAJO, UNA TENTATIVA DE PRÓLOGO CELINIANO

Céline sigue en movimiento, todavía hoy. Crece y decrece, palpita y se apaga a intervalos, dejando siempre tras de sí cientos o miles de heridos por su lectura y la ingenua pretensión de hallar esa extraña fórmula que parece esconder. Prosa auténtica, estilo auténtico, sin más. Algo en principio sencillo, pero que todo autor sabe sumamente difícil. Por eso estas páginas no iban a ser una excepción. Decía Enrique Vila-Matas en aquel libro de reflexiones que fue *El viajero más lento. El arte de no terminar nada* (Seix Barral, 2011), que «nuevamente renace esa casi inconfesable e incómoda atracción que sentimos hacia las cosas de Céline» y que indefectiblemente nos obliga «a tomar partido». Tal vez por eso, en esta antología no duda en definirle como un «hombre un poco pesado» (incluido en el propio título) o esa otra en que lo puntualiza como «autor de un solo libro, el primero (…) y que lo otro fue pura cháchara y aullido», amén de «cerdo repugnante» y demás parabienes. Y así se cruza uno siempre con Céline, con pasión y odio encontrados, con admiración y deseo de colgarlo en la plaza pública, o como poco esconderlo en un rincón, en ese cuarto oscuro que es la sombra más negra de la humanidad. Características de tal calibre, evidentemente, sólo las tiene un padre o un maestro, y puede que Louis-Ferdinand Céline sea, ni más ni menos, ambas cosas. El padre y maestro de la literatura contemporáneas, al menos de cierta literatura, ésa que persigue coger del cuello la verdad y crear belleza extrema de lo más terrible de nuestro ser.

Es por ello que Vicente Muñoz y yo decidimos acercarnos a la figura del francés, levantar una antología con autores de muy distinto tipo y ver qué nos encontrábamos al final del trayecto. Y sucedió lo esperable. Cada autor interpretó al autor de *Muerte a Crédito* de un modo muy distinto, cada uno forzó más si cabe su propia sintaxis (la sombra de Céline es alargada) en un intento de homenajear al desagradable maestro y hacer ver las consecuencias de una filosofía celiniana, si eso es posible y aconsejable. No debemos

olvidar que Céline en algunas cuestiones era un amargado nihilista, pero un nihilista que no podía dejar de escribir, quizá porque el resto de aspectos de la propia existencia eran mucho más detestables.

Así, la selección de autores (unos más consagrados, otros más prometedores), ha descendido por su particular abismo para responder al enigma Céline. El conjunto es sumamente interesante, porque además de desentrañar parte de ese enigma, también se produce el voluntario o involuntario desnudo que aquel *Viaje al fin de la noche* les causó. Digo esto, porque es probablemente, junto con *Muerte a crédito*, la obra que más veces se menciona. Una especie de espejo en el que muchos se han querido ver reflejados nuevamente. Lo que convierte en un alivio encontrarse con ese cinismo vitalista que para Bruno Marcos atesora el gran maldito, o su contrapeso inevitable, la asfixia y enormidad celiniana de Miguel Sánchez Ostiz. Sin olvidar el discutido tema del antisemitismo, en ello profundizan a pleno pulmón y sin ayuda de oxígeno, por ejemplo, José Ángel Barrueco o Juan Carlos Vicente; aunque también hay ficciones de muy distinto tipo que encierran indirectamente parte de esa fascinación inagotable, y pienso en Patxi Irurzun o en Pepe Pereza, o ese otro retazo de autobiografía, con tintes militares y descreimiento precoz que es el relato de Carlos Salcedo. Sin olvidar, ya digo, el juego con la sintaxis, como en Alfonso Xen Rabanal o esa otra conversación extraída de lo digital, por Joaquín Piqueras, que lo que logra, sobre todo, es acercar a Céline con naturalidad al desmoronamiento de este nuevo siglo.

Luego están las recreaciones de hechos sintomáticos en la frágil existencia del autor, como aquella visita fugaz que hicieran Burroughs y Ginsberg, y que ahora nos acerca Mario Crespo, que junto con esa otra dramática travesía en barco de Celia Novis, humanizan y dan cabida a personalísimos retratos, tan posibles o más que aquellos otros autorretratos escondidos en sus libros. Siempre, eso sí, con un instintivo sentido de tensa admiración.

Estos son algunos de los elementos y artefactos que el lector encontrará de aquí en adelante. Se cruzará con lo mejor y peor de aquel huraño ser que destapó para siempre la caja de los truenos, la

que supone ir de frente, sin titubeos y medias tintas, perdigones de más o menos calibre que se instalarán infecciosamente en lo más profundo de nuestro cerebro y que plantearán sin demora una nueva lectura o relectura del fenómeno Céline y su infinito legado.

No podrán evitar chocar indirectamente con sus contradicciones, su visceralidad más profunda, hurgar en esos recodos que parecen esconder algún tipo de respuesta, la que sólo aparece en los peores momentos, en las guerras o en el choque frontal entre los seres humanos más desesperados (tal vez esta crisis económica que se alarga sin fin, no sea más que un conflicto bélico sin armas y el mejor momento posible para llevar a cabo esta antología). Aunque la respuesta que pueda ofrecer el «viejo rabioso», si es que ofrece alguna, es el poderoso atractivo de su estilo, ese sempiterno estilo fragmentado y su genial abismo que nos mira directamente a los ojos (ya decía Buffon aquello de que «el estilo es el hombre»). Vivimos tiempos confusos, no hay duda, eso convierte y convertirá a Céline en el perfecto guía por el desfiladero. Eso sí, miren con cuidado hacia abajo. Queda en sus manos.

JULIO CÉSAR ÁLVAREZ

EL DESCRÉDITO

CELINIANA, UNA EVOCACIÓN

Miguel Sánchez Ostiz

De los sombríos pasajes de la panza de París y de su hormiguero –el Choiseul convertido en Beresinas en *Muerte a crédito*–, al barco de las vacaciones en Le Havre; de las juergas de Montmartre, antes y después de la Ocupación, a las soledades del mar del Norte, en su exilio danés, refugiado en una cabaña que le ha prestado su abogado, *maître* Mikkelsen, y contra el que echa pestes: el oro, el oro al fondo, las incomodidades, los gatos, el frío, la miseria, los piños dejados en la cárcel, las traiciones... sobran motivos de queja y execración, de furia incontrolable vertida a chorro en la escritura. El chivo expiatorio. El chivo máximo. Por fortuna tiene papel de cartas, porque en esos años frente al mar (más o menos) escribe una masa de ellas, escribe, no tira la toalla, la escritura es su velero contra vientos y mareas, adversos, exorcizados, pero jamás con el corazón en calma. Céline de vacaciones... por qué no. Realidad y fantasía en Céline. Hay como para rellenar tomos y más tomos.

En los peores días de ese exilio danés, L. F. Céline de pocas encontró refugio en España. Lo tenía, gracias a su amigo Zulo, Zuloaga, que se lo quería traer a Zumaya (esa joya bibliográfica que son sus cartas encontradas de manera rocambolesca). Zuloaga trabajaba en el entorno de la Embajada española, a las órdenes del falangista Lequerica y de otra gente espantosa que lo había hecho en colaboración con la Gestapo. Pero Céline no se decidía, temía por la suerte del oro que había escondido en un lugar y en otro. Él escribe que lo quieren llevar a Bilbao, pero en realidad es a Zumaya, donde está la casona-museo de los Zuloaga. Céline y el oro, Céline y la avaricia, Céline y el miedo inveterado a la pobreza y al futuro en la desposesión. De ahí sus broncas con sus editores, con Gallimard sobre todo. Siempre quería más, y más. Broncas e insultos: a quien le ayudaba y a quien no. Crispación llevada al extremo, teatro descompuesto y jocoso en ocasiones, en alguien que ejercía de pacifista y se hizo un experto en las cuentas pendientes condenadas a no ser saldadas jamás. El cruce de su correspondencia hace ver cuál era el sentido de

la lealtad de Céline, hoy con uno, mañana con otro. Albert Paraz, otro de la cuadrilla, el autor de *La Gala des vaches*, su admirador incondicional de los peores tiempos, no se librará de los reproches. Alta tensión, mejor no acercarse.

Céline no fue el único que, gracias a su vida durante la Ocupación alemana y a los artículos escritos (libelos en el caso de Céline, algo más que cartas al director como sostenía terco el escritor e hizo creer a sus admiradores poco diligentes o mendaces), piensa en poner cuanta más tierra de por medio, mejor. A la Argentina, después de pasar por Barcelona, fue a parar su compañero de farras de Montmartre (como el propio Zuloaga) y de la fuga de Singmaringen, el actor Robert Le Vigan, que no regresó jamás a Francia y acabó llevando una vida oscura como taxista en Tandil, una población de la pampa. No fue el único, otros, como el periodista Alain Laubreaux, condenado a muerte por colaboracionista, vivió hasta el fin de sus días en Madrid, en 1968, sin ser inquietado. Vidas oscuras de perseguidos por su propia sombra, por decirlo de manera lírica.

Al final, Céline se benefició de una medida de gracia y regresó a Francia medio disfrazado de mendigo. Se instaló en Meudon, cerca de París, en un pabellón al fondo de la rue des Gardes, empedrada y hoy sombría, con vistas sobre el Sena y sus gabarras. París a lo lejos. Ahí abrió un consultorio de medicina de familia que nunca acabó de funcionar del todo. Cerró la verja de acceso con alambre de espino y acogió unos cuantos perros de mala traza, y a un loro. Y cultivó con éxito un aspecto de *clochard*: «Céline no se vestía, se cubría... hace falta tener mucho estilo para hacer eso», decía su amiga la gran actriz Arletty, con quien compartía el mundo popular, proletario de Courbevoie y para quien escribió un proyecto de guión cinematográfico disparatado: *Arletty, jeune fille dauphinoise.* Sus apariciones públicas en la televisión de la época se seguían con la curiosidad de quien no va a quedar defraudado por el escándalo, porque acude a eso, a dejarse sacudir y escandalizar, o a aplaudir. En una de ellas, cuando rememoró sus orígenes familiares y su infancia en el pasaje Choisseul, fue cuando dijo que el primer contacto que tuvo con la naturaleza fue en el entierro de su abuela, en el cemente-

rio. Enormidades celinianas. Hay muchas y cuanto más humilde era la voz –la *petite musique* y la *petite voix* para burrear a modo-, peores y más contundentes eran sus opiniones, coces, humoradas, sarcasmos... Céline actor de sí mismo, manejó a la perfección todos los recortes de ese guiñol burlesco. Céline constructor de su propia biografía, de su autobiografía inextricable, carta a carta, falso testimonio sobre impostura, mentiras o tergiversaciones de hechos ineludibles, mejor o peor urdidas, que conforman una ficción autobiográfica en la que no hay biógrafo que se sienta defraudado.

Veleros para una fuga imposible y pasajes comerciales como madriguera, como guarida de la que escapar y a la vez ineludible. El suyo, el Choiseul, Céline lo evoca de manera grotesca en varios pasajes muy significativos de *Muerte a crédito*, referidos a su mundo familiar, tan asfixiante o más que el propio pasaje, donde su madre abre una tienda de pacotillas, por llamarlas de alguna manera, que le hacen preguntarse de manera desternillante, «¡¿Pero quién puede comprar tales cosas, quién?!»

Para Céline, esos pasajes de los flaneres (escribiría el castizo) bibliófilos y capones, es solo un lugar donde se difamaba hasta el delirio, solo bueno para morir en él… Gas atufante, luz verdosa del veneno, falta de oxígeno, meos de gato, un cielo velado, correteo de putas dignas, mirones, tenderos que rascan bolsillos como alimañas... oh, la remembranza literaria, la acuarela del bobo, del parásito, del caponcete que no se atreve con la propia vida y evoca, evoca, lo vivido por otros... «¡A jodella y a cascalla!», brama un Basurde cualquiera desde un futuro de pasajes en ruinas, de ruinas a secas.

«Hay que reconocer que el Pasaje, es de no creer como pudridero. Está hecho para que la palmemos, lento pero seguro, entre los meos de los chuchos, las cagadas, los lapos, las fugas de gas. Es más infecto que el interior de una prisión». Juá, hay que escribirlo. Anda, atrévete, en el país de los sastres y las corbatas collarín de faldero. Y eso que la habitación de Céline, en el desaparecido número 67, tragado por el teatro de Bouffes Parisiens, daba por encima de la vidriera: una ventana cerrada con barrotes, a causa de los gatos y de los ladrones.

Palmarla, sí, no queda otra. La fuesa. Pero entretanto que te oigan, aunque no te presten atención.

Hay otro Céline, el enamorado del mar del Norte y de los veleros, como el tres palos que Loucette Almanzor mandó gravar en la piedra que cubre su tumba en el cementerio de Courbevoie, nada fácil de encontrar si no hay nadie y el sepulturero está zampando amorrado a una pinta de tintorro y un platazo de lentejas con salchichas y tocino, tocino de cementerio, priva de ídem, en una habitación gris, y no oye, porque no quiere, los golpes en el vidrio; al tiempo que tú sí oyes el ruido de los trenes que pasan sin cesar en las cercanías, y los truenos, y no sabes a qué vas, a qué has ido.

En la tumba de Céline apenas se ve el velero cubierto de musgos. Quienes la visitan dejan a la manera judía una piedra sobre la lápida. Aquel día de lluvia y truenos, una de esas piedras, un canto rodado, tenía pegada una medallita de la Inmaculada Concepción.

LA ENTREGA DEL TESTIGO

Mario Crespo

1. El viaje

Bill pensaba que las vidas de los parisinos no interferían en ningún instante las unas con las otras, ni siquiera entre las parejas de amantes, ni tampoco entre los miembros de las familias. Se trataba de una sociedad abierta y tolerante. Semejante forma de entender la vida, muy indulgente en algunos aspectos, resultaba tan incomprensible como atractiva para unos jóvenes del oeste de los Estados Unidos. Por otro lado, ese refinamiento que destilaba la sociedad europea les permitía respirar por primera vez la atmósfera en la que más a gusto se encontraban: la bohemia.

Empujados por una extraña ansia que consistía en materializar ante sus ojos todo lo que conocían sólo a través de los libros, un grupo de escritores norteamericanos se embarcó rumbo a Europa y estableció su cuartel general en París, en el número nueve de la r*ue Git-le-Coeur sulla Rive Gauche.*

Uno de esos escritores, Bill, se había empeñado en visitar a un viejo y reputado autor francés que vivía en las afueras. Otro escritor del grupo, Al, arregló el encuentro en Meudon, un suburbio de la periferia parisina, gracias al favor del redactor de Le Figaro Michel Mohrt, que le facilitó su número de teléfono. «El martes a la hora que quieras después de las cuatro», dijo el Viejo con su voz triste. Después colgó.

Sentado en el asiento del tren, Bill miraba con un ojo a través de la ventanilla mientras con el otro, en una posición ciertamente estrábica, contemplaba el reflejo de su magra figura fundida con la Torre Eiffel sobre el fondo del cielo. El simbolismo de la imagen le hizo reflexionar sobre el tiempo y la vida de los escritores.

—Oye, Al, ¿has pensado alguna vez cuánto dura un escritor en el tiempo?

—Tú y yo no duraremos mucho, supongo.

—¿Y si lo hacemos? —interpeló Bill—. Imagina que un día,

dentro de cincuenta años, cuando estemos muertos, alguien, un grupillo de escritores jóvenes e irreverentes de… qué sé yo… de España, por ejemplo, nos rinde un homenaje en una antología de varios autores que escriben con un estilo similar al nuestro.

—Será más fácil que preparen una antología en homenaje a la figura del Viejo, ¿no te parece?

—El Viejo y nosotros somos lo mismo.

—Ahora no te entiendo, Bill.

—El Viejo pertenece a la tradición de la literatura picaresca; la más antigua y la más atemporal, la que parte de la anécdota y huye del convencionalismo. Mi prosa y tu poesía, Al, beben directamente de esa fuente.

Los tejados de París se habían alejado y el revisor les avisó que la siguiente parada era la suya. «Meudon», dijo. «Tendrán que andar un rato», concluyó después de escrutar el papelito que le enseñaron con la dirección a la que se dirigían.

Tras caminar largo tiempo bajo un sol que se mostraba en el cielo como la bombilla de un flexo en una habitación a oscuras, comprendieron las palabras del revisor: Meudon era una villa bastante más grande de lo que esperaban y además la casa del Viejo se encontraba en lo alto de una colina situada fuera del pueblo. Cuando alcanzaron el final del trazado urbano, oyeron un ladrido compuesto de otros pequeños ladridos; resultaba una coral de perros, daba la impresión de que había docenas de perros allí arriba. El sonido provenía de una casa de tres pisos construida en madera. La casa del Viejo.

2. La visita

Tiene los ojos separados y la boca muy lejos de la nariz. Pero lo más característico de su rostro son las cuencas de sus ojos, dos pozos oscuros que otorgan a su mirada una lejanía propia de otro mundo. De hecho, y aunque mantiene la viveza de su personalidad, Louis parece vivir en un universo paralelo. Pese al calor estival, viste un grueso chaquetón y protege su cuello con dos bufandas anudadas.

Lucette siente que a su marido le queda poco de vida, que su existencia ha comenzado ya a flirtear con "el otro lado". Por eso intenta no ser tan estricta con él como lo es con sus alumnos de danza. Aun así, no puede evitar recordarle con vehemencia algunas de sus obligaciones caseras, como encerrar a los perros. Louis obedece sumiso a sabiendas de que, a pesar de considerarse el escritor más grande de Francia, Lucette y sus perros son las únicas cosas que le quedan en el mundo de los vivos.

Hoy tiene visita; unos jóvenes americanos que, según dicen, le profesan veneración, acuden a Meudon para charlar con él. A Louis le interesa bien poco, a estas alturas, la literatura de otros, y menos la de unos jovenzuelos descarados y rebeldes, pero le encanta que le adulen y le muestren respeto. Por eso ha accedido a recibirlos. Suena la campana y Louis acude al portón de entrada para abrir la verja. Lucette ha colocado cuatro astrosas sillas de madera en el jardín y, tras saludar a los jóvenes, se dispone a preparar unas copas de vino. Los perros no paran de ladrar y los visitantes se muestran algo aturdidos; observan con extrañeza la jaula y caminan torpemente hasta alcanzar la parte trasera del jardín.

Sentados alrededor de una mesa, Bill y Louis charlan con entusiasmo sobre las cárceles que han conocido. Louis deja una interesante sentencia que aviva un poco más la llama de la confianza que se acaba de encender entre ellos: «sólo conoces un país cuando has visto sus prisiones». Esto les conduce a hablar sobre drogas, materia en la que también se desenvuelven como expertos. Al y Lucette parecen mantenerse al margen. Entonces Al decide cambiar el tema de conversación y le entrega a Louis tres libros: *Gasolina*, de Corso, *Aullido,* de Ginsberg, y *Yonqui*, de Burroughs. Las obras no parecen levantar ningún interés en Louis, que también se muestra indolente cuando le hablan de algunos de sus coetáneos, como Sartre, Beckett o Genet.

Tras dos horas de animada conversación –Louis no recibe más visitas que las de su amiga Arletty–, les enseña las dependencias de la casa y los despide desde la verja pensando que cuando él ya no esté quizá esos chicos puedan sustituirlo en el Olimpo terrestre. O quizá no.

3. La entrega

El ocho de julio de 1958, Allen Ginsberg (Al) y William Burroughs (Bill), miembros de la *Beat Generation*, visitaron a Louis-Ferdinand Céline (Louis) en su casa de Meudon, a las afueras de París. Acudieron a verlo porque consideraban, especialmente Burroughs, que sus propuestas y las de Céline encajaban como las piezas de un puzle histórico. Deseaban conocer en persona a uno de los más grandes escritores de la época, el autor de *Viaje al fin de la noche*; un libro irreverente, original y satírico que rompía con la tradición editorial de la época y que conectaba tan bien con la propuesta de algunos miembros de la *Beat Generation* que daba la impresión que habían intercambiado ideas antes de conocerse. Burroughs estaba convencido de que la obra de todos los grandes autores de la historia tenía un alambre oculto que partía del *Satiricón*, de Petronio, y que enlazaba cientos, incluso miles, de obras a lo largo del tiempo, como si en realidad existiera un legado que se transmitiese de generación en generación a fin de mantenerlo por siempre. Ese legado era la literatura episódica, mayormente representada por la literatura picaresca. Burroughs pensaba que su narrativa, carente de trama, como la picaresca, era pura porque se basaba en el detalle, en el incidente. Para él, Céline era el gran maestro de lo episódico. Debido a ello, la visita a Meudon representaba para Burroughs, de manera simbólica, la entrega del testigo, la consignación de un relevo que él tomó con respeto y veneración, consciente ya entonces de la importancia que su obra tendría en el futuro.

4. El testigo

Louis-Ferdinand Céline fue un grande, pero lo fue sin saberlo, sin ser consciente de ello, sin plantearse algo así como «oye, voy a proponerme ser uno de los escritores más grandes de Francia». Lo consiguió de manera natural, siendo él mismo, plasmando su personalidad sobre el papel y abriendo caminos para el futuro. Su narrativa podría considerarse subterránea o marginal, en aquella

época, sin embargo, filtrada a través de la óptica de la historia, la celebramos como un referente de la literatura de todos los tiempos; esa amalgama de obras enlazadas. Por eso me resulta no sólo significativo, sino también simbólico, y me obliga a reflexionar, el hecho de que, tiempo atrás, Vicente Muñoz Álvarez, faro del *underground* español y uno de los antólogos de este libro, me propusiera participar en la antología *Beatitud: visiones de la Beat Generation* con un texto y que un año más tarde me invitara a abordar la figura de Céline para otra antología-homenaje, pues me condujo a plantearme por qué a Vicente le interesaba la misma literatura que a mí y por qué precisamente él, y no otro, había coordinado estas dos antologías que, a su vez, estaban relacionadas entre sí de diversas maneras igual que lo están la obra de Vicente y la mía. La visita que Burroughs y Ginsberg le hicieron a Céline en 1958 me parecía la conexión más significativa. Ni él ni yo hemos llegado a conocer a Céline, ni tampoco a Burroughs, en persona, pero los tributos rendidos a ellos con nuestros textos establecen un pasadizo que nos conecta a todos en esa dimensión donde existe la literatura. Al igual que *Viaje al fin de la noche* nos la lega la enseñanza de que las miserias humanas son iguales en cualquier parte del mundo y en cualquier época, la literatura, como la vida, nos enseña que nada en ella existe sin lo anterior, ni tampoco sin lo que está por venir.

Y LA NOCHE SE DERRAMÓ SOBRE CÉLINE

Celia Novis

La mayoría de la gente no muere hasta el último momento.
Otros empiezan veinte años antes y a veces más

Louis-Ferdinand Céline

Marzo de 1916. Asfixiante mediodía a la deriva. El Admiral Bragueton, un viejo barco destartalado, avanza torpe con un balanceo tímidamente pendular por el caldo vaporoso en el que se convierte el océano al bañar África. La cubierta de madera carcomida se queja a pesar de que nadie la pisa. El comedor, los pasillos, el puente de mando: desérticos. Un denso vaho irrespirable lo envuelve todo obstruyendo hasta las entrañas del navío. Desde el minúsculo ventanal de un camarote, unos ojos de color azul afilado escrutan la escena, expectantes a cualquier sonido, movimiento, señal, proveniente de fuera del compartimento. Casi sin parpadear; derecha, izquierda.

—¡¿Aún no habéis tirado por la borda a ese gargajo asqueroso?! —sentencia el Capitán, escupiendo violentamente al mar mientras se pasea semidesnudo y sudoroso por delante de ese camarote. Todavía faltan ocho días de viaje y sus agonizantes noches de atrincheramiento tras el cerrojo. Desnudo, hambriento, vigilante, paranoico, insomne. «¡Conseguirán entrar! ¡Me van a matar!», se repite a sí mismo. Sin embargo, estar ahí de pie con el corazón golpeándole la cabeza, habiendo sobrevivido veintiún días en alta mar rodeado de un centenar de personas que desea su muerte, es todo un logro. Una hazaña más de Ferdinand Bardamu o de Louis-Ferdinand Destouches o de Céline, aquejado de la enfermedad del miedo durante toda su vida.

Como no soporta seguir viendo la cara de semejante calaña se da media vuelta. Apoya la espalda contra la pared y clava la mirada en las perezosas aspas del ventilador del techo, que apenas batallan ya contra el escaso aire pero que, sin embargo, suenan tercas

como un grillo. El camarote es un horno y el hedor a orín, vómitos y desesperación lo mantiene sumergido en un trance tóxico y febril. Céline, famélico, se desliza verticalmente por la pared hasta sentarse en el suelo para dar descanso a ese cuerpo maltratado por las heridas irreversibles obtenidas como soldado voluntario en la Gran Guerra; cruel carnicería que todavía se sigue librando en la Europa de la que se aleja. Es un joven envejecido por el fuego enemigo, con casi el 70% del cuerpo inválido, un brazo prácticamente inservible (su particular herida cervantina) y una sordera en el oído derecho que lo condenará de por vida a un incesante zumbido en la cabeza y, peor aún, a recordar el horror de las trincheras donde la mayoría de sus compañeros saltaron por los aires salvajemente descuartizados. Mientras que él, enajenado por tal sinsentido y por la intensa peste a sangre, pólvora y carne chamuscada, sobrevivía en aquella fosa, sí, pero convertido ya en el misántropo más atormentado y despiadado que haya dado la literatura francesa en todo el siglo XX.

«*¿Quién iba a poder prever todo lo que contenía la cochina alma heroica y holgazana de los hombres? No volveré a creer nunca en lo que dicen, en lo que piensan. De los hombres, y de ellos solo, es de quien hay que tener miedo*», escribirá años más tarde, en 1932, haciendo suya la omnipresente frase de Hobbes: *Homo homini lupus est.* Y eso que por entonces todavía no había vivido ni la mitad de las miserias que le esperaban a lo largo de sus 67 años de vida. «*Es evidente que estoy destinado a ser escupido, vilipendiado, ensuciado, mortificado y de ser posible fusilado hasta el fin de mis días*», sentenciará Céline seis años antes de morir, a modo de epitafio, cuando ya lleve mucho tiempo siendo un muerto viviente enloquecido según Lucette Destouches, esposa y fiel compañera de ese hombre que en realidad quería ser poeta o músico pero que acabará siendo médico y un grande en la carrera de la emoción, como él la llamaría. Dueño de un talento superlativo a la hora de zarandear al lector sin misericordia alguna mediante textos ametrallados con un sinfín de signos de puntuación y repletos de adjetivos que caricaturizan grotescamente lo peor de las personas, ya sean pobres, ricos, buenos o malos. Su manera de enfrentarse a una página en blanco parte de la rabia, la bilis, el hastío,

la decepción, la narración feroz fruto de un tormento constante que solo logra calmar al verterlo en cientos de cuartillas, rompiéndolas y perfeccionándolas obsesivamente. A veces hasta duele leerlo, porque apunta su arma directamente a la sien de la sociedad occidental obligándola a levantar sus manos y humillándola hasta que reconozca la tremenda mentira en la que se ha convertido todo por culpa de la corruptible naturaleza humana. Céline, tan dolorosamente actual también en el siglo XXI. Al final, como está claro que no existe redención posible para nuestra sociedad viciada y suicida, el autor aprieta el gatillo convencido de que merecemos extinguirnos. Incluso él. Quien a pesar de ser un ególatra con mayúsculas, reconoce en sí mismo el mal que albergamos todos y que, sin pensar en las consecuencias, pondrá en práctica entre el año 1937 y el 1939 al escribir unos panfletos antisemitas como respuesta al clima tenso que se vivía en la Europa de Entreguerras. Desde ese momento recibirá constantes amenazas de muerte (llevará consigo cianuro y una pistola para acabar con su vida en cualquier momento) y será perseguido en su huida de Francia, hasta ser apresado en Dinamarca y encarcelado en condiciones infrahumanas durante ocho meses. Saldrá del gélido zulo con 40 kilos menos en un cuerpo frágil de 53 años que a esas alturas ya habrá sufrido depresiones, enteritis, pelagra, cefaleas intensas, reumatismo, amebiasis, malaria, insomnio crónico, alucinaciones y disentería.

Pero todo esto él aún no lo sabe. Tiene tan solo 22 años, es 1916 y, mientras en Europa todavía ruge la Primera Guerra Mundial, en ese barco se está librando otra batalla agónica y absurda. «¡Eh! ¡Eh, tú! ¡Sal de una vez!». Céline da un respingo, que lo aparta de su letargo de horas, al escuchar el griterío fuera del camarote. Se levanta poco a poco, temiendo que en cualquier momento le caiga la puerta encima empujada por un grupo de hombres rabiosos. Al asomarse con discreción por el ventanal descubre que no hay nadie fuera, tan solo la enorme luna llena como único punto de referencia y algunas luces tenues de los faroles del navío. Todo parece estar en calma. «¡Eh! ¡Eres la escoria del barco! ¡No creas que te vas a salir con la tuya!». Céline afina la vista pero solo consigue ver las sombras de cinco o seis hombres, que se alargan y deforman hasta desvanecerse

para luego volver a aparecer en otro punto, según la posición de los faroles. Gritan mucho y van bien servidos de alcohol. Pero Céline no adivina en qué lugar exacto se encuentran. «¡¿Qué estarán tramando?! ¡¿Por dónde pretenden entrar?!», «¡Me van a matar!, ¡me van a matar!», se repite, mientras empieza a caminar en círculos por el camarote pensando en las diferentes torturas que le van a infligir esos salvajes. Sus risas ebrias resuenan cada vez más intensamente en su cabeza y todo empieza a darle vueltas hasta que se desvanece en la cama, húmeda y caliente, viendo cómo el ventilador se duplica, triplica, cuadruplica.

«¡Venga! ¡arriba! ¡A la de una, a la de dos y a la de ¡¡tres!!» Ahora, de manera borrosa y confusa, ve a las sombras ruidosas apiñadas en un punto algo más cercano a la popa del navío. Parece que están extrayendo del agua con mucha dificultad algo que pesa y que, según escucha, es difícil de asir. Con mucho esfuerzo logran su objetivo entre berridos y bastante desconcierto. «¡Le falta parte de la cabeza!", "¡Oh! ¡No tiene piernas!», gritan alborotados. En ese momento Céline ve lo que están viendo, como si estuviera en el grupo. «¡Éste ya es pasto de las bestias!» «¡Volved a lanzarlo al mar!», «¡Se lo merecía, el muy desgraciado!», resuelve con voz ronca el Capitán. Y Céline se ve a sí mismo devorado por los tiburones, ensangrentado, siendo solo un tronco con una expresión de pánico en el fragmento de cara que le queda, mientras se escuchan los obuses caer y la metralla llueve sobre él sin piedad. De repente, se despierta entre convulsiones, con la angustia estrangulándole y sin poder respirar. El silencio lo envuelve todo. El barco prosigue con su hipnótico balanceo.

Esas sombras siniestras y acechantes del navío lo acompañarán el resto de su vida, todo el terror que éstas representaron para él. Y a lo largo de los años adquirirán diferentes identidades. Bien podrían haberse llamado Jean Paul Sartre, André Malraux, Jean Cassou o Louis Aragon, aquellos hombres dispuestos a lanzarlo a los tiburones, una y otra vez. «*¡Qué no inventaría este monstruo para que me asesinen!*», escribirá Céline en 1945 sobre las acusaciones de Sartre contra el antisemitismo «*pagado por los nazis*» de aquél y que, junto

con las inculpaciones y las traiciones de los miembros del Consejo Nacional de Escritores en París y de los comunistas, lo empujarán a la cárcel y, en más de una ocasión, al borde del fusilamiento. «*Entre tantos odios de que soy objeto debo contar, además, el de casi todos los literatos franceses, jóvenes y viejos, raza diabólicamente envidiosa donde las haya, y que nunca perdonaron mi entrada tan repentina, tan clamorosa, en la literatura francesa. Ésos no respirarán hasta el día en que yo sea ejecutado. El* "Viaje al fin de la noche" *les impide totalmente respirar, vivir, desde su publicación*». Las envidias y las venganzas son las únicas explicaciones que Céline encontrará a toda esa injusticia perpetrada contra él y su mujer desde los tiempos de la Ocupación en París. De los otros escritores contemporáneos suyos, «*esos acomplejados*», Céline también dirá que «*forzosamente copian más o menos modelos, tienen un entusiasmo, un ideal, ¿por quién? Por Paul Bourget, por Miomandre, por Voltaire, Anatole France, etc. Y ese ideal les impide ser personales (...) Yo veía que lo que los otros escribían me exasperaba, (...) escribían de cierta forma que me parecía académica, lisa, conformista, engominada, pedantesca, se vanagloriaban*». «*El lenguaje escrito se había resecado, ¡y yo soy quien ha devuelto la emoción al lenguaje escrito!*». Tal era su megalomanía que comparará el impacto de su primera novela con el descubrimiento del impresionismo por Manet y Monet. Sin embargo, detrás de todo ese ego e intransigencia se alzaba un genio de la literatura, el más grande de los escritores franceses del siglo XX junto con Camus y Proust, el maldito por antonomasia con todos sus huesos decepcionados bajo tierra, quien al final de sus días se apasionará por la historia de los Cátaros (cruelmente perseguidos y emparedados vivos) porque «*veía en ello su propia existencia, entre sueño y pesadilla, algo a la vez real e imaginado*».

Parece que se oye algo de música, atenuada por el susurrante arrastre del barco por el mar. Céline no sabe si alucina. Permanece impasible, observando la rotunda oscuridad en la que está inmerso, e intenta identificar cualquier pista que le ayude a entender qué está pasando más allá del escondrijo donde se encuentra. Sí, es música. «Todos esos desgraciados están en el bar, bebiendo y comiendo como cerdos, seguro». Sabe que los desenfrenos dionisíacos son habitua-

les en muchas de esas noches de calor tórrido. Recuerda entonces que en un par de ocasiones consiguió burlar la atención de aquellos desequilibrados en una noche así, llegando hasta las bodegas para robar algo de comida. Ahora, después de tantos días sin ingerir nada se siente débil e incapaz de reaccionar si tiene que salir corriendo, pero ante la desesperación del hambre no le queda otra opción. Aún falta una semana para llegar a África. Así que descorre el enorme cerrojo y comienza a caminar vacilante por el estrecho pasillo debido al vaivén del barco y a la inestabilidad de sus piernas. La brisa marina es sofocante. «¿Rameau? Sí, ¡es Rameau! Qué bien suena en ese gramófono. Rameau, Rameau, ¡qué alegría!», se repite a sí mismo mientras tararea la melodía que le llega, para ocupar su mente en algo bello por fin. Cuanto más se acerca a la música, temeroso, más alto oye las voces; gritos, risas, insultos. Pero él intenta subir el tono de la música en su cabeza a la vez que revisa, con tacto felino, todas las posibilidades para bajar a las bodegas. Cuando menos se lo espera su mente le asalta con un «¡Matadlo! ¡Ahí está! ¡que no escape!», pero él, consciente de que no hay que escuchar al miedo, vuelve a la melodía. «Rameau, Rameau ¡Tanto tiempo sin escucharlo! Na-na-na». Palpando las paredes intuye un pequeño atajo que le lleva directo a la bodega. La entrada es minúscula, pero se introduce como puede. En esos momentos se siente como Gregorio Samsa, ese hombre-insecto que tanto le impresionó cuando leyó su historia hace unos meses. Casi preferiría ser un insecto para pasar totalmente desapercibido ante tanta rata humana. Al fin y al cabo, piensa, su vida como hombre en aquel barco no era mucho mejor que la del pobre Samsa. Avanza lentamente adentrándose en la profunda oscuridad y al cabo de unos eternos minutos empieza a distinguir los olores de la comida putrefacta, acompañados por zumbidos de insectos voladores que a veces se estrellan contra su cuerpo.

Siente un fuerte golpe en la cabeza y la música le abandona poco a poco, convirtiéndose en un eco lejano.

Abre los ojos. No entiende muy bien lo que está viendo, pero la intensa peste a alcohol y a sudor lo abofetea hasta devolverle la conciencia. Se encuentra tirado en la cubierta rodeado de decenas

de hombres borrachos, febriles, peligrosos por la temeridad que les da el whisky. Una situación de lo más *munchiana*. Intenta recordar el origen de esa aversión contra él. Pero no lo consigue, nunca hubo una razón. «*Cuando el odio de los hombres no entraña riesgo alguno, su estupidez se deja convencer rápido, los motivos vienen solos*». Céline dirige la mirada hacia el mar, a escasos centímetros de él. Jamás había estado tan cerca de ese manto tan oscuro y traicionero como el alma humana. Solo quien ha viajado hasta las entrañas de la noche -impregnándose de sus miserias y sobreviviendo a éstas-, puede hablarnos desde allí, desde el mismo infierno, desde el corazón de las tinieblas. Su mente ahora es un hervidero de imágenes, de frases, de odio. Siempre había deseado vivir su vida tan intensamente como una novela, entre la realidad y la ficción. ¿En qué momento se encontraba ahora? Mirando al hambriento mar, en aquel barco atestado de locos y a la espera de una inminente muerte agónica, se ve a sí mismo en la piel de Kurtz segundos antes de morir, condenando y aborreciendo a todo el universo, «*resumiendo lúcidamente toda la existencia en un grito que no era más que un suspiro: ¡Ah, el horror! ¡El horror!*». Y vuelve a mirar a todos esos hombres que lo increpan y le escupen, deseando torturarlo y arrojarlo a la muerte. Sin más. Porque sí. Piensa, entonces, que quizás esos miserables son en realidad todos los seres humanos viajando en un barco a la deriva, a merced de los vientos y tempestades, la auténtica *Nave de los necios* de Brant, quien ya en el siglo XV criticó ferozmente la perversa condición humana metiendo a lo peor de la sociedad en un barco y lanzándolos al mar. Camino de Narragonia, el país de los locos, con la voluntad de dejarlos allí aislados, desechados. Para el propio Brant, igual que para Céline, o para Conrad, Foucault, Baroja, Balzac, Miller, McCarthy, Kerouac, Houellebecq y tantos otros decepcionados, todos somos los que viajamos en ese barco, una vez hemos sido alienados por el sistema y sus trampas que despiertan lo peor de nosotros. Da igual que el navío se llame Admiral Bragueton, Nellie (donde muere Kurtz), sea el barco en el que se extravían los locos de *Alguien voló sobre el nido del cuco* o sea el buque en el que siempre llega La Peste, las ratas y el mismísimo Nosferatu. Todos los barcos son uno mismo. Lo

más desesperante es que quinientos años después de Brant seguimos navegando sin rumbo, desorientados y empujados irreversiblemente hacia la autodestrucción, cada vez más convencidos del gran fraude mundial en el que vivimos; esa broma macabra como resultado de nuestro pacto fatal con el Diablo. ¡Claro que no encontramos Narragonia! Porque ésta es nuestro propio mundo.

Louis-Ferdinand Destouches, Céline, tendido en plena cubierta del Admiral Bragueton y sintiendo la muerte acariciándole, se llena los pulmones de aire para gritar con soberbia lo que Aguirre dirá en la última escena del film, tan grotesca y absurda como ésta: «*¡Yo soy la cólera de Dios, ¡¿Quién está conmigo?*!». Pero al final escupe a media voz: «¡¡Malditos seáis todos!!»

NO HAY TREGUA PARA LOS MALDITOS

José Ángel Barrueco

Para los miserables, ¡todo es miseria!
¡No hay tregua para los malditos!
Louis-Ferdinand Céline

Algunos escritores serán perseguidos durante toda la eternidad; otros, en cambio, gozarán del perdón y del favor popular por intereses o por falta de ganas de los censuradores y otros policías de lo moral. El odio estimula tanto a algunos hombres que impide ceder un ápice a la misericordia. Es el caso de Louis-Ferdinand Céline, pseudónimo del doctor Louis-Ferdinand Destouches, poeta de los charcos, escritor visceral, guerrero, apasionado, furioso con la humanidad entera, artífice de algunas de las cimas narrativas de la historia de la literatura. Hombre desquiciado y contradictorio que acarreará, quizá para siempre, los errores de sus decisiones panfletarias. El 21 de enero de 2011 el ministro de Cultura de Francia, Frédéric Mitterrand, anunció la retirada de los actos oficiales previstos para celebrar el 50 aniversario del fallecimiento de Céline. La medida, tomada en parte por las presiones del *lobby* judío, sembró la red y la prensa de artículos a favor y en contra del autor de *Viaje al fin de la noche*, redactados por críticos, biógrafos, escritores y periodistas. En algunos casos la desinformación condujo a unos cuantos «expertos» a etiquetar a Céline en categorías erróneas o no demostradas. Esto es una consecuencia de los tiempos que vivimos, años de globalización digital y de internautas que se conforman con lo que les cuentan en los muros de Twitter y Facebook sin comprobar las fuentes ni contrastar las informaciones. Llevado por ese espíritu con pretensiones de desafiar cuanto dice la mayoría que no se preocupa de verificar los datos, y con el recuerdo de uno de los expertos españoles en la obra de Céline, a saber, el poeta asturiano David González, quien a menudo ha defendido al escritor de las acusaciones de nazi y colaboracionista, y que en uno de sus blogs ya destruidos apuntaba que «Lo peor es

que muchos de los que acusan a Céline de todo eso ni siquiera han leído los putos panfletos», llevado por ese espíritu inquieto, digo, busqué en mi biblioteca (que alberga todo cuanto ha sido publicado en España con la autoría de LFC, incluso ediciones raras o ya descatalogadas y vendidas en librerías de viejo) el volumen *Cartas de la cárcel*, en edición de bolsillo, con prólogo de Constatino Bértolo, prefacio de François Gibault y traducción de Carlos Manzano, un libro que aún no había leído y que esperaba su momento, y el momento perfecto llegó unos días antes de la escritura de este texto. Un volumen que recoge las misivas que el doctor Destouches (pues, como nos recuerdan en el introito, aquí se trata del hombre y no de la celebridad) envió a su mujer Lucette Destouches y a su abogado Thorvald Mikkelsen, epístolas y trozos de papel higiénico en los que refleja sus dolencias, su hartazgo y su desesperación durante el tiempo en que estuvo preso, entre diciembre de 1945 y junio de 1947, en Vestre Faengsel (Dinamarca). En el prólogo de Bértolo se nos recuerda la condición de maldito y bestia parda de la literatura del artista que escribió *Muerte a crédito*: «Porque sobre Louis-Ferdinand Céline recaen, sin contradicción aparente, los calificativos más dispares sin que tal disparidad rompa la coherencia de su leyenda y perfil: genio, ángel, demonio, víctima, verdugo, mártir, traidor, abyecto, sublime, inmortal, sucio, mezquino, demiurgo, brujo y mago de la lengua». Y os digo que me sumergí en esa escritura rabiosa, como todo cuanto firmó aquel médico que despreciaba al mundo entero y sólo tuvo palabras amables para su esposa y para los animales, esa prosa retorcida, llena de ruido y furia, igual que la vida, que conduce al lector por los márgenes del abismo y por los territorios enfangados de la abyección. Y encontré mucho dolor, también impotencia y por supuesto altas dosis de sufrimiento. Céline había escrito, y publicado años atrás, sus panfletos *Bagatelles pour un massacre* (1937), *L'école des cadavres* (1938) y *Les beaux draps* (1941). Y, años después, fue atrapado en Copenhague y conducido a prisión. Gibault nos sitúa, en su prefacio, en el escenario de redacción de las cartas: «Mantenido en la sección de los condenados a muerte, en aislamiento, solo en una celda sin suficiente calefacción y desprovista de la menor comodidad, en plenos rigores del invierno danés, perdió unos cuantos

kilos y padeció depresión, enteritis, pelagra, cefaleas insoportables, eczema, reumatismos e insomnios interminables [...]». La lectura de sus misivas, de estos mensajes desesperados, embruja y a ratos agota, como siempre que leemos a Céline. LFC se muestra aquí en todo su esplendor: la rabia, el asco, la paranoia, las diatribas... En esos despachos redescubre uno su carácter contradictorio. A veces explota su recelo contra otras razas: «Veo que la nueva Constitución, que sustituye a la del 89, ¡ha sido redactada por un judío letón que apenas habla francés y un negro!» (Carta 29). En otros casos se defiende de las acusaciones: «Yo nunca he deseado daño a un judío. Yo no quería que nos incitaran a la guerra. Y nada más» (Carta 99). O, simplemente, se convierte en su raro y anómalo defensor: «¡Vivan los judíos! Nadie puede substituirlos. Cuanto más tiempo pasa, más los respeto y los amo. Hay 500 millones de arios en Europa, ¿se ha alzado uno solo para que me liberen? Vivan los judíos, la próxima vez que quiera sacrificarme, lo haré por los judíos» (Carta 100). Pero nunca niega ese antisemitismo, lo cual, en cierta medida, le honra, por ser un síntoma de honestidad, ni niega su repulsa hacia el führer: «Hay otras citas en mis libros. Sobre todo, cuando escribo textualmente: "Yo no debo nada a HITLER y lo mando a la mierda y todo el mundo lo sabe. ¡Que se vaya a hacer la guerra hacia el Baikal y nos deje tranquilos!"» (Carta 137). O esa declaración, escrita en un pliego antes de su ingreso entre rejas: «Yo nunca fui nazi. Soy pacifista y nada más. Fui antisemita por pacifismo». Más allá de las verdades o las mentiras o las numerosas contradicciones del escritor, propias de su carácter, encontramos en estas cartas una suma brutal de padecimientos y enfermedades, ya citadas antes. A los males que trae consigo a la cárcel, se añaden los que va contrayendo por culpa del frío, de las penosas condiciones del habitáculo donde lo encierran, de la escasez de cuidados que reciben aquellas partes averiadas de su cuerpo. Tal vez lo más duro sea asistir a la degradación moral y física de un hombre. Céline sufre del intestino en la cárcel. Necesita lavativas y otros cuidados. Aún así, apenas consigue evacuar los excrementos: «Desde luego, no puedo cuidarme el intestino como me gustaría. ¡Sólo obro dos veces a la semana!» (Carta 106). Por si fuera poco, en

ocasiones debe compartir la celda con otros hombres, lo que añade una carga intolerable a sus sufrimientos, pues no hay nada tan vergonzante como los asuntos fisiológicos y su resolución delante de terceros. En prisión, Céline no sólo sufre física y moralmente: también debe avergonzarse de sus intestinos, reprimir las ganas, joderse por dentro. Y no sólo eso: sus cancerberos también lo machacan con la incertidumbre, que mata poco a poco, despacio. Es una tortura refinada. También lo cuenta su mujer, Lucette Destouches, en el volumen *Céline secreto*, de Verónique Robert: «En la cárcel, a Louis lo torturaron moralmente: la tortura por la esperanza. En varias ocasiones le hicieron creer que lo iban a liberar. Lo hacían vestirse y lo metían en una furgoneta pero, en el último momento, lo volvían a encerrar: era algo inhumano. También le decían: "Hoy te van a fusilar"». ¿Es suficiente castigo para alguien que, en el pasado, había escrito tres panfletos? Preguntémonos si a otros autores con filiaciones peligrosas en el pasado se les ha demonizado tanto: Knut Hamsun, Francisco de Quevedo, Günter Grass, Ezra Pound… Si las vejaciones y las inquietudes que padecieron fueron las mismas, o si hoy siguen bajo el infortunio de las etiquetas y los castigos. Pero es que además Céline escribió dos o tres obras maestras, la primera de todas es un clásico en cuyas relecturas uno descubre nuevos ángulos, la fascinante *Viaje al fin de la noche*, que contiene párrafos inolvidables de esta índole: «Lo peor es que te preguntas de dónde vas a sacar bastantes fuerzas la mañana siguiente para seguir haciendo lo que has hecho la víspera y desde hace ya tiempo, de dónde vas a sacar fuerzas para ese trajinar absurdo, para esos mil proyectos que nunca salen bien, esos intentos por salir de la necesidad agobiante, intentos siempre abortados, y todo ello para acabar convenciéndote una vez más de que el destino es invencible, de que hay que volver a caer al pie de la muralla, todas las noches, con la angustia del día siguiente, cada vez más precario, más sórdido». Lo paradójico del asunto, leyendo sus misivas, es que descubro algo que no sabía: los libros de Céline, incluyendo sus muy denostados panfletos, fueron prohibidos en Alemania con la llegada de Adolf Hitler al poder. Tal vez los nazis advirtieran, ellos sí, que el doctor Destouches era un hombre

que odiaba a la humanidad entera, alguien que escribía con el látigo en una mano, dispuesto a empujar al lector hacia el fondo del pantano de la abyección. Concluyo la lectura de sus cartas casi sin aliento: he asistido a la destrucción de un hombre ya en ruinas, de un guerrero de la palabra, de un poeta del barro y el dolor. Lucette se lo cuenta a Verónique: «Cuando se ha estado en la cárcel, ya nada vuelve a ser igual; es como si uno se convirtiese en un fantasma. En dos años, Louis se había convertido en otro hombre, se había hecho viejo». La prisión, las difamaciones en la prensa, la incertidumbre y el tiempo a la sombra han aniquilado el espíritu del médico y escritor. A la salida, ya nada volverá a ser lo mismo. Cuando uno lee a Céline, de inmediato sabe que está tratando con un cabrón de altura, con un verdadero hijo de puta que, probablemente, fuera así (tan crudo, tan cruel, tan feroz, tan pesimista) porque asistió al rosario de maldades de las que es capaz el individuo y se vio involucrado en un cúmulo de situaciones que irían minando sus nervios: guerras, asesinatos, hospitales, enfermos y enfermedades propias, locura y miseria… Céline se convierte en un registrador de la desgracia que acarrea el ser humano cada vez que mueve una ficha. «Yo no he practicado siempre la medicina, mierda de oficio», pregona en *Muerte a crédito*. Las obras de Céline dejan agotado al lector y, al mismo tiempo, lo iluminan. Enseñan el camino con una palmatoria que resplandece entre las sombras y la niebla. En el volumen de misivas se menciona varias veces su domicilio en París: el número 4 de la Rue Girardon. Louis y Lucette vivieron durante años en la quinta planta de ese edificio. Busco en Google Maps y en Wikipedia ese domicilio. Una vez dentro de Maps, me muevo por la zona mediante la indispensable herramienta llamada Google Street View y encuentro la calle, el edificio. Un lugar muy característico de París, un rincón con rasgos de boulevard, frente al Ciné 13 Théâtre, en el cruce de calles que conforman la Rue Girardon, la Avenue Junot y la Rue Norvins, y la zona me resulta tan familiar que consulto las fotografías que hice en mi primer viaje a París. En efecto: la casa de Céline estaba situada muy cerca de la Basílica del Sagrado Corazón de Montmartre. Para visitarla, nuestra ruta a pie, entonces, había incluido el Boulevard de

Clichy, el Cementerio de Saint Vincent y la Rue des Saules, y esos lugares quedan al lado de la Rue Girardon. Y creo que no, no pasamos junto al edificio en el que cohabitaron Louis y Lucette. Y cuando estuvimos por allí, visitando Montmartre, yo aún no sabía que la casa de Céline estaba a un paso, de haberlo sabido la hubiera buscado, me habría hecho algunas fotos junto a la fachada del inmueble. Sólo había que bajar una calle, desviarse en la Rue des Saules hacia la derecha, durante el ascenso al Sagrado Corazón y descender unos metros para cruzarse con la Rue Girardon. En mi próxima visita a París ya sabré dónde buscar. Pero eso no importa. Lo que importa es la huella literaria de Céline: su huella es más grande que su condición de proscrito, de *perro rabioso de la literatura francesa*. Él no sólo nos orienta para que aprendamos a escribir con las tripas y el corazón, también nos alumbra y clarifica la noche del hombre, repleta de grietas, miserias y maldades. Él se consideraba a sí mismo *un autor paradójico, burlesco, efervescente*. ¿Fue Céline un escritor antisemita? Él no lo niega. Pero, más que encarcelarlo bajo la etiqueta de antisemita deberíamos denominarlo un poeta antisistema, antihumanidad, antitodo. Alguien que nos arranca el corazón y nos lo muestra, para que veamos sus pústulas, sus llagas, sus recovecos negros llenos de perversidades. Pocos se han atrevido a hacer lo mismo, y, cuando lo han hecho, la sociedad bienpensante se les ha echado encima como perros salvajes. Destouches expuso: «Soy un escritor, nada más que un escritor. Todos los escritores franceses han tenido que exiliarse con un pretexto u otro. Todos los pretextos son buenos para perseguir en Francia a los escritores» (Carta 14). Pero creo que a esa sociedad dispuesta a poner etiquetas y a atribuir culpas y castigos, lo que más le dolió, le sigue doliendo, no es que Céline escribiera panfletos, sino su condición de rebelde, de provocador que no baja la cabeza, que no agacha el lomo, que no cae en el servilismo. Leer a Céline es como manejar dinamita a punto de explotar, o como jugar con fuego: uno corre el riesgo de quemarse, de arder, de sentir sus palabras como disparos de cañón. Las instituciones deberían centrarse en su literatura, separar de una vez al escritor del hombre. El escritor siempre es más grande que el hombre, es menos miserable y menos sádico. Bendito sea Louis-Ferdinand Céline, escritor maldito

que será perseguido por los siglos de los siglos. Lo intuyó, lo supo, sabía que no hay descanso para quienes son como él. Esperemos que, algún día, le alcance la tregua. Lo escribió en la cárcel: «Hay que luchar contra la desgracia con la misma rabia que ella hasta cansarla» (Carta 138).

EL MEJOR DE LOS MUNDOS

Óscar Esquivias

Todas las noches, mientras Tofi bisbiseaba sus oraciones en calzoncillos, arrodillado al pie de su lecho, yo contaba el tiempo (cada día, cada hora, cada minuto) que me faltaba para tomar el avión y salir de África. Lo hacía con la misma obsesión con la que un avaro dickensiano escrutaría sus monedas, pesándolas y mordiéndolas a la luz de una vela. En mi caso, me embargaba una sensación contradictoria: según se acercaba la fecha de partida, mi desaliento aumentaba, como si la meta –igual que en la carrera de Aquiles con la tortuga– fuera inalcanzable. Me sentía lleno de un desconsuelo absurdo, infantil, como un niño en un campamento de verano que añorara a sus padres. A esto hay que sumar la ansiedad que me producía haberme quedado sin prozac y sin alcohol (me había bebido el del botiquín y había comenzado a dar sorbos al frasco de la colonia). Fingía dormirme pronto para evitar la conversación catequizadora de Tofi, pero el sueño no me llegaba hasta muy avanzada la noche. Ni siquiera entonces lograba descansar, porque me asaltaban sueños muy perturbadores. No tenían que ver con África: aparecían mis amigos de infancia, rememoraba días de campo con mis padres y mi tía Véronique, recordaba escenas escolares con maestros afectuosos que elogiaban mis dibujos y mis poemas –el siempre risueño y acatarrado señor Horvat, la sonrosada señorita Guidet–, e incluso una noche surgió de los pantanos más recónditos de mi mente la primera novia que tuve, o que me empeñé en tener —¡Ay, Louise; pequeña, ingenua y entusiasta Louise!, jamás pensé que el recuerdo de tus esforzadas caricias volvería a mí con tal intensidad—. Todo parecía feliz y en orden en ese mundo onírico de revista musical, con coros escolares, novias fragantes y meriendas junto al río, hasta que de repente tomaba conciencia –todavía dormido– de que todo eso no eran más que espejismos del pasado y danzas de fantasmas, una colección de diapositivas coloreadas que se parecían al resumen de la vida que –según dicen– pasa vertiginosamente por la mente de los que están a punto de morir. Me invadía entonces un irrevocable

sentimiento de pérdida, una tristeza honda, intensísima, y me despertaba con palpitaciones. A mi lado, Tofi dormía plácidamente, a veces –por lo que delataba su cuerpo– con sueños no del todo castos, pero siempre con ese aspecto de plenitud y felicidad que yo le envidiaba.

Mi experiencia africana estaba resultando más difícil de lo que yo había supuesto. No se debía tanto a las condiciones sanitarias de las personas a las que trataba, ni a la pobreza o la violencia de la zona (nada de esto era tan grave: la periferia de París –donde trabajé con mi ONG en programas de asistencia médica a inmigrantes ilegales, tanto africanos como del Este de Europa– me parecía mucho más insegura, miserable e insalubre que aquel país). Mi malestar se debía, sobre todo, a razones puramente personales que arrastraba desde Francia (mi inestabilidad emocional, mis nervios, mi alcoholismo) y, también, a la mala suerte: el pediatra que me debería haber acompañado (el doctor Daucé, un viejo lobo de la cooperación con África) tuvo un ataque de apendicitis la víspera de tomar el avión y terminó ingresado en su propio hospital, así que tuve que viajar solo. Yo, que no iba más que «para inspeccionar el campo de batalla» (al doctor Daucé le encantaba el lenguaje militar), me convertí en el responsable del programa de vacunaciones («Todo soldado lleva en su cartuchera el bastón de mariscal de Francia», me dijo por teléfono cuando me ascendió en el escalafón castrense, con una voz que quería ser napoleónica y que sonó bastante temblona y testamentaria).

Mi llegada se pareció más a Waterloo que a Austerlitz: nada más poner el pie en el continente negro sufrí la –al parecer– inevitable diarrea con la que África recibe a todo europeo que la visita por primera vez. En mi caso, vino acompañada por unos episodios de fiebre que me hicieron temer que había contraído la disentería. Aquellos primeros días los pasé en la capital, en casa del padre Keizer. Este Keizer era el contacto local de nuestra ONG y quien había diseñado el programa de trabajo. Era un hombre de unos cuarenta años, pastor de la Iglesia Apostólica del Destino de Groninga y fundador de la primera misión de su iglesia en el país (tenían misioneros también en Ruanda y no sé si en Tanzania o Kenia). Se mostraba siempre

muy jovial, casi pueril (celebraba con carcajadas cada vez que yo salía corriendo hacia el váter y –para mi vergüenza– nunca dejaba de comentar el olor que delataba mi paso por el servicio –«¡Vaya hedentina a gallinaza!», exclamaba risueño, tapándose la nariz y abanicándose con la mano; no sé de dónde sacaba esas palabras tan redichas y lo empecé a atribuir a la inspiración del Espíritu Santo, ya que aquel misionero dominaba –por lo que yo podía juzgar– el vocabulario más enrevesado del inglés, el alemán y el francés, que eran los idiomas en los que nos comunicábamos indistintamente). El pastor poseía una estatura imponente, como de gigante de cuento, aunque lo que más llamaba la atención era su gran melena pelirroja, llena de rizos, que parecía la peluca de un payaso y que, con el sol, brillaba como una antorcha. Había nacido en Holanda y estaba casado con una mujer de Curazao de la que no recuerdo el nombre: una negra dulce y gruesa, siempre con una sonrisa doliente en los labios, que permanecía acostada en la cama por prescripción médica (creo que estaba embarazada) y se pasaba el día leyendo novelas a una velocidad vertiginosa. El matrimonio Keizer tenía cinco hijos y el mayor, cuyo nombre era algo así como Tofi (muy apropiado para su color café con leche), era un adolescente al que su padre preparaba para la carrera sacerdotal. Era tal la plenitud física de Tofi, en quien se juntaba lo mejor de dos razas, que parecía imposible verlo y no caer inmediatamente enamorado; sin embargo, en cuanto uno cruzaba dos palabras con él, se deshacía el encanto. Era altanero, muy parlanchín y un proselitista inagotable. Tenía todas las prendas del evangelizador: fe y vocación graníticas, entusiasmo a raudales y un conocimiento exhaustivo de la Biblia (su propio padre le consultaba sus dudas: «¿Dónde se dice "Temblad y no pequéis, / reflexionad en el lecho y callad?"», preguntaba Keizer, y Tofi respondía al punto: «En el salmo cuarto»). El muchacho prodigaba respuestas categóricas sobre cualquier asunto que saliera al paso en la conversación y mostraba una rigidez moral y una intolerancia que asustaban. A los musulmanes (muy abundantes en el país) los pintaba como unos fanáticos sin escrúpulos que odiaban el cristianismo y que, gracias a su fe ciega, a su falta de piedad y a su instinto criminal, iban a esclavizar

el mundo. Aborrecía aún más a los homosexuales («sodomitas», en su terminología, y también «lombrices», porque «todo su cuerpo era culo»), a los que hacía responsables de la degradación moral de Occidente, que por culpa del consumismo, el descreimiento y el culto a Eros estaba retrocediendo a unos tiempos propios de Calígula. Me sorprendían estas opiniones en alguien tan joven, que había pasado toda su vida en África, entre Ruanda (donde nació) y su nuevo país, y que sólo había visitado Europa un par de veces, de vacaciones.

Según escuchaba su fogoso discurso, pensaba que yo era un ejemplo perfecto de esos gusanos que socavaban los cimientos del mundo civilizado: tomaba regularmente alcohol y drogas, no creía en Dios desde los ocho años, si colaboraba con la ONG era exclusivamente por dinero (el Bonaparte con apendicitis pagaba muy bien a sus mariscales) y, aunque nunca me había definido como «sodomita» (gay ya me sonaba muy amanerado), lo cierto es que mis relaciones sentimentales y sexuales a partir de los veinticinco años habían sido sólo con hombres (por otra parte, todas tan desastrosas y frustrantes como las que había mantenido con mujeres). Estuve tentado de confesarle esto a Tofi, pero me abstuve porque no sabía cómo podía reaccionar al conocer mis costumbres neronianas (a él ya le parecía escandaloso que un neumólogo como yo anduviera todo el día con un cigarrillo en los labios) y porque, además, no quería complicarme innecesariamente la vida: mientras estuviera en el país yo dependía totalmente de los Keizer y no me podía permitir tener una relación tirante con ellos. Aparte, creo que alimentaba la disparatada esperanza de que Tofi, pese a sus prejuicios, se pudiera enamorar de mí, aunque pronto pude darme cuenta de que su heterosexualidad era tan firme y rocosa como el monte Kilimanjaro (y, a diferencia de este, inaccesible para los excursionistas).

No quiero en absoluto culpar al muchacho de mi desequilibrio ni de mi angustia creciente en África, pero su permanente cercanía, con esa turbadora mezcla de carnalidad juvenil y de ardor apostólico, no contribuía a calmarme. En cuanto me recuperé de mis males intestinales, iniciamos el recorrido por el interior del país. El equipo estaba compuesto por el padre Keizer, su hijo Tofi, un tintinesco ayudante indígena llamado Cleopa y yo, convertido en director

de la misión gracias a ese simbólico bastón de mariscal que había traído en mi equipaje. Nos encargábamos de vacunar a los niños contra las enfermedades neumocócicas y, en mi caso, iba tomando notas para un somero estudio pediátrico y neumológico de la zona, que era lo que debía haber hecho el doctor Doucé para justificar la subvención que nos había concedido el departamento de los Altos del Sena. Así estaban las cosas cuando, una mañana, los soldados del Ejército llegaron a la aldea tocando las bocinas de sus camionetas. Nos sacaron de la cama como si hubiera un incendio y nos dijeron que habían detectado movimientos de grupos subversivos en la región y que los extranjeros debíamos retirarnos hacia la costa, pues, de otro modo, nuestra vida correría grave peligro. El padre Keizer se mostró muy contrariado y se negó en redondo: nos quedaban varias poblaciones sin vacunar y el señor doctor, una eminencia europea pese a su juventud –me señaló a mí con gestos reverentes–, había venido desde Francia expresamente para eso, era miembro de una ONG que…

Todo fue en vano: aquella muchachada armada hasta los dientes que, según se suponía, venía a protegernos, se mostró bastante hostil y desagradable con nosotros. Los soldados nos obligaron con gritos y empujones a montarnos en nuestro todoterreno y nos repitieron que debíamos marchar inmediatamente: ¡eran órdenes del Gobierno!, y en aquel país en el que, aparentemente, no había ninguna autoridad, cuando alguien invocaba al Gobierno lo hacía como si manifestara la palabra de Dios en la Tierra. Así que el padre Keizer no tuvo más remedio que darse a partido y nos fuimos a todo correr por la misma pista polvorienta por la que habíamos llegado dos semanas antes, sin siquiera haber recogido nuestro equipaje ni el instrumental médico.

–Esto dentro de una semana estará otra vez tranquilo, ya me conozco yo cómo funciona este país.

Ah, estupendo, pensé para mí: justo dentro de una semana yo estaría aterrizando en el aeropuerto Charles de Gaulle. Esa certeza hizo que me invadiera una intensa sensación de felicidad, que se iba acrecentando según nos acercábamos a la todavía remota capital.

Allí, por fin, iba a poder encontrar otros europeos o norteamericanos o australianos: cooperantes, corresponsales, viajeros, sodomitas y otras gentes perversas que toman alcohol, que frecuentan los casinos, a quienes les gusta la pornografía y el hachís, la marihuana, la cocaína, la ketamina, todas esas cosas que hacen que la vida merezca la pena.

En nuestra retirada, nos cruzamos con varios camiones militares donde se arracimaban soldados en edad escolar y tuvimos que parar en mil controles que no consistían más que en una barrera de bambú que cortaba el paso, defendida por un analfabeto nervioso que escrutaba nuestros documentos por el derecho y el revés y luego nos pedía dinero para dejarnos pasar.

Llevábamos más de diez horas de viaje. El paisaje cada vez se iba haciendo más frondoso y se notaba mayor humedad en el ambiente pero, con todo, me sorprendió cuando en un recodo del camino, tras unos palmerales, apareció el mar. De repente me sentí lleno de fuerzas y de energías. Pedí al padre Keizer que detuviera el todoterreno:

—¡Vamos a bañarnos! ¿No les apetece? Fíjense, tenemos la playa para nosotros solos.

Tofi y Cleopa me miraron como si me hubiera vuelto loco, pero el padre Keizer sonrió y dijo:

—¿Por qué no? Un poco de ejercicio no nos vendrá mal, por no hablar de lo beneficioso que sería para nuestra higiene. ¡Despedimos una hedentina a gallinaza francamente desagradable! Especialmente yo, que no he podido hacer mi *toilette* matinal.

Acompañó estas últimas palabras con un gesto de olisquearse los sobacos, que ciertamente apestaban. Yo me bajé del vehículo y empecé a caminar hacia la playa, pero una voz de Keizer me detuvo. Como era típico de él, había cambiado de opinión en cuestión de segundos.

—Aguarde, aguarde. Estoy pensando que lo más razonable es acercarnos a la siguiente aldea y preguntarle al padre Colombini si nos puede alojar en la misión. Dentro de poco anochecerá y conviene que tengamos resuelto dónde vamos a pasar la noche. Creo

que será mejor que nos aseemos allí, ¿qué le parece? Le aseguro que, pese a ser católico, el padre Colombini es una persona simpática y razonable.

—¿Por qué no hacemos una cosa, padre Keizer? Ustedes se van a ver al padre Colombini, lo arreglan todo, se duchan si quieren, y después me vienen a recoger. Yo, mientras tanto, me doy un baño y tomo un poco el sol. Aquí no me va a pasar nada malo, esta es una zona tranquila.

Mientras decía esto me iba desabrochando la camisa, para darles a entender que mi voluntad de nadar era firme. Keizer cuchicheó con su hijo y finalmente aceptó mi propuesta.

—Cleopa se queda con usted, por si acaso. Nos vemos aquí mismo dentro de un par de horas.

A Cleopatra (que era como yo le llamaba para mis adentros) no pareció hacerle mucha gracia su papel de niñera, pero tras despedirse de los Keizer (que arrancaron al punto y se alejaron veloces, levantando una gran nube de polvo que nos enharinó) me siguió sumiso hasta la playa. Allí nos encontramos con grandes vellones de algas que parecían los restos del esquileo de algún monstruo peludo, hojas de palmeras amontonadas como desechos de persianas venecianas, mil palos medio podridos, cocos clavados en el suelo y toda una taracea de caracolillos y conchas. Donde no se amontonaba la porquería, se podía ver una arena blanquísima que reflejaba con tal potencia la luz del sol que llegaba a herir los ojos. En el extremo de aquella ensenada, como a medio kilómetro de distancia, descubrimos las edificaciones de un pueblo medio escondido entre la floresta.

El indígena miraba con gesto de hastío cómo me iba desnudando.

—Me vas a hacer un favor, Cleopa. Acércate a la aldea y compra alcohol y cigarrillos. Toma, ten dinero.

Le di unos cuantos billetes.

—¿Alcohol? –preguntó, estúpidamente.

—Sí, cerveza, aguardiente de palma, vino, me da igual, cualquier cosa que encuentres me sirve. Yo te espero aquí.

Echó a andar con gesto malhumorado. Yo me desnudé del

todo y me metí en el agua. Estaba bastante caliente, pero apenas tenía profundidad, casi parecía más una charca que el mar: avancé unos quince o veinte metros y no me cubría hasta más allá de las rodillas. Ni siquiera había oleaje y el agua estaba muy sucia: aquí y allá se veían manchurrones de aceite y botes roñosos de plástico que flotaban como nenúfares postnucleares. Mi entusiasmo por el baño desapareció del todo: me sentía ridículo en mitad de aquella cloaca, empecé a notar picores en la piel y me dio por pensar en todas las enfermedades que podía contraer, así que terminé por regresar corriendo a la orilla. Tras secarme con los calzoncillos (que luego dejé allí tirados, entre unas algas) y vestirme, decidí que lo mejor que podía hacer era acercarme al pueblo y buscar a Cleopatra; así, además, podría controlar mejor en qué gastaba mi dinero, pues sabía por experiencia que los precios sufrían una gran inflación cuando él era el encargado de abastecernos.

La playa no estaba tan desierta como había supuesto y según me acercaba al pueblo fui encontrándome con personas afanadas en descortezar cocos con sus machetes, y otras que pescaban, buscaban cangrejos o almejas entre las rocas, o trabajaban en unos huertecillos entre la maleza. Incluso vi a quien traía una especie de crías de cocodrilo muertas, ensartadas por las fauces. Los niños se acercaban a pedirme una moneda y me seguían durante un rato; luego, cuando se cansaban, se daban media vuelta y marchaban a lo suyo. Chapurreaban el inglés, pero era casi imposible comunicarse con ellos ni hacerse entender. Pregunté por el café o por el bar, pero nadie me sabía dar razón. Llegué a un colmado donde vendían un poco de todo, salvo alcohol, y sólo pude comprar cigarrillos. Nadie había visto a Cleopatra y yo no me explicaba dónde se podía haber metido. A los diez minutos ya había recorrido todas las calles del pueblucho y me di cuenta de que allí no tenía nada más que hacer, salvo apartar a patadas las gallinas y las cabras que triscaban entre el barro y la basura. Casi todos los edificios estaban construidos con tablones de madera, plásticos y hojalata, pero había uno con paredes de ladrillo bien enfoscadas, con un zócalo verde perfectamente pintado. Quise entrar allí, pero un anciano que estaba en la puerta me lo impidió.

Con una sonrisa se interpuso en mi camino y me hizo un gesto amable –pero firme– para que me alejara. Yo insistí, pero el hombre se mostró inflexible: no podía pasar.

—¿Café? –pregunté, enseñándole mis billetes y tratando de que aceptara uno.

Cerró los ojos y, sin perder la sonrisa, negó con la cabeza.

—*Moschée*.

Extendió los brazos y agitó las manos, para indicar que me fuera. En aquel momento llegaron unos jóvenes que hicieron sus abluciones con una manguera que había allí preparada y entraron en el edificio. Seguramente se acercaba la hora de la oración. Pensé en descalzarme yo también e intentar entrar tras ellos, pero en seguida me di cuenta de que era una idea absurda. Lo más razonable era regresar a la playa, al lugar donde debía reunirme con Cleopatra, Tofi y su padre. Me despedí del viejo risueño, quien me correspondió con una reverencia, llevándose la mano al pecho, e inicié mi vuelta.

Atardeció rápidamente: el sol desapareció de súbito, como si un cazador lo hubiera abatido de un disparo certero, pero gracias a la luna y a la blancura de la arena podía caminar con cierta seguridad. Entre las palmeras distinguí la brasa de un cigarrillo.

—¡Cleopa, demonio! ¿Dónde te habías metido?

Me acerqué allí, pero no encontré a Cleopatra, sino a un chico de veintitantos años, vestido con una especie de túnica de colorines, que fumaba hachís. El olor era tan potente que me recordó al del incienso y tuve la sensación de encontrarme en un lugar sagrado, ante algún dios de ébano, el ídolo favorito de la reina de Saba. El joven tenía los ojos rojos y expresión ausente. Tardó varios segundos en darse cuenta de mi presencia y, cuando lo hizo, se asustó y se puso en pie con un salto de rana. Era altísimo, muy esbelto. Yo traté de tranquilizarlo y le indiqué con gestos que me diera una calada. Me pasó el porro con precaución. Me sentí la persona más feliz del mundo cuando mis pulmones se llenaron de humo. En aquel momento se oyó a lo lejos la voz del almuédano.

—¿No vas a rezar a la mezquita? —le pregunté en inglés.

—Toda la Tierra es una mezquita. Lo dijo el Profeta —me

respondió con voz pastosa, pero en un inglés pasable, y al punto se prosternó un poco renqueante y comenzó a rezar. Yo me senté sobre un tronco y terminé de fumar el canuto mientras miraba su culo en pompa, pensando en cuánto valdría para Dios la oración de aquel desgraciado y recordando sus palabras: «Toda la Tierra es una mezquita». Después de haber estado tres semanas conviviendo con los Keizer ya me había acostumbrado a que me respondieran a cualquier pregunta con una cita de las Escrituras. A menudo pensaba que las improvisaban o se las inventaban sobre la marcha, porque me parecía asombrosa esa capacidad de recordar tantas sentencias, siempre favorables a sus intereses y sus intenciones. Yo la única frase de Tofi que había conseguido aprenderme era la del salmo cuarto: «Reflexionad en el lecho y callad».

Cuando terminó su gimnasia devota, el muchacho se levantó y se azotó la túnica para limpiarse la arena de las rodillas. Me miraba con curiosidad, más tranquilo. Le pasé la colilla del porro y le dije.

—¿Tienes más? ¿Algo de beber?

Apoyé mis palabras con mímica, llevándome una botella imaginaria a la boca. Él me devolvió otra pregunta.

—¿De dónde has venido, blanco?

—De Francia. Europa.

—¿Y qué haces aquí?

–Estoy de paso. He venido a conocer cómo os funcionan los pulmones. Soy neumólogo.

—¿Eres médico, blanco?

—Soy médico, sí.

Pareció meditarlo durante unos instantes.

—¿Y puedes ayudarme, blanco?

—Quizá. Tengo sed. ¿Sabes dónde puedo beber algo?

Sonrió y sus dientes resplandecieron. Aquel chico estaba totalmente drogado, no sólo por fumar hachís sino, a buen seguro, por haber tomado algo mucho más potente. Estaba en la fase del mayor aturdimiento, cuando ya ha pasado la euforia y sólo queda una especie de borrachera densa. Tenía la lengua muy torpe y se movía con lentitud.

—Un amigo mío está dormido —dijo por fin—. No se despierta.

—Pues llévame donde está tu amigo. ¿Os lo estabais pasando bien? Yo también quiero divertirme.

El muchacho empezó a caminar tambaleante y se adentró por un sendero entre la vegetación. Yo no veía nada y puse la mano sobre su hombro. Me rechazó violentamente, rebufó como un gato y me miró con ojos fieros, muy violento. Temí que me fuera a pegar.

—Ten cuidado conmigo —me advirtió—. Ten mucho cuidado.

—De acuerdo, amigo.

—Yo no soy tu amigo, blanco.

—Perdóname.

Por fin volvimos a andar y, después de mil vueltas y rodeos, llegamos a una especie de caseta rodeada de basura. En el interior había un muchacho semiinconsciente. Estaba tirado en el suelo, junto a un charco de vómito, con los pantaloncillos de deporte orinados. Vestía una camisa andrajosa, desabotonada, que dejaba ver su enorme barriga, en cuya piel se apreciaba todo un archipiélago de manchas. En el cabello y la barba tenía numerosas calvas, redondas como moneditas. Se mezclaban en aquel espacio estrecho varios olores muy potentes: a la vomitona, a meados, a hachís y a algún combustible o disolvente, quizá aguarrás o gasolina. Esa mezcla sí era una verdadera «hedentina a gallinaza».

—¿Mi amigo está bien?

—Para empezar, creo que tiene la tiña.

Con mucha precaución comprobé su temperatura y las constantes vitales.

—Está intoxicado. ¿Qué mierda os habéis metido en el cuerpo?

Se encogió de hombros y empezó a reír, totalmente ido, repitiendo la palabra «mierda». Se le doblaron las rodillas y, con cierta elegancia de bailarín, cayó al suelo y acabó sentado junto a la puerta, con la espalda apoyada en la jamba. Tanteó con la mano entre unos desechos y me pasó una bolsa de plástico diciéndome «Toma, mierda». Dentro había una pasta densa. Parecía pegamento.

—Esto os va a acabar destrozando los pulmones y el cerebro. ¿No tienes otra cosa?

Era imposible mantener una conversación con él. Ahora parecía relajado y reía y reía con la boca llena de babas. Me senté a su lado. Su cuerpo emanaba calor y un tufo picante. Me acerqué la bolsa al rostro y empecé a aspirar con fuerza el pegamento. Inmediatamente tuve una sensación de plenitud, como si se me despejara la mente y se me agudizaran los sentidos: mi cuerpo pareció quedarse suspendido, como si hubiera echado a volar o estuviera buceando, ingrávido. Sentí entonces un beso en la mejilla, sonoro, húmedo, moroso: era la señorita Guidet, muy emocionada, en la capilla del colegio. Oí sus mentoladas palabras al oído: Dios me había concedido un don maravilloso, me dijo, algún día me convertiría en un gran escritor si seguía siendo un niño tan bueno, tan aplicado, y componía poesías tan preciosas como la que había escrito a nuestra madre, la Virgen, y me colocó una medallita de la Milagrosa al cuello; luego, sin transición –aunque yo había crecido varios años y me habían salido los primeros pelos en el pubis– mi tía Véronique me llevó de la mano al río, donde nos bañamos desnudos (yo sin otra cosa encima que la cadena de la señorita Guidet; ella se quitó el biquini y me dejó acariciar sus pechos, tenía unos granitos en los pezones y se reía con voz cristalina); y después llegó Louise y también me besó, y lo hizo con un amor que yo nunca había conocido antes –ni conocería después–, pero mis manos pasaban por su piel como por el lomo de un gato, sin sentir por ella nada más que un poco de simpatía y bastante compasión; y luego me besó Tofi, sus carnosos labios sobre los míos, nuestras lenguas peleando en mi boca como el león contra la serpiente, y me sorprendí de que eso sucediera, y pensé, con convicción panglossiana, que en aquel momento y en aquel preciso lugar yo vivía en el mejor de los mundos posibles y que no lo iba a abandonar ya jamás.

CHARLES CHAPLIN CÉLINE

Bruno Marcos

Una de las secuencias más cómicas y que más desapercibida pasa en la película *El Gran Dictador* es aquella en la que Chaplin, emulando los discursos de Hitler, dicta una carta a su secretaria. Cuando Hinkel habla mucho, grita y gesticula, la secretaria anota tres o cuatro palabras solamente que se deducen del breve ruido de la máquina de escribir, pero cuando el gran dictador murmulla una o dos cosas la secretaria escribe muchísimo. Al genio de Chaplin no se le escapaba la teatralidad que tenían los fascismos, con esa simple sátira nos habla del énfasis que vendría en aquellos tiempos a ocupar el sitio de la nietzscheana voluntad. Cuando Hitler o Mussolini agitaban a las masas con sus discursos apenas decían nada, todo era arrebol, afectación, prosopopeya, exageración y amplificación, un poco como en el cine mudo, que carente de palabras había de implementar los gestos.

Chaplin era un genio, es decir un profesional que trasciende su oficio para crear una mirada del mundo y por ello en *El Gran Dictador*, hay caricatura pero también una visión del mundo. Esta mirada se ve en la humildad del barbero, que también interpreta el propio Chaplin, este es su paradigma existencial, un ser al que le pasa por encima la historia, una persona que intenta sobrevivir día a día sin grandes estridencias ni heroicidades, una persona que sólo aspira a vivir. Sin embargo tiene un amigo, el general contrario a Hinkel que se refugia en el gueto judío con su parafernalia de baúles y sombrereros y les obliga a sortear, entre un grupo de pobres hombres, quién deberá sacrificarse para atentar contra el tirano. Es una escena magistral en la que, en un reparto de pasteles, a Charlot le tocan todos los que llevan la moneda del héroe que los demás intentan esquivar. Es el pequeño discurso universal del individuo frente a lo histórico, la microhistoria frente a la macrohistoria que logra hipnotizar a las masas una vez tras otra. ¿Cuánto comparten las palabras fascinación y fascismo? Efectivamente el Bardamu de Céline lo dice varias veces en su *Viaje al final de la noche*: «No me dejaré fascinar

otra vez por nada». Recordando que se alistó voluntariamente para defender a su país en la Primera Guerra Mundial.

Viaje al final de la noche, que viene considerándose la obra cumbre de Louis Férdinand Céline, es, en su conjunto, un libro desagradable, lleno de rabia, cobardía y odio al otro, pero sustancialmente hace un discurso del individuo como Chaplin. Céline nos describe el horror de la Primera Guerra Mundial mostrando a oficiales como locos decrépitos paseándose entre las balas mientras envían al matadero a cientos de jóvenes. Dice del capitán Ortolan: «Colaboraba con la muerte». Describe como abaten a dos jinetes alemanes y cómo, acto seguido, sus caballos se acercan a hermanarse con los suyos: «Lo hacen los caballos y no lo podemos hacer nosotros». Para justificarse a sí mismo el desertar y fingirse enfermo de locura se confiesa: «Me sentía tan incapaz de matar a alguien...». El relato es sumamente repugnante porque se alegra de encontrarse, ya decidido a desertar, al capitán entre unos árboles reventado de metralla, chorreando sangre y llamando a su mamá, pero lo cierto es que va construyendo un discurso vivamente antibelicista a costa de pintarse nauseabundo en medio de la destrucción y en un momento aquel en el que el patriotismo exigía no sólo inmolarse, sino asumirlo como algo noble.

El personaje de *Viaje al final de la noche* se siente en un mundo hostil, dice incluso que odia la naturaleza, el campo siempre le ha parecido triste, con sus lodazales interminables, con sus casas donde la gente nunca está y sus caminos que nunca van a ninguna parte y, añade, que si además a eso se le une la guerra, es algo insoportable.

Cuando el protagonista abandona Francia en un barco se produce el ejemplo más claro de la situación de Bardamu-Céline en el mundo. Todo el pasaje le odia a los pocos días y quieren lincharlo. Por nada en realidad, porque no tiene causa para dejar Europa e ingresar en el infierno africano de las colonias francesas. Piensan que si no confiesa qué le mueve a embarcarse debe ser el peor de todos ellos. Es el individualismo radical el que le lleva a no soportar ningún lugar, a estar atomizado en la guerra, en el hospital o en París, en el barco o en el poblado colonial.

Los africanos eran salvajes, caníbales, masoquistas. Los colonos seres detestables que se pudrían en sus destinos alimentados durante años con latas de conservas, robando a los aborígenes y al gobierno con la única esperanza de volver algún día a la civilización con algo de dinero. Después New York, que le resulta al principio admirable pero del cual acaba por hacer la mejor descripción con los bárbaros retretes públicos. Allí se descarna Bardamu-Céline acostado en una sórdida habitación de un hotel neoyorkino. Toda esa mirada a lo desagradable, a la miseria humana proviene de un existencialismo brutal. Se dice a sí mismo: «Es la edad también que se acerca tal vez, traidora, y nos amenaza con lo peor. Ya no nos queda demasiada música dentro para hacer bailar a la vida: ahí está. Toda la juventud ha ido a morir al fin del mundo en el silencio de la verdad. ¿Y dónde ir, fuera, decidme, cuando no llevas contigo la suficiente suma de delirio? La verdad es una agonía ya interminable. La verdad de este mundo es la muerte. Hay que escoger: morir o mentir». Sólo el cine le salva de esa deriva, concretamente la pornografía en una exacta ecuación entre Eros y Thanatos, pulsión de vida y pulsión de muerte. Es la babilonia neoyorquina otra forma de quitar sentido a la vida. Y en Detroit le pasa lo que a Chaplin en *Tiempos Modernos*. La deshumanización una vez más, el aplastamiento del individuo, y la sospecha de que existir no valga la pena.

El mundo de Chaplin, el que le rodea no deja de ser el mismo que el de Céline: seres harapientos, borrachos, ladrones, caricaturas de lo humano, esquemas psicológicos que se repiten y que reaccionan de la misma forma ante circunstancias similares. Se trata de la comedia humana, pero Chaplin es inquebrantable a su dulzura, es un ser amable, una persona adorable a la que amar en toda escena porque incluso, y muchas veces, se toma la molestia de disimular, de aparentar que ese mundo no es tan horrible sin ser por ello hipócrita sino, también, enteramente realista. Él mismo tiene maneras de *dandy,* de un dandy pordiosero cuya elegancia traspasa lo ridículo para aferrarse a la dignidad del ser y que, sin lugar a dudas, alberga una gran bondad. Casi todos los cortometrajes de Chaplin acaban igual, el protagonista se queda con la chica o se va hacia el horizonte, el amor o la escapada, las dos formas más auténticas de rebelarse.

Cuando el gran cómico, en *Tiempos Modernos*, da la vuelta a una esquina recoge la bandera roja que se le acaba de caer a un camión que transportaba unas largas vigas de tal suerte que, detrás de él, aparece la muchedumbre proletaria en manifestación. Es la masa otra vez que atropella al individuo, la historia como un accidente que le ocurre a las personas. Céline no se repone después de que el mundo lo derribara, no encuentra consuelo y no alcanza a proponer nada sino que va directamente contra la existencia. A la pregunta fundamental de la que nos hablara Camus al comienzo de su Sísifo, esa que nos exhortaba a juzgar si la vida vale o no vale la pena de ser vivida, Céline nos responde con un crudo realismo sin salida que no, sabemos que Céline contesta que no, que sólo nos mantenemos en la existencia por miedo y que cuando hay ausencia de placer nadie quiere vivir. «Siempre –escribe– había temido estar casi vacío, no tener, en palabra, razón seria para existir. Ahora, ante la evidencia de los hechos, estaba bien convencido de mi nulidad personal. En aquel medio demasiado diferente de aquel en el que tenía mezquinas costumbres me había como disuelto al instante. Me sentía muy próximo a dejar de existir».

Leer *Viaje al final de la noche* quita las ganas de vivir como las quita Cioran. Sin embargo uno se pregunta si Cioran, que representa toda la negación, el existencialismo sin salida, no encarna también todo lo contrario, la acción creativa del lenguaje que justifica, en paralelo y paradójicamente, lo que quiere derruir. Su pesimismo es optimista de alguna forma, porque no conduce ni siquiera a la inacción intelectual. Lo mismo ocurre con el *Viaje al final de la noche* de Céline, si la panorámica es tan desalentadora por qué merece la pena ser descrita mediante la literatura. Cuando se hace el relato de un trauma o de una enfermedad siempre hay un fin terapéutico, aprender algo de la enfermedad para curarla, del mismo modo este realismo crudo es otra forma de compromiso con la vida que se sella con la escritura. Una aseveración como esta del protagonista de Céline: «Filosofar no es sino otra forma de tener miedo y no conduce sino a simulacros cobardes» cobra un cariz retórico si uno se pregunta qué sentido tiene escribir. Acaso escriba Céline por manifestar un

compromiso con la verdad, o por formular una crítica para que algo cambie, en todo caso no es eso, en propiedad, ejecutar una filosofía frente a la posibilidad de no decir nada, de no escribir nada.

Los grandes cínicos han sido antes grandes entusiastas de la vida. Su entusiasmo troca en cinismo mediante la experiencia, pero se trata de un cinismo tan lleno de energía como aquel entusiasmo, lo cual lo sitúa de nuevo dentro de la vida otra vez. Si no valiese la pena existir tampoco valdría la pena escribir para contarlo.

AL NORTE DEL DOLOR

Pepe Pereza

Me enfrento a la primera noche sin ti…

Siento miedo. Y dolor. Tanto que no sé cómo describirlo. Creo que no hay palabras para hacerlo. Por mucho que junte la D con la O, le sume una L, otra O y le añada una R jamás conseguiré expresar el cúmulo de padecimientos que soporto. No hay metáforas para el dolor. Tampoco hay centímetro en mis entrañas que no esté sometido a todo un catálogo de ellos ¿Cómo describirlos? Se supone que la palabra "dolor" abarca todos ellos. Lo que puedo hacer es escribirlo con mayúsculas, empaparlo en negrita y que el tamaño de la fuente sea excesivo para que dicha palabra se acerque un poco, muy poco, a la sombra de lo que siento: **DOLOR**.

Deambulo del salón a la cocina, luego salgo al pasillo, lo recorro cien veces…

Por fin, me atrevo a entrar en el dormitorio. No he cambiado las sábanas porque huelen a ti. Ahora mismo es lo único que conservo: tu olor. Olor y dolor. Un poeta resabiado sabría qué hacer con estas dos palabras. No estoy para poemas. Ahora me toca sufrir y olvidar. Aún es pronto para olvidar. Es triste y descorazonador llegar al punto donde dos personas fundidas en un solo ente tienen que separarse. Romper esa simbiosis. La soldadura que les une en un doloroso desgarramiento de carne y sentimientos. No soporto ver la cama y saber que nunca más te acostarás en ella. Me duele verla así, vacía. Si no fuera tan cobarde me echaría a llorar. Escapo del dormitorio y regreso al salón. Siento deseos de abrirme el pecho y dejar salir el avispero. Quisiera sacarme los ojos para situar el dolor en un punto concreto. La cabeza me va a estallar. Me llevo las manos a las sienes y trato de masajear la zona con la esperanza de que la angustia disminuya. Cierro los ojos y me los froto ejerciendo una leve presión. Eso hace que mil chispas de color surjan de la oscuridad que encierra mis párpados y converjan en un mismo punto. Un punto de luz. Quizás todo radique en eso: encontrar un punto de luz al que dirigirse. No importa lo que tengas que avanzar, ni la oscuridad

que te rodea. Lo trascendente es que tienes una meta a la que llegar. Necesito hacer algo. Si no para calmar el dolor, que al menos sirva para acompañarlo. Decido raparme la cabeza. Lo hago en el baño.

Al final mi cráneo queda desnudo en la imagen que me devuelve el espejo. Me doy asco por no haber sabido conservarte. Escupo al reflejo. En un arrebato cojo un puñado del pelo cortado. Me lo meto en la boca y lo mastico. Es repugnante pero sigo masticando. Hago por tragar. Por mucho que lo intento no soy capaz de engullir la masa de queratina. Me ayudo con el dedo. Empujo hacia dentro y trago. Termino vomitando en el retrete…

Maldita sea, no hagas más tonterías. Siéntate a ver la tele o ponte a leer. Come algo que no sea pelo. Cómo voy a comer si no puedo ni respirar. Lo que sí hago es fumar. Llevo casi tres paquetes. Me escuecen los pulmones. Aun así sigo encendiéndome un cigarro tras otro. Por enésima vez vuelvo al salón. Enciendo la tele. En todos los canales emiten películas de amor. El destino se ríe de mí. La apago. ¿Por qué todo me recuerda a ti? Supongo que es como cuando tienes una herida y todos los golpes que te das son precisamente ahí. Me agobio y salgo al pasillo. Vueltas y más vueltas. Las paredes se me echan encima y siento claustrofobia. Tengo que escapar de aquí. Cojo las llaves del coche y me dispongo a salir. Sé que fuera hace frío. Pero no tengo cojones para entrar de nuevo en el dormitorio, que es donde guardo toda la ropa de abrigo. Prefiero helarme que entrar ahí y ver la cama vacía. Salgo a la calle con un fino jersey y unos vaqueros como única protección. Hace muchísimo frío. Donde más lo noto es en el cogote recién pelado. Llego al coche y entro. Estoy aterido. Casi no puedo meter la llave en el contacto. Arranco y le doy a la calefacción. El calor tarda en llegar. Mientras tanto me fumo un cigarro, otro más. La ciudad está vacía de tráfico y gente. Tomo la primera calle para luego girar a la derecha y continuar por la siguiente. Me dan ganas de acelerar y estrellarme contra el muro que tengo en frente. Al aproximarme giro a la izquierda y sigo por la avenida principal. Conducir no mejora mi estado de ánimo pero al menos tengo la mente ocupada en algo. Por el retrovisor veo que un coche de la policía se sitúa detrás. Parece que se hubiera materializado ahí mismo. Hago un repaso

mental para cerciorarme de que llevo todo en regla. Una alarma se enciende en mi cabeza. Guardo una piedra de hachís en el bolsillo del vaquero. Joder, ya era el peor día de mi vida sin necesidad de terminar en un calabozo para confirmarlo. Afortunadamente el coche me adelanta y coge la rotonda que lo desvía hacia el casco viejo. Yo sigo recto. Llego a las cercanías del basurero municipal. Toda la mierda termina aquí. Sin duda este es mi sitio. Me desvío del camino principal por una vereda sin asfaltar y aparco en una elevación situada frente al vertedero. Apago las luces y dejo el motor al ralentí para que la calefacción siga funcionando. Desde aquí puedo ver a los camiones descargar la inmundicia. Y sobre ellos un cielo negro que no tiene fin. Me lío un porro y me lo fumo observando las estrellas. Sobre todo a las que les da por ser fugaces… El dolor es el mismo aquí que en el salón de casa. Perjudica de igual manera. Comienza a nevar y veo tu cara en cada copo que cae. Cada uno de ellos contiene un gesto tuyo, una instantánea... De pronto el motor se apaga. Me he quedado sin gasolina. Estaba tan ensimismado en mi propia desgracia que no me he fijado en que el piloto de aviso estaba en rojo. Otra gota que añadir al vaso. Salgo al frío mortal. Abro el maletero para coger una garrafa de plástico y dirigirme a una gasolinera. Además de la garrafa, tengo la suerte de encontrar un viejo chubasquero que guardo aquí desde hace tiempo. Está roto por algunos sitios y es una mínima protección contra el frío. No obstante me alegro de poder hacer uso de él. Me lo pongo y me siento un poco mejor. Para terminar, debajo del jersey meto las páginas de un periódico que me ayudarán a conservar el calor. Cierro las puertas del coche y me pongo en camino. Calculo que estoy a unos cinco kilómetros de la gasolinera más cercana. Ahora mismo mi punto de luz está en esa gasolinera. Cada vez nieva más. Acelero el paso. Me castañean los dientes y tengo congelada la mano con la que sujeto la garrafa. Cambia el viento y me llega toda la fetidez del estercolero. Los copos de nieve se me quedan adheridos y me duele la cabeza de tanto frío.

Después de hora y media caminando bajo la ventisca llego a la gasolinera. Casi no puedo andar por la hipotermia. Antes

de llenar la garrafa en el surtidor, decido entrar en el bar y tomar algo caliente que me devuelva la vida. El local está casi vacío, a excepción del camarero y unos pocos noctámbulos. Me acerco a la barra y pido un café con leche doble, muy caliente. Pongo especial énfasis en el "muy" para que el camarero comprenda que lo quiero hirviendo.

—Mala noche ¿eh?

—La peor.

Ocupo una de las mesas. Aún estoy helado y tirito. El café está demasiado caliente para beberlo. Mientras espero que se enfríe sigo aferrado al vaso con ambas manos para absorber el calor a través de ellas. Dos tipos que están sentados al fondo suben el tono de sus voces y empiezan a discutir. Me quedo con sus movimientos de mandíbula e intuyo que han tomado algún tipo de anfetamina. El más alto pierde la paciencia y poniéndose en pie grita:

—Céline no era antisemita, entérate.

Aparta la silla de una patada y se dispone a salir. Al pasar a mi lado, algo cae del bolsillo del abrigo que se está poniendo. El tipo sale del local sin percatarse de lo que ha perdido. Es un libro de la Editorial Lumen: *Norte* de Louis-Ferdinand Céline. Un ejemplar que lleva años agotado y que es difícil de conseguir. Además es el único que me falta para completar su trilogía. No lo dudo, lo recojo del suelo y me lo escondo debajo del impermeable. Echo una sutil mirada para ver si alguien me ha visto. Todos están a lo suyo. Solo por este regalo merece la pena la caminata que me he dado hasta aquí, el frío que he pasado y el que me queda por pasar en el viaje de vuelta.

Unos minutos después, el tipo alto regresa al local. Se acerca a su colega y le pregunta por el libro.

—¿Dónde está mi libro?

—Y a mí qué coño me cuentas.

—¿No lo tienes tú?

—No.

Se pone a buscarlo debajo de la mesa y por los alrededores. Evidentemente no lo encuentra porque lo tengo yo.

—Hace un momento lo tenía y cuando he salido ya no estaba.

—Pues yo no lo tengo.

—¡ME CAGO EN DIOS!

Sigue mirando debajo de las mesas, apartando las sillas sin miramientos. El camarero se ve obligado a poner orden. Discuten y trata de sacarlo del local. El alto no quiere irse sin recuperar lo que es suyo. Pierde los nervios. Hay un conato de pelea entre ambos. Entonces el tipo agarra una botella por el cuello. La revienta contra la barra y con los restos amenaza al camarero. Éste retrocede, coge la bandeja de servir las bebidas y se protege con ella a modo de escudo. El alto insiste.

—Devolvedme el puto libro, joder.

No me cabe la menor duda de que va puesto de Cristal. Nadie en su sano juicio se comporta así por un libro, aunque sea de culto y esté agotado. Yo permanezco callado, parapetado detrás del vaso de café, observando la escena y preguntándome cómo acabará todo. De pronto el tipo se dirige a mí.

—¿Lo tienes tú?

Me hago el tonto.

—¿El qué?

—El libro, joder.

—¿Qué libro?

—El mío. Uno de Céline.

—No.

—Mierda… ¿Y dónde está?

No me molesto en contestar porque la pregunta la hace extensible al resto de concurrencia. Al no obtener respuesta, se planta delante de la puerta del local y lanza un ultimátum.

—Pues hasta que aparezca, os juro por mis muertos que nadie va a salir de aquí.

El camarero amenaza con llamar a la policía. El alto no se acobarda y sigue en sus trece. De pronto, la puerta del local se abre a sus espaldas. El tipo se asusta e instintivamente ataca a la joven que acaba de entrar. Le clava los cristales en la base del

cuello, justo por encima de la clavícula. La chica cae sobre su pareja. Ocurre tan deprisa que a todos nos cuesta un momento asimilar lo que está pasando. Aprovechando el desconcierto el agresor huye del local. La mujer herida sangra abundantemente. Su acompañante intenta taponarle la herida con las manos. El camarero se acerca con un paño limpio. Tampoco con eso logran detener la hemorragia. El joven nos grita que llamemos a una ambulancia, que por favor venga un médico. Céline era médico… El camarero corre al teléfono y hace la llamada. Al ver tanta sangre, el estómago se me revuelve y vomito una papilla de pelo y bilis que aun guardaba en las entrañas. No puedo seguir presenciando esto. Suficiente desgracia arrastro ya. Me pongo en pie y rodeando a la pareja salgo de la cafetería. Al abrir la puerta me pringo la mano con una de las salpicaduras de sangre. Pobre chica, me siento culpable. Fuera ha dejado de nevar y no hace tanto frío. Me acerco a los aseos para lavarme, pero antes saco el libro. Abro la cubierta y en la página en blanco que sigue estampo la mano ensangrentada. Un recuerdo indeleble de este viaje mío al fin de la noche. La primera sin ti. La más dolorosa y difícil de superar. Pese a ello, no pienso rendirme. Intentaré encontrar el punto de luz. Hasta que lo haga caminaré a ciegas, como lo he hecho esta primera noche que ya se acaba.

Cuando estoy llenando la garrafa en el surtidor llega la ambulancia. Menos mal. Mientras pago les veo cargar con la chica en la camilla. Parece que han llegado a tiempo. Me alegra. La ambulancia arranca y se incorpora a la carretera. Espero que se recupere. Me giro y en el horizonte veo despuntar el sol. ¿Será ese el punto de luz que estoy buscando? No lo sé. Pero ya que me cae de camino, oriento mis pasos hacia él.

CUALQUIER CÉLINE MENOS CÉLINE

Isabel García Mellado

Era un domingo muy, muy frío y ella se dirigía a su trabajo de camarera en el bar del señor Petit, que era un hombre descomunalmente grande y perezoso. Caminaba ligera y frotándose las manos una contra la otra, su cuerpo redondo de adolescente tiritaba y ella se fijaba en los árboles blancos al borde del camino mientras castañeteaba una canción de la Piaf. Entró medio mojada y estornudando. No había clientes aún a esas horas. O eso pensaba ella, porque no había visto al hombrecillo puntiagudo al fondo de la barra, resguardado tras un vasito minúsculo y una mirada a la nada. Se colocó todos los rizos húmedos en su sitio, se puso a hacer lo que el señor Petit le había enseñado que tenía que hacer a su llegada y se despidió amablemente de él, que salió sin apenas mirarla, con expresión de buey embrutecido. Fue al comenzar a limpiar la barra y alzar la cabeza, para ver si el espejo del fondo también iba a necesitar un repaso, cuando se percató de que no estaba sola. Al principio no le llamó la atención aquel viejo solitario, y ni siquiera sintió pena por él, porque se fijó en que tenía mucha cara de enfadado y se dijo «seguro que está solo porque no le aguanta nadie». Repasó el libro de anotaciones del Señor Petit para ver cuántos vasitos llevaba tomados, y de qué, y vio que llevaba unos cuantos, y de algo que no era precisamente suave. Le volvió a mirar, disimuladamente, cerciorándose de que no le había visto antes por el bar. Cuando terminó de limpiar la barra, el espejo, las botellas de las repisas y las repisas, se permitió pararse unos minutos junto a la máquina del café, que era donde se estaba más calentito, acumulando temperatura en su cuerpito rosado, esponjoso. El viejo la llamó, alzando la mano. Ella se acercó y le preguntó qué deseaba. «Otro igual» dijo el señor. Se lo sirvió, y antes de que pudiera escabullirse él agarró muy fuerte la muñeca de Clohé y le dijo «la chusma va a acabar con todo, date cuenta, Nietzsche tenía razón». Ella se mantuvo firme, como si no pasara nada, porque había aprendido en otras situaciones parecidas que lo peor es dejar ver que tienes miedo, mientras su cabeza funcionaba a una velocidad de vértigo, tratando de calcular las posibles combinaciones y escapatorias.

Asintió, y el viejo relajó un poco la presión de la mano. Ella no hizo ademán de huir, sabía que sería peor, antes tenía que conseguir que él se calmara o dirigiera su atención hacia otro sitio. Sudaba, parecía que el corazón se le iba a salir por la boca, pero nadie lo habría dicho de observarla. Habría dado cualquier cosa porque entrara otra persona en el bar, quien fuera. No entró nadie. Y ella miraba al viejo con la expresión más neutra de la que era capaz. Y él seguía: «¿Tú qué sabrás?, ¿Alguna vez has estado en las entrañas de una guerra? No, ¿verdad? Qué vas a saber tú, carajo, qué». Finalmente le soltó la muñeca, escupió con desprecio hacia un lado y Clohé se pudo retirar lentamente, mientras el viejo seguía farfullando borracho y destartalado frases inconexas en idiomas diferentes. Ella se alejó al otro extremo de la barra y rezó internamente para que entrara alguien al bar. No entró nadie. Miró al exterior. La niebla y el frío no hacían presagiar muchas visitas. Agarró con mucho disimulo un cuchillo y lo escondió bajo el delantal, bien a mano. Un cuchillo afilado, que no diera problemas si realmente tenía que usarlo. Observó al viejo con detenimiento. No parecía agresivo, en realidad. Sólo parecía un estúpido viejo acabado, boqueando para conseguir algo más de oxígeno, un poquito más. Con esa chaqueta de cuadros y ese pañuelo de rico, el pelo sucio y la nariz picuda amenazante, los dedos huesudos, el olor a guardado. «¡Sartre es un patético, joder!», gritó de repente. Y luego volvió a agarrar su vasito y a mirar a la nada. Clohé volvió a pensar que no le daba pena, que seguramente tenía lo que se merecía y se acordó del padre de su amiga Amiée para decidir que, definitivamente, aquel viejo no le daba pena alguna. Volvió a colocarse todos los rizos ya secos y rebeldes en su sitio, afianzó el cuchillo en la faltriquera y en ese momento entró Simón y le pidió un café con leche y ella respiró como si hubiera entrado todo un ejército a su servicio, y le dedicó la sonrisa más bonita que le habría de dedicar a nadie en su vida, aunque esto nunca llegaron a saberlo ninguno de los dos, y además es algo muy triste que ahora no viene al caso. Simón abrió uno de sus múltiples libros, como hacía siempre, y se disponía a leer cuando reparó en la presencia del viejo y se quedó completamente petrificado, boquiabierto y ojiplático. Simón siempre había sido un

poco «rarito», lo decía todo el mundo, Clohé lo pensaba también, que tanto libro le había vuelto majareta, pero era un buen muchacho, y eso era lo realmente importante, sobre todo «en estos tiempos que corren». Clohé le observaba entre divertida y confusa. Sonaba una canción obsoleta. Entró una pareja de enamorados y se sentó a pelar la pava y a esperar a que la camarera fuera a preguntarles que querían tomar. Simón miraba alternativamente el libro que tenía entre las manos y al viejo, y el viejo en su mundo, farfullando cosas sin sentido, escupiendo con desprecio de tanto en tanto hacia un lado, como si no hubiera en la vida otra cosa más que sus pensamientos y el vasito de alcohol al que se aferraba como un moribundo a sus últimos segundos. Entraron un par de mujeres muy bien vestidas que despertaron la admiración de Clohé porque parecían muy seguras de sí mismas, aunque hablaban de muchas cosas estúpidas y apestaban a perfume. Acto seguido entró el profesor Etienne y pidió lo de siempre y se sentó con sus cuadernos y sus periódicos y sus notas en «la mesa del profesor Etienne», no sin antes comentar en alto algo sobre la Alemania nazi que Clohé no entendió bien ni por qué lo decía ni a quién, y Simón que no era capaz de articular palabra, y el viejo del fondo sacó un billete que valía más de lo que debía por los vasitos que se había tomado y lo dejó sobre la barra y se fue un poco tambaleándose hacia la puerta, donde enseguida se lo merendaron el frío y la niebla, sin dejar de él ni un solo rastro salvo la cara atónita de Simón, las marcas rojizas en la muñeca de Clohé, un cuchillo afilado olvidado en una faltriquera.

NO TE OFENDAS

Álex Portero Ortigosa

Éramos trotskistas y leíamos a Céline
Miguel Hernández Sola

Desde el diluvio, todas las guerras
se han librado a gritos de optimismo
Louis-Ferdinand Céline

Sí, éramos trotskistas y leíamos a Céline, no pongas esa cara de baronesa ofendida y deja que te lo explique: habían pasado más de veinte años desde el fin de la guerra civil, y mi generación, los nacidos en la década de los cuarenta, no conocíamos otra cosa que la derrota, la humillación, la bota sobre el cuello, el buenos días Don Hijo de Puta y el hambre. Cuando vosotros leéis *Viaje al fin de la noche*, no te ofendas, no tenéis la más remota idea de lo que estáis leyendo, lo hacéis desde muy arriba, desde muy lejos, sin la perspectiva necesaria para superar realmente los prejuicios, desgraciadamente no podéis cambiar eso, no está en vuestra mano, sin que os deis cuenta vuestra lectura está contaminada por cierta clase de frivolidad, una silenciosa y traicionera, *bukowskiana*, demasiado influida por las barras de los bares y el malditismo de escaparate. No te ofendas, insisto, no es algo que puedas controlar, tus buenas intenciones no pueden ayudarte, ni tu inteligencia, ni tu curiosidad, ni tu buen corazón, tampoco los libros de historia –por muy rigurosos que sean–. Tú eres joven, has disfrutado de una buena educación, tus problemas personales son más o menos complicados que los de cualquiera -nada que no suceda en alguna parte de la ciudad cada día-, lees lo que quieres cuando quieres, hablas de lo que te apetece en toda circunstancia, y consideras que un punto de arrogancia es necesario, incluso atractivo, para moverte por el mundo. En el sesenta y tres, en España, la arrogancia de los vencidos se aplacaba a hostias, la lectura era como la fe, patrimonio del estado, las ideas se aprendían de carrerilla en

los panfletos y la libertad se administraba en pequeñas e inofensivas dosis.

Acércate, fíjate bien en mi cara, junto a la boca, ¿ves esa cicatriz?, me la regaló en aquellos tiempos un guardia civil porque no le di las buenas noches, ¿te imaginas?, no, claro que no puedes, deja que interrumpa un momento nuestra conversación para contarte los detalles, será como ponerle una ilustración a un cuento.

Era muy tarde, cruzaba la puerta del Sol, lo que hoy es la sede de la Comunidad de Madrid era entonces la Dirección General de Seguridad, ¿el nombre acojona, eh?, como sacado de la guerra fría. Estaba muy cansado, trabajaba en la cocina de una taberna situada cerca de la Plaza Mayor, era agotador, pero permitía salir adelante y ayudar a la familia. Como te decía, regresaba a casa, reventado, con la cabeza baja -una pose natural para nosotros, educados en la sumisión- y no reparé en su presencia. Dos guardias civiles apostados en la puerta del siniestro edificio me dieron el alto cuando pasé por delante. Lo que uno sentía entonces cuando escuchaba esa palabra no puedo transmitírtelo, se había convertido en un miedo arquetípico, un «¡alto!» pronunciado por una voz autoritaria te congelaba un par de segundos, te desarmaba, te paralizaba el pulso.

—Es que tus padres no te han enseñado a dar las buenas noches?

—Disculpe señor, no me he dado cuenta.

—Mira vago, a mí no me hables de lado y desde lejos porque te reviento la cara. Ven aquí, discúlpate como es debido, da las buenas noches, y vete a tu puta casa.

—Buenas noches señores.

No sé si fue el miedo, los nervios, o el cansancio. El caso es que me salté un paso, no me disculpé antes de volver a saludar. Ahora luzco una cicatriz de seis centímetros junto a la boca, imagínate como llegó hasta ahí. Poco tiempo después de aquello –deja que me alargue un poco– conocí a gente que estaba organizada, militaban en el partido comunista, eran tipos duros, dispuestos a todo, forjados en el crisol de la derrota, si tenían miedo no parecía afectarles, y no me lo pensé, encontré mi lugar en medio de aquel desierto, decidí

pelear aun sabiendo que no había ninguna posibilidad de victoria, la rabia mandaba sobre el sentido común, entendí que esperanza y acción no siempre van juntas, que la certeza absoluta de la derrota no es un excusa para no presentar batalla, ¡las batallas hay que darlas, maldita sea!, que nadie te convenza de lo contrario, y si sabes que vas a perderlas, con más fuerza porque se convierten en heroicidades, en los únicos actos nobles y desinteresados de los que es capaz el ser humano.

Cualquier lugar, siempre que fuera discreto, era bueno para reunirse, había que cambiar a menudo, un soplo de algún vecino cabrón y estábamos vendidos. De la librería Machado pasábamos a encontrarnos en Fuentetaja –en ambas nos surtíamos de libros prohibidos por la censura, traídos de Francia– de allí cambiábamos al piso de algún compañero, almacenes, garajes, incluso llegamos a constituir asambleas en una parroquia de Carabanchel, ¡aquel cura era peor que Stalin!, le llamábamos Fray Martillo, por su comunismo exacerbado y por las hostias que daba. Más o menos andábamos como ahora, los estalinistas se cagaban en los trotskistas, nosotros despreciábamos a los socialistas, y estos nos miraban por encima del hombro a todos, como te decía la cosa no ha cambiado demasiado. Organizábamos manifestaciones (que pocas veces se materializaban), imprimíamos panfletos libertarios, buscábamos ayuda para los compañeros arrestados, en definitiva, construíamos un decorado soportable para seguir adelante en aquel país desesperanzado. No voy a aburrirte con historias del abuelo rojo, las has oído un millón de veces. Quiero que entiendas cómo vivíamos, y qué tiene que ver todo ello con Céline, cómo y por qué los libros de ese «cabrón antisemita», ese «temible colaboracionista», llegaron a nuestras manos, se metieron en nuestras cabezas, nos agarraron por los huevos y aún no nos los han soltado. Te puedes imaginar que estábamos bien jodidos, éramos animales enjaulados, el aire que nos llegaba estaba viciado, pesaba demasiado, nos limitábamos a girar en nuestra rueda de ratas persiguiendo frenéticos una libertad que nunca llegaba.

—Lee esto compañero.

—*Viaje al fin de la noche,* suena bien.

—Ten cuidado, está prohibido, me lo ha pasado Tom, de Fuentetaja.

—Qué huevos tiene… Pero aquí dice que este Céline era un nazi…

—Léelo y déjate de gilipolleces.

Aún sigue grabado en mi memoria un párrafo, muchos de vosotros lo habréis pintado en alguna pared de baño, ¿ah no? ¿Desde los noventa no se pintan paredes?, joder, da igual, seguro que en el colmo de vuestra capacidad subversiva habréis publicado esto en las redes sociales con la certeza de que ese acto os convierte casi en el Che Guevara:

«Para comer, los ricos no tienen necesidad de matar con las propias manos. Dan trabajo a los otros, como a ellos les gusta decir. Los ricos no hacen el mal, pagan por él».

En medio de la opresión, del miedo, de la derrota, un tipejo francés acusado de nazi dice que los ricos, los aristócratas, los poderosos, tienen la culpa. Ahora lo leéis comprometidos con la libertad pero disfrutando de ella, sin ser conscientes de que os la están metiendo doblada y de que la vais a perder, mejor dicho, que la vais a entregar voluntariamente a cambio de comodidad y luces brillantes. Nosotros, con la mitad de vuestros conocimientos, con una centésima parte de vuestra capacidad para intercambiar información, tratando de romper las cadenas de nuestra propia educación, perdidos y acojonados, recibimos esas palabras como una maldita revelación. Aquel cabrón disparaba con balas cuando escribía, escupía a la cara de todo aquel que fuera mínimamente responsable de la miseria humana, se reía a carcajadas sobre cruces, salmos, leyes, autoridades. Nada parecía asustarle o poder contenerle, y en la derrota, en el encarcelamiento, sometido a la humillación más abyecta, era capaz de seguir inmóvil en su posición desafiante. A la mierda los judíos, sí, pero de la mano del resto de la humanidad, Céline entró en nuestras conciencias derribando la puerta a patadas, incendiándolo todo con su literatura, poniéndonos de muy mala leche. Nos pasábamos sus libros de unos a otros, los comentábamos enervados, apasionados, recitábamos en voz baja los fragmentos más brutales, ¡al fin un

escritor había descendido al fango y nos miraba a los ojos para «hablarnos!». Todos teníamos un padre, o un tío, o una abuela que nos había contado atrocidades cometidas contra ellos durante la guerra y en los primeros años de la posguerra, historias que nos helaban la sangre y que a mí, me la siguen helando, ya sabes, cunetas, tapias, patios, sótanos, cárceles, iglesias, internados.

A Céline, durante el primer año de encarcelamiento, le sacaban cada noche de la celda, le subían a una furgoneta diciéndole que iba a ser ejecutado o liberado, daban unas cuantas vueltas por los caminos cercanos a la prisión y cuando se cansaban, le devolvían al agujero. Noche tras noche, doblegaron su voluntad hasta reducirla a pulpa, lo cuenta su mujer, Lucette, en su biografía, échale un vistazo, la publicaron hace un par de años. La tortura, la miseria, el dolor y la injusticia que habitan sus libros, le acercaban a nosotros más que las enérgicas arengas que escuchábamos en Radio Pirenaica, pronunciadas por celebérrimos poetas españoles exiliados que vivían como reyes en ciudades libres. La literatura de aquel «bastardo fascista», en su bajeza, nos inspiraba de manera más eficaz, estimulaba nuestras ansias de libertad, espoleaba nuestra pasión con su crueldad, con su violencia repartida democráticamente, la injusticia y la conciencia de clase aparecían perfectamente delimitadas en cada texto de Céline, leyéndole confirmábamos nuestra posición en el mundo. Desde el lugar en el que tú te encuentras es imposible que llegues a entenderlo por completo. La propaganda, la ignorancia, el boca a oreja sensacionalista, la infamia que acompaña a la trampa capitalista se ha cebado con la figura de Céline, y os ha llegado al siglo XXI acompañada inevitablemente de falsas -al menos inexactas- etiquetas. Vosotros, los hijos de la democracia y el progreso, nunca podréis leer libremente sus libros, si os conmueven, cuando lo digáis en público, tendréis que acompañar vuestras palabras con un anexo aclaratorio, una disculpa en la que os desmarcáis de la «figura humana» del escritor, ¿entiendes lo que te estoy diciendo? sin daros cuenta estaréis en una posición parecida a la nuestra cuarenta años atrás, tendréis que disculparos por lo que pensáis. Lo que no sois capaces de entender es que Céline es uno de los primeros escritores que se muestra, hasta las

últimas consecuencias, tal y como es sobre el papel, no hay diferencia entre el Céline escritor y el Céline persona. Su compromiso literario era total, absoluto, real. Todos somos contradictorios, mentirosos en mayor o menor medida, crueles llegado el momento, apasionados, delicados y violentos al segundo siguiente, complejos; ser humano significa equivocarse la mayoría de las veces, sufrir y hacer sufrir. Lo que nos perdonamos a nosotros mismos, lo que entendemos como piezas del carácter individual, en figuras como la de Céline se transforman –por culpa de esta sociedad bien pensante, ávida de enemigos absolutos– en actos de maldad imperdonables. Eso sí es fascismo.

¿Quieres saber qué es eso que escribió en los célebres panfletos "colaboracionistas", lo que le costó, no sólo el desprecio de su generación, la tortura y la cárcel, sino el ostracismo literario eterno en Francia y la etiqueta de fascista colgando de su sombra hasta el fin de los tiempos? Podemos resumirlo en dos frases:

«Hitler no ha dicho nada en contra de los bretones o los flamencos. Nada de nada. Tan solo se ha referido a los judíos, porque no le gustan los judíos. Tampoco a mí».

«Digo con toda franqueza lo que pienso: preferiría tener una docena de Hitler que un Blum omnipotente».

Sin demasiado esfuerzo puedo recordar auténticas barbaridades, muy superiores a estas en carga política, dichas o escritas por escritores autodenominados defensores de las libertades que acabaron sus días ocupando posiciones sociales privilegiadas y disfrutando del amor y la admiración de los lectores. Escritores que en todas las fotografías que acompañan sus libros aparecen señoriales, limpios, orgullosos, magníficos. Céline se equivocó, desde luego, no supo sujetar los caballos ante la opinión pública, fue fiel a sí mismo, a su misantropía derivada de la impotencia del paria, y lo pagó caro.

Desde una vida dedicada a combatir el fascismo, desde la libertad, sintiendo el peso de todos y cada uno de los años que he vivido, sigo leyendo a Céline, al menos cada década, y aún no he sido capaz de encontrar palabras que me expulsen de sus libros, el barro que traga Bardamu en su viaje parece tener el mismo sabor

que el que yo he tragado en el mío, nuestro odio nace del mismo lugar, los culpables que él señala sin miedo son idénticos a los que yo mismo acuso, aún a día de hoy, de robarnos la dignidad. Créeme, a la hora de compartir trinchera, dolor y miseria, preferiré veinte Louis-Ferdinand Céline a un solo gran hombre de las letras de los que calculan cada palabra que escriben para estar siempre bien posicionados y prevalecer. Léelo de nuevo, el error de Céline, su miseria, se eleva ante mis ojos por encima de los triunfos y los buenos pensamientos de los demás, que cada vez me parecen más fríos, inertes, plastificados y exentos de alma. En él encuentro una verdad contra la que podría pelear de igual a igual sin el temor de recibir una puñalada por la espalda, y eso, en estos tiempos melifluos e hipócritas de la postmodernidad empieza a ser una rareza.

DE REGRESO A LA NOCHE

Vanity Dust

Pasé de pillar un avión. Me aburren los controles estúpidos e inútiles de los aeropuertos. Las azafatas llevan las faldas demasiado largas. El whisky tiene un precio insultante, cuando en realidad debería estar incluso por debajo del precio de coste, siendo más necesario que las bolsas para vomitar. Y siempre te acompañan bebés hiperactivos, llorones y feos, y gente que mira pantallas raras con el dibujo del avión surcando un mapa mundi minúsculo y ridículo... Pero lo peor es que viajar en avión es caro, lento, frío, y te obliga a pagar con una tarjeta de crédito ligada a un banco cuyas oficinistas, al verte de nuevo y sabiendo que sigues sin pasta en la cuenta corriente, te miran con descaro y suficiencia, ¡como si llevar barba de algunos meses y sin arreglar fuese algo de mala educación!

Los trenes están mejor, pero tampoco puedes fumar. No soy un violador, ni alguien *abiertamente* hostil, por eso decidí hacer autoestop para llegar a París desde mi viaje al Norte, donde fui a visitar a un amigo pintor que me invitó a conocer su casa de campo. Estaba enfermo, tenía un reuma preocupante, y el intercambio fue vino y mujeres por un diagnóstico que, para su bien, no se lo pinté tan serio como él creía. Estaba bastante jodido, irritación ocular, tráquea deshecha, temblor de manos. Como médico, cuando tratas a los amigos, es mejor no decirles que están cerca de la muerte, es mejor hacerles creer que siguen siendo inmortales, te ahorras unas cuantas broncas y, total, el resultado final será el mismo.

Conseguí mi objetivo viajero, aunque por ello el viaje duró bastante más de lo previsto. La idea era sencilla: por cada tres autoestopistas, dos debían ser mujeres. Antes, a mediados del XX, poco antes de que yo la palmara en mi primera existencia literaria, esta ratio era quizá más complicada pero más fiable. Al bajar la ventanilla del auto en una fría noche aparecía una rubia –posiblemente ama de casa con cierta libertad de movimiento– conduciendo patosamente un Citroën negro con parachoques plateado –no como los de ahora, de plástico chino negruzco–; decías que eras escritor y que le dedicarías un poema si te llevaba hasta el siguiente pueblo. Pan comido. Polvo o mamada bastante probable. Esa ingenuidad y predisposición

a la ayuda del indigente escritor han desaparecido, se han evaporado en mi nueva existencia literaria, en pleno enfermo y bullicioso 2012. Ahora la mayoría de tías pasan zumbando con un coche color rosa metalizado, gafas de sol deformes y demás enseres que aborrezco. Si consigues detenerlas, te toman por un violador o un loco fugado de un manicomio. Por lo que veo, las películas de terror baratas del Hollywood moderno han hecho demasiado daño en el imaginario de las mujeres que están buenas...

Tuve que robar una chaqueta en un Zara de una sórdida capital de provincias para aparentar una especie de ejecutivo ecologista al que se le había roto la bicicleta... En vez de hablar de mis viajes a África o de mi atormentada época en Inglaterra, tuve que inventarme una empresa, y hablarles de lo ocupado que me tenía hacer *business* con los chinos y lo vagos que eran los empleados...

Con la práctica, comencé a regodearme con su ineptitud, e insistía en las ganas de llegar a la oficina para seguir mandando y machacando a mis asalariados. Para mi sorpresa, esto las ponía bastante húmedas, calentitas. Incluso una jovencita la mar de espabilada quería que me la llevara a la oficina, que le encantaba hacerlo encima de la mesa de jefes.

Mi primera autoestopista tenía un crucifijo debajo del retrovisor central. Llevaba una camiseta escotada y escuchaba la radio. Una cadena esquizofrénica que ponía temas del momento que siempre quedaban interrumpidos por los gritos del presentador o por una publicidad incomprensible. El coche olía a madera de pino, producido por un pino de plástico colgado en el retrovisor. Me dijo que estos pinos los vendían en los supermercados. Me molestó que no me dejara fumar. Pero no estaba en condiciones de exigir más. No le pregunté a qué se dedicaba. Hice unos 50 kilómetros con ella. Luego me dejó en un pueblo medio abandonado, o eso parecía de noche. Caminé por sus calles vacías hasta encontrar un bar abierto. Pedí cerveza y me senté en la barra. En la televisión hablaban de economía y de unas inundaciones. No tenía dinero para dormir en una pensión, así que tras calentarme el estómago regresé a la salida del pueblo para buscar otro transporte y seguir mi ruta. Esta vez, siendo una hora inoportuna para viajar, tenía claro que podía ir con un hombre en el coche.

Tras varios intentos fallidos, un coche con tres tíos se detuvo a mi lado. Jóvenes con ganas de fiesta y de follar. De estos que van a locales oscuros con música electrónica muy alta y toman drogas, sudan y bambolean sus empalmados cuerpos que suben por las paredes mugrientas de la sala o el retrete. No era un mal plan, un poco de alegría tras el sobrio viaje con la rubia.

Quiero probar las drogas sintéticas, es como un capricho de turista, empecinado en sacarse una foto delante de la Torre Eiffel, buscando el ridículo efecto óptico de tener el dedo índice justo encima de la punta. Mi apetencia es quizá menos sana, pero menos ridícula y bastante más divertida.

Los chicos me toman por un indigente, no me preocupa. No están tan lejos de la realidad. En el coche puedo fumar. A veces, los jóvenes de veinte años, yo que ando sobre mis cuarenta –de nuevo– no son tan desastrosos como quieren hacernos creer... Se drogan, follan, arruinan a sus familias. ¡No veo nada deleznable en ello! Me preguntan cosas, les explico mi situación. Soy médico. Curo a la gente. Escribo cosas, follo con mujeres, todas las que puedo. Esto último parece interesarles más. Sé que a ellos les puedo contar la verdad, y no pamplinas de empresarios ecologistas. Me enseñan su droga. Cocaína, dicen. Me ofrezco a probarla, emocionado. Nos encontramos en plena carretera secundaria zumbando con el bumbum de los altavoces. No era mi plan drogarme en estas circunstancias...tampoco en ninguna en concreto, la verdad. Me dan un rulo hecho con un billete mohoso. Me dan una bandeja de plástico. Casi la tiro por culpa de las curvas virulentas que el joven rubio con polo blanco hace con el coche de su madre, pagado a crédito. Esnifo. Ellos parecen contentos de haberme engatusado. Noto un sabor ácido en mi garganta. Se me duerme el paladar. Quién iba a decirme que tras mi viaje al fin de la noche, más de ochenta años atrás, regresaría de manera incomprensible a la Francia moderna, ¡y ampliaría el menú del vino a la coca!. Con lo cara que me dicen que es habrá que tirar de derechos de autor. Qué vueltas da la vida... y la noche. ¡No me voy a quejar!

Insisten en que me vaya de fiesta con ellos... me conformo con explicarles que tengo una amiga en un burdel y que debo verla... Quieren conocerla, braman. Les digo que a mí también me cobra.

Asienten. Al final dejan el tema y deciden hacerme el favor de acercarme al puticlub. Les he seguido la corriente, pero ya estoy algo cansado de tanto grito bruto de ansiedad púber y de escuchar las memeces de estos pajilleros crónicos. Quiero notarme los efectos de esta droga en otros terrenos. En el burdel –les he señalado el primero que he encontrado, tras varias vueltas infructuosas en las que afirmaba que no recordaba cómo llegar –no hay nadie. Bueno, nadie que no esté siempre en este tipo de lugares. Un camionero con bigote y boina con una rubia y una morena sentadas en cada pierna. Erección de toro. Su tercer brazo sigue sin nadie encima, parece no tener prisa. Hay muchos hombres que prefieren olvidar que pagan a mujeres que están buenísimas sólo para follar. En cambio, algunos débiles de espíritu necesitan contacto afectivo aunque sea de pago... y alargan el momento del polvo para disfrutar con su supuesto y falseado talento de seductores.

Me acerco a la barra. Pido una copa. Se me acerca una morena blancuzca con una minifalda de cuero. Tiene los pechos hinchados. Muy grandes. Pero parece desnutrida, las comisuras de los labios muestran un esfuerzo por dilatar su boca más allá de lo posible. Tendrá menos de veinte años. Con ella no hace falta que hable de mis escritos ni de mis asalariados incompetentes ni que me haga el empresario ecologista. Por eso estos sitios son tan agradables, porque no se rigen por los estándares sociales ni chorradas por el estilo. ¡Aquí se va a lo que se va! ¿Qué necesidad de dar rodeos hay?

Bien entrada la noche, sin nada mejor que hacer en ningún sitio, hablamos y pido otra copa que no pagaré. Al rato, ya estamos en una cochambrosa habitación con una luz de neón parpadeante y una radio sonando, que a la tercera canción le indicará a la señorita que debe ventilarme rápido. Se deja dar por atrás, cosa que agradezco. Gemidos logrados y embestidas espasmódicas. Eyaculo en sus nalgas mientras deja caer su pelo por los hombros y yo se lo agarro y le levanto la mirada casi al techo. Así concluimos nuestra relación. Hasta nunca. Bien servido, contento y satisfecho por el servicio infalible, pienso que ya es hora de proseguir mi ruta. Solo fingiendo un ataque epiléptico al lado de la puerta de salida puede uno salir de estos sitios sin pagar. Amanece y camino con las manos en los bolsillos. Me noto algo cansado, pero con los ojos bien abiertos y

bien descargado. Eso sí, los pájaros vuelan de árbol en árbol y dan bastante por el culo, cantando ajenos a las desgracias humanas. Debo estar a unas cinco horas de París y la coca va de baja. Qué poca prisa tengo por llegar, nadie me espera, mis amigos están muertos y las chicas parisinas de hoy en día apenas recabarán en mi retorno.

Toca ya buscar un nuevo coche para la ruta. Resulta que pillo un autobús. Me apetece tener un sillón más ancho y poder dormir a bocajarro el resto del trayecto. Me han entrado unas súbitas ganas de estar en mi habitación bebiendo vino. Tras estos días de viaje y de mi visita al Norte, comienzo a sentirme algo enfermo. He pillado frío en el burdel y la coca me está embotando la cabeza, y el frío ha acabo por desorientarme ¿serán los años? ¿los siglos? Mi compañera de asiento es una jovencita de buen ver que viaja a París para iniciar un curso de diseño de interiores. Va muy arreglada y está ilusionada y jugando con un cacharro tecnológico todo el rato. Tiene un acento gracioso y me mira sin saber muy bien qué hacer. Me quedo dormido, con una leve erección retenida desde la visita al burdel. Me levanto cuando alcanzamos las *banlieues* parisinas. Estoy babeando. ¡La chica, la muy puta, se ha cambiado de asiento mientras dormía! A veces no se me da bien ocultar mi perversión, pero la verdad es que siempre he rehusado disimular mis intenciones, y no me ha ido tan mal. Y más cuando resulta que has vivido ya en otra época, y que tu segunda existencia es una ampliación decadente de la primera, donde todo ha cambiado menos tú y tus movidas...

Llegamos a los Champs Elysées sin incidentes, y no sé si alegrarme o lamentarme por ello. Es la rotonda más caótica de la ciudad. Por eso me gusta tanto. ¡Gritos, improperios, insultos! Es justamente al volante cuando uno puede liberar su parte animal, cazurra, y qué bien se siente uno después de escupir en un parabrisas ajeno.

A estas alturas es posible que mi amigo del Norte ya haya muerto. Pero que quede entre vosotros y yo, amados lectores que regresáis a mí clandestinamente, después de tantos años. Y ya que estamos, guardemos para confesiones etílicas a altas horas lo de mi inmortalidad. Nos volveremos a encontrar cuando se me acabe el vino en la buhardilla de Meudon, en alguna que otra noche sin fin.

CARTA PÓSTUMA PARA MONSIEUR CÉLINE

Juanjo Ramírez

Vayamos al grano. Fui yo. El cabrón que cavó un hoyo y robó tu cadáver, aún reciente, en el cementerio de *Bas Meudon*. No te preocupes. Nadie se dio cuenta. Nadie se molestaba en vigilarte mucho. Quizá creyeron que ya no les podrías hacer daño con los párpados cerrados para siempre.

Sé que lo entenderás, *monsieur* Céline. Tuve que hacerlo. A un escritor no se le guarda en una caja, como si fuera un trasto innecesario.

Espero que el tuteo no te ofenda. Hay confianza, ¿no? Al fin y al cabo, te he visto las pelotas. Así es, *monsieur* Céline: te he visto como Dios te trajo al mundo, o como te invitó Dios a abandonarlo. La poca sangre que te quedaba estaba seca, claro. Tuve que mezclarla con todo lo demás, para licuarla. Imagínatelo. La sangre de Céline emulsionada con los fluidos de su propia podredumbre, y con el barro de su propia tumba. Joder, te habría encantado: un batido de escritor, fango y gusanos.

Pero, hostias, casi todos tus restos seguían siendo sólidos. Me obligaste a dejar la picadora funcionando toda la noche. A pleno rendimiento.

Ah, sí, perdón, olvidé presentarme. Mi nombre te da igual. Soy carnicero. Pero en defensa propia. Ya sabes. Siempre quise invertir mi tiempo en escribir. Desmenuzar el mundo como tú lo hacías. Pero las letras no me daban para llegar a fin de mes. Por ello la carnicería. Es otra forma de desmenuzar el mundo, sí. Literalmente.

Y yo, *monsieur* Céline, he sabido leerte como sólo te sabe leer un carnicero. Línea a línea, incluso letra a letra, adiviné tu anhelo. Tú deseabas ensuciarlo todo, hijo de puta. Y tus palabras aspiraban a hacerlo a mi manera, sí. Literalmente.

Ése ha sido mi regalo de despedida, *monsieur*. Lo estabas pidiendo a gritos. Pues bien, aquí lo tienes. Ahora manchas el mundo con tu propia materia, además de con palabra escrita.

Te he convertido en tinta.

No ha sido fácil, ¿sabes? Costó lo suyo separar la carne, pulverizar los huesos, desengarzar los globos oculares, explorarte por dentro en busca de los pocos entresijos que no arruinó el forense. Y luego el *chop, chop, chop* de dividirlo todo en pedacitos, desintegrarte, transmutarte en hamburguesa humana, hacer contigo una papilla horrenda, putrefacta, y luego voluntad, paciencia, esfuerzo, licuar, licuar, licuar, y decidir la contextura idónea. Y no te rebajé con cualquier agua, no, ni hablar. La traje de los charcos de tu fosa.

Tardé días. Ni sé cuántos. Me faltó lucidez para contarlos.

Diste para llenar sesenta y seis tinteros. Uno por cada año que viviste. Aunque - sí, lo has adivinado - sobró un poco, un excedente en representación de este año sesenta y siete que no llegaste a completar. Ese último vestigio lo he guardado en un tintero aparte. Tengo planes concretos para él. Pero todo a su tiempo, *monsieur* Céline, no nos precipitemos.

A estas alturas ya habrás supuesto de qué va todo esto. He escrito con tus restos. Muchas cosas. Las suficientes para agotar sesenta y seis tinteros.

De una manera extraña, incluso tétrica, has continuado vivo durante varios meses.

Mi primer pensamiento fue fabricar una pluma con tus propios huesos. Mojarla en ti para escribir a mano. Para esparcirte de mi puño y letra. Me parecía una mierda muy romántica, muy cercana. Pero no. A ti hay que mecanografiarte. Lo comprendí enseguida.

Máquina de escribir.

Porque el sonido de los dedos en las teclas de la máquina es el sonido de la ametralladora. Y así sonó tu guerra, ¿verdad, *monsieur* Céline? Se te debió quedar ese sonido en las entrañas, porque tú también ametrallabas cuando escribías. Tus frases eran balas. Secas, rápidas. Tus signos de puntuación como agujeros. Impactos en un muro. Intentaste acribillar muchas murallas, sí. El mundo tiene acné desde que se te ocurrió iniciar un tiroteo contra él. Muchos otros heredaron tu munición y siguieron ametrallando a tu manera, hijo de puta, ya lo sabes.

Una ametralladora de escribir.

Logré incorporar tu tinta a una vieja Olivetti y la hice disparar a tu salud. Tu voz es de ametralladora, sí. Como una máquina de coser mortajas. Es la máquina que usaron las parcas cuando tejieron este jodido siglo que te tocó vivir.

De esa manera te he impreso en el papel: atropelladamente, sin mirar hacia atrás, sin respirar, ni meditar ni desdecirme. Nadie puede enseñarle a una bala a desandar su viaje.

¿Qué coño redacté con tus despojos?

Pues empecé con cosas anecdóticas, triviales, puro trámite. Facturas, tickets, listas de la compra. Y felicitaciones navideñas. Me hacía gracia. Forjar con tu cadáver las letras más vacías que pudiera concebir el ser humano. Inocularte como un virus, *monsieur* Céline, por la puerta trasera de la gente.

Y es que las frases por sí solas no son nada. O puede que sean algo, sí, pero no todo. Hay mierdas inexpresables acechando entre líneas, y tú has sido esa mierda clandestina durante mis sesenta y seis tinteros. La esencia de tu horror tatuada en cada folio, abofeteando ojos que llevaban ya demasiado tiempo anestesiados. Entonces nos leen, *monsieur* Céline, y sienten que algo se tambalea en algún sitio. Lo intuyen en la parte más absurda de sí mismos. La parte de nosotros que percibe las cosas microscópicas. Imagínatelos: todos ellos leyendo estupideces, asuntos cotidianos, pura cosmética, sin saber explicarse por qué de repente un eco de lucidez les desordena el puzle. Por un instante recuerdan que el mundo gira tan rápido porque se ha vuelto loco de remate, que somos gilipollas, que venimos del lodo, que nuestra civilización ha consistido en alzar un tabique entre el caos y nosotros, y es un tabique demasiado endeble. Todo ello les vuelve a la cabeza durante un solo instante imperceptible. ¡Pero se trata de un instante tan hermoso!

La gente como tú nos hace falta. De lo contrario el mundo se adormece, y termina alcanzándose a sí mismo.

A continuación gasté varios tinteros escribiendo a las mujeres que alguna vez amaste. No todas seguían vivas, ni supe yo identificar a más de cuatro, pero hice lo que pude, te lo juro. Redacté aquellas cartas procurando parecerme a ti. Sé muy bien que mi prosa

no es la tuya, pero de alguna forma - ya lo sabes - tú estabas en mis letras. Acaso percibieron tu aroma en esa tinta. *Eau de Céline*. Acaso se estremecieron y la carta les tembló en las manos y tropezaron con su propia sombra y sintieron que tu fantasma regresaba y les soplaba en las orejas y erizabas sus nucas con un beso.

Y la última carta, el último tintero, están aquí. En estos folios. Te estoy rebañando. No sé si podrás leer esto desde el otro lado. Debe de ser curioso leer tu propio cuerpo. Leerte a ti mismo, sí. Literalmente.

Ahora te digo adiós, *monsieur* Céline. En cuanto leí un par de páginas tuyas te identifiqué, cabrón. Conozco esa raza a la que perteneces. Es una raza que acaso reinventaste. Tal vez no seas el Abel de dicha raza, no, pero eres su Caín.

Ahora mismo plegaré estos papeles, los meteré en un sobre y -sobre en mano- regresaré junto a tu lápida de *Bas Meudon*. Profanaré ese nicho por segunda vez, cuando el resto del cementerio duerma. Y allí permanecerá esta carta póstuma, en la caja de madera en la que todos imaginan tu cuerpo corrompiéndose, sin saber que eres tú quien los corrompió a ellos.

Espera, no he terminado aún. Te dije que guardé algunas sobras en un tintero aparte. El número sesenta y siete. No hay mucha tinta en él. Sólo la suficiente para firmar mi confesión y hacerla llegar a las autoridades.

Asumiré el castigo con orgullo.

Atentamente,

Un carnicero

P.S:

Ah, por cierto, Céline, se me olvidaba: el sello lo he pegado con tus heces.

ESPEJO DE PRÍNCIPES

Patxi Irurzun

Me compré una camiseta con la jeta de Céline por Internet y me llegó a casa el mismo día que empujé y tiré al suelo al príncipe Felipe –o que atenté contra él, como dicen algunos periódicos–. Dicen también, esos *bocachanclas,* que lo mío y lo del escritor francés es como lo de aquel otro, aquel que le pegó un tiro a John Lennon y después se sentó a leer *El guardián entre el centeno* mientras llegaba la pasma. Que estoy tan majareta como él. Pero se equivocan. Todo fue pura casualidad. Y yo desde luego no estoy obsesionado con Céline –ni con el príncipe, por otra parte–, no soy un experto, ni una autoridad, ni siquiera un fan de ese autor. Algunos piensan que sí, y me invitan a escribir artículos, a participar en antologías como esta, y yo digo «Vale», pero en realidad lo hago sólo porque me aburro, aquí en la cárcel. Por eso y porque hay que figurar, hay que hacer como que controlas, si quieres ser escritor. Yo sí quiero, pero tengo un problema: se me olvida todo lo que leo, los libros, no retengo, no entiendo cómo hacen esos intelectuales, que hablan y escriben como si tuvieran esos libros siempre abiertos y subrayados dentro de su cabeza. Para mí que va ser cosa del Google. Sí, por supuesto, leí hace años *Muerte a crédito* y el *Viaje al fin de la noche,* y lo que recuerdo es a un tipo cabreado y con dos huevos muy gordos; a un escritor con los puños tatuados, como en la canción «Radio Rahim», de Negu Gorriak: *«Amodioa eta gorrotoa hatz koskoetan tatuarik…Eta batzutan amodioarekin, bestetan aldiz gorrotoarekin»* («Amor y odio tatuados en los nudillos… Y algunas veces (golpeas) con AMOR y otras en cambio con ODIO»). Eso, y los puntos suspensivos… Seguro que en esta antología hay muchos puntos suspensivos. Espero al menos que ninguno tenga la misma ocurrencia que yo y diga, por ejemplo, que son como los agujeros que deja una ráfaga de ametralladora en la pared, o sobre la calavera de un rey («Los testículos me cortaría, por la calavera del rey», cantaban Eskorbuto; Céline creo que también se los cortaría, o al menos escribe/dispara haciéndote creer algo parecido). Y eso es lo que recuerdo de sus libros y lo que puedo contar sobre Céline.

* * *

Esta mujer, esta flaca, a mí me va volver loco, siempre metiéndome en líos, el último con el escritor ese, que yo no sabía, lo juro por mi honor, no tenía ni idea de que fuera un filonazi, ¡Dios!, ¿por qué le habría hecho caso?, pero si hasta yo mismo me di cuenta de que el chiflado aquel, el de la camiseta con el rostro del tal Céline, lo único que buscaba era sus cinco minutos de fama, y vaya que si los ha conseguido, míralo, aquí lo tienes, escribiendo esta basura, alardeando de su hazaña y a la vez lloriqueando por la cárcel que se está chupando, qué esperabas, alma de cántaro, después del viaje que me metiste, pero si todavía me duele el hueso de la risa, que le llaman, aunque su nombre científico sea nervio cubital, yo lo sé porque he visto mi radiografía en el *Hola* y en el *ABC* y en los telediarios, para que luego se quejen los republicanos, ahora todos los españoles también saben cómo se llama el hueso de la risa y que en realidad no es un hueso, sino un nervio, españoles, españolas, la monarquía es pedagógica (ay, a ver cuándo se me quita esa manía de ensayar discursos), bien, el caso es que el chiflado este un día saldrá de la cárcel y entonces, ¡hala!, a vender exclusivas, y más libros, que igual también me toca leérmelos, «Tienes que leer a Celine», me dijo mi mujer, y yo ya me eché a temblar, y a buscar en la agenda a ver qué tocaba esta vez, ¿un centenario, la inauguración de una biblioteca, una fundación, un premio literario?, y solo de pensarlo ya me puse malo: «¿Pero quién le habrá metido en la cabeza a esta mujer esa idea de escribir ella los discursos?», empecé a bufar, «¿Para qué pagamos a un jefe de protocolo y un gabinete de comunicación?, ¡Claro como ella es periodista!, *Ay, que yo soy periodista*, pues no, señorita, tú ya no eres periodista, ahora eres princesa, y los demás trabajan para ti, para que todo salga bien y no metas otra vez la pata», pero ella erre que erre, con el Céline ese, «A ver, ¿para qué tengo que leérmelo?», le dije, «Para nada, porque sí, por saber. Y además te vendrá muy bien cuando quedamos a cenar con Sabina y esos», me contestó, y entonces yo, claro, me callé, no le iba a contar que en esas cenas, cuando ella se levanta, aprovechamos para hablar de nuestras cosas,

de fútbol, de cerveza, de *churris,* por cierto yo me doy cuenta de cómo Sabina y esos se controlan para no mirarle el culo, cuando Leti se va a hacer pis, porque las princesas no mean, las princesas hacen pis, todo el mundo lo sabe, y también que no puedes mirarle el culo así como así a una princesa, y por eso se aguantan, aunque se mueren de las ganas, normal, porque mi flaca está como un tren, a mí me vuelve loco, ay, si no fuera por esas cosillas suyas, si no se metiera donde no la llaman, «Acércate, acércate a saludar a ese señor, ¿no has visto que lleva una camiseta de Céline?», me dijo por lo bajinis el día del empujón, por ejemplo, «Anda vete y habláis un poco de libros, que vean todos qué principito más listo tengo», y yo a pegar la hebra con el tarado este, que para qué le habría hecho caso yo a mi mujer, bastante tenemos con lo que tenemos, con lo del cuñado, otro que tal, digo yo que a mi hermana le pasará un poco lo que a mí, se habrá dejado embaucar, porque eso también es que se veía venir, a mí nadie me quita de la cabeza que Iñaki es un submarino nacionalista, una quinta columna abertzale, que ha entrado en la familia para romper España por donde más duele, claro que también hay otros que dicen lo mismo de mi Leti, la princesa republicana, la llaman, serán gilipollas, no tienen ni idea, mi mujer lo único que quiere es modernizar un poco la institución, acercarla al pueblo, según ella, pero claro, luego pasa lo que pasa, que el pueblo se te acerca y te mete una hostia como un pan y tú acabas despatarrado, con el codo roto y a los pies de los caballos, «¿Pero a quién se le ocurre?», me riñeron cuando lo del empujón los de protocolo, y los de comunicación, y mi padre, a mí es que me riñe todo el mundo, «Ya tienen titulares los de *Público* y los de *El Mundo*: La corona por los suelos», decían, y también «Por no hablar de lo del Céline ese. ¿Pero, no sabías que era un filonazi?» y yo les contestaba «Pues no. Yo soy un mandado, yo qué voy a saber», eso era lo que les decía, «Yo qué cojones voy a saber...»

* * *

Lo que sí puedo contar es lo otro. Lo qué pasó aquel día, antes de llegar a la inauguración del Congreso de Exaltación de la

Verdura, en el Auditorio. Aclaro que yo me dirigí a aquel lugar por pura casualidad, haciendo el zascandil, y que fue Felipe de Borbón quien vino a buscarme y también él quien, en cierto modo, se buscó el empujón. Pero es verdad que yo llegaba caliente, y creo que en ello tuvo bastante que ver mi camiseta. No sé, había algo en ella que me traspasaba: como si el rostro de Céline, pegado a mi corazón, me hablase; como si en lugar de una simple camiseta fuera una capa de superhéroe literario y yo adquiriera todos los superpoderes del escritor francés: los rayos X de su mirada, el escalpelo de su pluma… De repente, el mundo se convirtió en un gran estercolero, y las personas que me rodeaban en bolsas de piel llenas de vísceras y excrementos. En el autobús todos los pasajeros me parecieron feos y ruines. Yo no era yo, sino Céline atravesando Europa, convertido en un fugitivo, y encontrándose por el camino cadáveres con puñales clavados en el pecho, trincheras llenas de muertos. Céline en un dispensario, atendiendo a tuberculosos, sifilíticos, mutilados... Odiaba al resto de viajeros, me sentía también un príncipe a lado de todos ellos, los odiaba y los amaba, me compadecía de su dolor, del dolor y el vacío que consumía y anestesiaba sus vidas, hasta tal punto que nadie en el autobús se fijó en mí, en mis nudillos tatuados, ni mucho menos en mi camiseta. Ninguno de ellos sabía quién era Celine (tal vez se hubiesen fijado en mí si llevara una camiseta con la *jeta* de Paquirrín, o de Belén Esteban). Tenían miedo, y el miedo los volvía más vulnerables, aunque pensaran precisamente lo contrario, que los protegía. El miedo no era su escudo, era su puñal clavado en el pecho. Miedo a perder sus trabajos de mierda, malpagados y aniquilantes. Miedo a las colas del paro, a los cursillos, a los exámenes que no querían hacer para convertirse en algo que no querían ser… Miedo a perder sus coches, las compras en el híper, la hipoteca, el móvil… Miedo a perderlo todo mientras todo se iba perdiendo y ellos participaban en la ceremonia del miedo, votaban, miraban la tele, el fútbol, los programas del corazón, su Twiter … o mientras se dirigían, como algunos de los que iban en ese autobús –aunque yo entonces no lo sabía–, a espantar su miedo agitando banderas al paso de un príncipe, un jefe de las fuerzas armadas, un generalísimo, un extraterrestre

con el que lo único que tenían en común era que nunca se habían mirado de verdad en un espejo.

El mundo es un autobús, recordé la canción de La Polla Records (las canciones, al contrario que los libros, no se me olvidaban) y decidí bajarme de él, me apeé de aquel ataúd con ruedas y traté de buscar consuelo entre quienes aspiraban a la inmortalidad, con más pena que gloria, eso sí. En parte era por ellos, por un grupo de poetas que solía frecuentar, por los que me había comprado aquella camiseta. Me dirigí al bar en que solían reunirse para hablar de sus cosas (cada uno de sus cosas, porque hablaban, sí, pero no se escuchaban), pensando en la cara de asombro que pondrían al verme. Me gustaba hacerme el *outsider* entre aquella recua de escritores de pueblo, doblemente subvencionados, primero con sus trabajos de funcionarios, maestros, oficinistas o concejales de cultura, y después con sus columnas/redacciones de colegio en los periódicos locales; con sus premios de cuentos en los que unas veces unos eran jurados y otros finalistas y ganadores y otras al revés; o con sus revistas y libros de ripios subvencionados… Quería abrir sus bocas cerradas en las que no entraban las moscas de la incorrección política, hacer temblar sus corazones paniaguados. Pero ellos ni siquiera se daban cuenta.

—¿Ese quién es, Bukowski? —preguntó uno, señalando mi camiseta de Céline.

Así que me fui a otra parte con aquel cuento: ¿Se podía separar la vida y la literatura de un escritor, ésta de sus ideas políticas o su calidad humana? ¿Se podían juzgar por separado todas esas cosas? ¿Por qué Céline era un colaboracionista y un antisemita que no se merece homenajes públicos y a Knut Hamsun le dieron el Premio Nobel? ¿Hacía acaso peor la poesía de Joseba Sarrionandia su militancia en ETA? ¿Y sus trabajos como censores a Bécquer o a Cela...?

¡Ellos qué sabían! Salí de la cafetería hecho un basilisco, en parte por su enanez mental, pero también porque me daba cuenta de que yo tampoco tenía ni idea. Ni puta idea. Yo solo tenía una camiseta de Céline. Y con ella puesta, seguí ramoneando por la ciudad, hasta que cerca del auditorio, aquel auditorio en el que se habían gastado millones de euros (aunque había merecido la pena, porque

ahora podíamos ver en la ciudad a figuras de la talla de Los Morancos o Bisbal), vi a gente agitando banderas, comiendo bocadillos de mortadela, gritando ¡Majestades, majestades...! Y decidí acercarme.

* * *

…aunque a mí lo que digan los de protocolo me importa un huevo, y una yema del otro lo que digan los de comunicación, a mi familia nadie nos hace callar, somos nosotros los que mandamos callar, y además gusta mucho, «¡A callar!» le soltó el otro día mi tía a los periodistas, cuando le preguntaron por lo de Iñaki, y todos chitón, pero sin malas caras, riéndole la gracia, o como cuando papá le soltó aquello a Hugo Chávez, «¿Por qué no te callas?», si hasta han hecho camisetas, lo he visto por Internet, yo es que entro mucho en Internet, hago egobúsquedas, creo que las llaman, Felipe de Borbón, pongo en el Google, y salen 1.840.000 resultados, aproximadamente, a ver quién puede decir lo mismo, Facebook también tengo, no con mi nombre claro, ahí voy de extranjis, y así curioseo un poco, y la de barbaridades que sueltan sobre mí, yo es que soy un poco masoca, me meto en grupos de antisistemas y perroflautas, «Tiburón», me pongo de alias, y hasta he subido una foto de cuando Leti y yo estuvimos en un Aquarium, en Singapur o en Donosti, no recuerdo, que nos vistieron de hombres-rana y luego nos metieron en una jaula submarina a darles chuletones a los cachalotes que pasaban por allí, «Los borbones a los tiburones», he escrito al lado de la foto, ¿a que es bueno?, yo es que me meo de la risa, a Leti, sin embargo, no le hace mucha gracia esto de las redes sociales, ella es más finolis, solo trastea en Internet para buscar libros, «Mira, en este te sacan», me dice, y hala, a leer otra vez, el último fue uno de un tal Manuel Vilas, que no sé si se ríe de mí, y de papá, que también sale, o qué, pero bueno, eso es una cosa, y hasta lo de *El Jueves*, cuando nos dibujan chingando, y otra cosa es que venga uno y te meta un empujón, que ya le vale, «No estoy obsesionado con el príncipe», dice, el tío, pues menos mal, primero lo del empujón y ahora la antología esta de los huevos, al final habrá que hacerle callar también, igual hasta tengo que inventarme

yo mi propia frase («Españoles, españolas, esto es lo que tengo que decirle a este señor: ¡Cierra el pico!»), sí, «Cierra el pico» no está mal, una frase para la historia, y para poner en camisetas, la próxima vez se la suelto, aunque yo no sé si habrá próxima vez, no le van a quedar ganas entre lo de la cárcel y esto que me cuentan los de los servicios jurídicos, que dicen que van a secuestrar la antología, aunque para mí que ya van tarde, los libros que ya han vendido, por ejemplo ¿qué pasa?, yo el mío desde luego no lo devuelvo, yo es que soy así, y mi Leti lo mismo, somos rebeldes, príncipes del siglo XXI, más abiertos, más modernos, aunque una cosa no quita la otra, y también somos unos profesionales del copón, y por eso no decimos nada, en alto, en público, pero vamos, así entre nosotros, que lo hemos hablado, y en el fondo el tarado este, pues eso, que en el fondo, muy en el fondo, pues que igual también lleva su parte de razón…

* * *

Me coloqué en una valla, en primera fila. No me costó mucho. La verdad es que tampoco había tanta gente y los que había parecían todos un poco *mongolos*. No sé si fue por ello, pero cuando los príncipes salieron del auditorio y saludaron, sus miradas sobrevolaron entre el público como moscardones, para posarse después de un rato en mí, que era el único que no agitaba banderitas ni me esforzaba en llamar su atención. Letizia susurró algo al oído del príncipe y muy fugazmente una mueca de desagrado cruzó el rostro de éste, pero rápidamente se rearmó con una sonrisa *profidén* y echó a andar, pisando fuerte, hacia mí. A su alrededor pululaban varios políticos, la presidenta autonómica, el alcalde, y todos le siguieron como perritos falderos. La verdad es que ellos parecían igual de *mongolos* que los que estaban al otro de la valla.

Por lo demás, al principio no pensé, ni loco, que el príncipe viniera a buscarme a mí, pero después me quedé paralizado, cuando desde lejos señaló mi camiseta y dijo:

—Louis Ferdinand Céline, qué gran escritor.

—¿Lo… conoce? —balbuceé.

Él entonces enumeró alguna de sus obras, y dijo algo sobre la invención de un nuevo lenguaje, la oralidad, su ritmo salvaje… No sé, yo no me concentraba. Solo pensaba que aquella era como una de esas conversaciones sobre el tiempo, mientras un ascensor nos llevaba a alguna parte y cuando nos bajábamos nos la sudaba si para el que se quedaba dentro la vida era una tormenta. También pensé en cosas ridículas y algo cerdas y primitivas (me pasaba a menudo cuando me ponía nervioso, me despistaba, me refugiaba en una especie de fase anal): me imaginé al príncipe Felipe y la princesa Letizia –que escuchaba los comentarios de su príncipe entre embelesada y vigilante– en la cama, los olores de su cuerpos, y una cosa llevó a la otra, luego al príncipe sentado en el trono, o sea, cagando (con perdón, pero en este caso la explicación tiene más justificación que nunca)… Fueron este tipo de pensamientos mundanos y democráticos los que hicieron que me relajara, que sintiera incluso cierta simpatía por Felipe de Borbón, a quien de repente veía como un tipo cercano y, sí, eso que tantas veces repetían en la tele: campechano. Pero solo fue un momento, después me rebelé inmediatamente contra esa idea, y contra el hecho de que yo hubiera pensado eso. Yo no podía pensar eso. El príncipe podía ser más majo que las pesetas, pero no se trataba de eso, eso daba igual, como daría lo mismo si fuera, por decir algo, un putero, un canalla, un malversador de fondos… Céline no dejaba de ser un escritor magnífico a pesar de haber sido en algún momento de su vida un nazi de mierda. De lo que se trataba era de que aquel tipo, Felipe de Borbón, aceptaba o pretendía que los demás debíamos aceptar que vivíamos en un sistema de castas anacrónico e intolerable, que él tenía unos privilegios que a los demás no nos correspondían. Y que para colmo sobre eso pretendían cimentar una democracia. Bueno, quizás el príncipe no lo aceptaba con total naturalidad, era un marrón que le había caído encima y había sido educado para eso (recuerdo una visita que hice al Palacio Real, en Aranjuez: había una exposición con juguetes antiguos para los niños de la familia, y uno de ellos era un pequeño palio, de esos para hacerse transportar a hombros por cuatro *machacas*). Pero daba igual, en definitiva, y de eso se trataba, aquel tipo que tenía frente a

mí, y su padre, y sus antepasados (que, como cantaba La Polla, se lo habían montado *diviiiinamente*), no habían mostrado a lo largo de toda su vida una duda, una fractura, una grieta que cuestionara todo aquello. Felipe de Borbón podía, pues, leer a Céline y ser más majo que las pesetas, pero de lo que se trataba era de que su rostro aparecía en esas pesetas (bueno, en los euros). Así que yo no lo pude evitar, no pude reprimir el súbito impulso que tuve de darle un meneo, a ver si espabilaba y sobre todo de convertir aquello en un gesto. No se trataba del hecho en sí del empujón, sino de que todo el mundo lo viera, de que lo vieran, antes de que se convirtiera en el nuevo rey, por los suelos, defenestrado, que supieran que eso podía pasar. De eso y de que yo necesitaba hacerlo. Debía hacerlo. Tenía frente a mí a un príncipe y él jugaba a tratarme de igual a igual. No podía consentir aquella farsa, aquella tomadura de pelo. Yo no iba a subírmelo a hombros y llevarlo bajo palio. Eso fue todo. Céline lo habría entendido. Su literatura furiosa va de eso, creo recordar. Sus frases como disparos de metralleta consiguen que algo se nos remueva por dentro. No son palabras puestas una detrás de otra solo para escandalizar, ni para «hacer literatura». La literatura, o eso es al menos lo que me parece a mí, es así como debería ser: un empujón, un meneo, algo por lo que te juegas la vida.

* * *

...pero yo no voy a tirar piedras contra mi propio tejado, claro, igual el chalado éste, además de haberme empujado buscaba algo más que sus cinco minutos de fama, y como dice Letizia, «Igual lo ha hecho de buena fe, ha pretendido escribir un espejo de príncipes, aquellos tratados que algunos sabios componían hace siglos para educar y aconsejar a los gobernantes», pero yo le contesto, «No me comas la cabeza otra vez con tus libros, Leti», porque ya me veo si no tragándome también a Isidoro de Sevilla y el «Calila e Dimna», y eso sí que no, yo no digo que no se me pasen por la cabeza algunas cosas, yo que sé, poder tomarme una caña y una tapa en un bar de barrio, tan tranquilo, sin guardaespaldas, montarme en el metro y

mirarle el culo de reojo a las chicas, pero bueno, a cada uno le toca lo que le toca, yo tengo mis responsabilidades y hay que apechugar, a mí no me han educado para dudar, además, hay otras vías, las contempla nuestra Carta Magna, me dicen los de protocolo que conteste si alguien se pone tonto, así que el tipo éste que se dedique a Céline y que se deje de empujones, porque yo no pienso mover un dedo, ¿os imagináis? «Españoles, españolas, hoy es un día histórico para nuestra democracia: la reina y yo, en cumplimento de nuestro ineludible deber, hemos decidido someter la continuidad de la corona al designio del pueblo soberano», «¿Te lo imaginas, Letizia?», le digo algunas noches a mi princesa, «Esa sí que sería una frase para la historia», y ensayo más discursos, y nos meamos de la risa, ahí en la cama, los dos juntitos, y no veas cómo nos lo pasamos, ahora que todavía podemos, ahora que todavía nos dejan, luego… ya veremos.

LA RECTIFICACIÓN

Juan Carlos Vicente

El hombre había llamado por el interfono a su secretaria y esta había acudido con una mueca de desagrado en el rostro. Intentó ignorarla como Dios ignora a los insectos, pero la aguda voz de la mujer le molestaba demasiado como para obviar dicho detalle. Pensó en castigarla, aunque finalmente la escuchó para luego decirle que volviera a su puesto de trabajo. Era una incompetente, de eso no cabía duda, pero necesitaba un filtro para las llamadas telefónicas, y no había nada más efectivo para disuadir al ciudadano que la desesperación causada por la estupidez. Desde que salió a la luz el asunto de Las Celebraciones Nacionales, el homenaje a Céline como figura relevante en la literatura del siglo XX, el teléfono no había parado de sonar.

Céline y el nazismo. Céline y los judíos. Nadie olvida, y si lo hacen, la memoria sabe cómo escupir la información a modo de metralla. En realidad nunca se trató de eso, de olvidar. Ni siquiera se había planteado la politización del asunto, eso fue un error, todo es política, incluso lo que no lo es.

«El pueblo judío no lo permitirá», le dijo Serge Kalasfeld, y cuando colgó el teléfono, una fosa común le reclamaba.

El problema ha crecido en los callejones de la diplomacia. Las Torres cayeron y la fosa se tragó al símbolo, se endureció el mundo, sus ideas, la humanidad cambió bajo los escombros y resucitó los viejos errores que nos habíamos empeñado en sepultar. Ahora todo es tan condenable, que, la Historia que no quiere ser olvidada, lo hace a base de olvido.

El miedo germina en una rueda de prensa en *prime time*, la manipulación hace el resto.

El teléfono vomita exigencias, la chica estúpida de la mesa lo sabe. Cuando entra sonriendo sobre sus tacones sabe que está pisoteándome. Camina entre los escombros, los cuerpos hechos ventanas, muecas, anillos aplastados bajo la tierra, la estadística del horror en la mesa de mi despacho. Mientras tanto, en la televisión pública,

se habla sin tapujos de la nueva ley de inmigración y se aplauden las imágenes de las deportaciones. La chica estúpida con su fular de imitación, fabricado en China, con un coste máximo de producción de 0,005 €, exportado a Francia en un contenedor de acero fabricado en la India. La chica estúpida con su donación anual a una ONG que mantiene limpia y moderna, su conciencia.

Juega con sus dedos en el collar que rodea su cuello y me dice que ha vuelto a llamar el presidente. Sostiene con sus yemas la estrella de David de plata que cuelga del collar y me pregunta con una mirada inquisitiva sobre cuál va a ser mi decisión. La chica estúpida que fue de safari africano, la que contaba a su mejor amiga cuánto le apenó ver morirse de hambre a los pobres negritos mientras almorzaba en un restaurante de diseño *vintage* y consultaba en el iPod los mensajes de Facebook. En un mundo corrupto es imposible no contagiarse de la asquerosa ética de la moralidad fingida. Nos garantiza la supervivencia en la guerra mediática de los nombres públicos.

La observo esperar de pie una respuesta que no llega. La observo marcharse, ofendida por el silencio.

Consulto ese nuevo tipo de esclavitud y adicción que es el correo electrónico. Varios correos me llevan a enlaces de diferentes páginas web, en todos ellos se especula sobre la incursión de Céline en las Celebraciones Nacionales. Apenas unas horas después de la aparición de la lista, información casi instantánea, global, filtrada. La sensibilidad a flor de piel, incrementada como una enfermedad por la situación actual, ha convertido la búsqueda de culpables en un deporte nacional. La llamada del presidente está impulsada por ese miedo, no quiere aparecer en la misma frase que Céline, no desea compartir titular. «En realidad nunca le gustó», me dijo el jefe de prensa cuando llamó hace dos días, «su lectura siempre le había resultado…», cómo dijo…, «no complicada, no, eso no, el presidente tiene suficiente formación académica, un extraordinario bagaje cultural. Simplemente no le gusta, tanta atrocidad desmedida, tanto nihilismo desbordándose en cada página. Por no hablar del lenguaje utilizado y esos libros horribles, *Bagatelas* y los del exilio. No se nos

puede asociar deliberadamente con un personaje así, no en esta época. ¿Se imagina cómo afectaría a nuestras relaciones con Alemania? ¿Se lo imagina? Sería como quemarnos a lo bonzo, como esos putos árabes suicidas. Son tiempos difíciles, Frederic. La ultraderecha se está volviendo fuerte de nuevo, y no solo en Francia, pero todos sabemos que no podemos permitirlo. ¡Por el amor de Dios, si hasta hay un presidente americano negro! Ahora mismo sería ponernos en contra a mucha gente, esa radicalidad implícita de Céline no puede ser estandarte de nada, no con los acuerdos internacionales pendientes de un hilo, con el pueblo pidiendo la sangre de los gobernantes, de los bancos, del poder en general. Sería una publicidad terrible ahora que los socialistas acechan como perros hambrientos».

Un profesor me dijo una vez que la cultura nunca debe ser politizada. Perdería su intemporalidad en favor de unas ideas efímeras, arrodilladas. Se transformaría en un producto fabricado en serie, desechable en cuanto la piel de las modas cambiara disfrazada de supuesta evolución. Por supuesto, la chica que espera en la mesa de fuera no opina lo mismo. Y, supongo que yo, como Ministro de Cultura, aunque me quiera convencer de lo contrario, tampoco. He convertido mis principios en modas pasajeras, supeditados a la careta moderada del cargo y a sus carcajadas de dinero subvencionado. Céline siempre estuvo en contra de todos y de todo. Aquí me tienes, Ferdinand, a favor de todos y de todo lo aprobable por decreto ley.

La chica vuelve a la carga, empuja su cuerpo como una bayoneta contra mi corazón, desgarra la habitación, se abre paso entre la carne y el hueso, implacablemente, contra mí. Ya no hay tiempo, sentencia ante mis ojos, el presidente exige una rectificación inmediata. Deja caer la frase sobre mí con el peso de una tonelada de piedras. Prefiero no cuestionarme el por qué el presidente ha pasado por encima de mi cargo y ha utilizado a la chica como vehículo en toda esta historia de omisiones malintencionadas. Prefiero no cuestionarme el papel real de la cultura en la humanidad. Mi papel en la farsa de la política económica. ¿Cuántas donaciones supuestamente desinteresadas desaparecerían por el asunto Céline? ¿Cuántas entidades bancarias nos castigarían por recordar que lo abominable estuvo

bien escrito, construido para todos nosotros y a la vez independiente de cada uno de los que leíamos?

¿Cuántas veces alzaremos la voz con las mismas palabras para luego acallarlas y cambiar su significado?

La noche ha caído, he rectificado mis palabras, mi decisión en favor del silencio. Al salir del despacho, el colgante con la Estrella de David estaba sobre el pomo de la puerta. En la mesa de la chica una pequeña nota escrita a mano en papel, plegada como un secreto. La abro, la descubro, dejo que mis ojos viajen por la caligrafía y luego se pierdan en el vacío del espacio en blanco.

Tan solo hay escrita una palabra. Una palabra que no merezco.

Decido caminar para volver a casa con la intención de esquivar mis pensamientos. No soy nuevo en esto de perderme voluntariamente, de soportar el vendaval de la opinión pública, el pueblo transformado en cuchillos. Nadie quiere recordar si ello implica recuperar el dolor, y la memoria a menudo es eso, una recuperación del dolor apartado.

Comienza a llover, era extraño que no lo hiciera, y vislumbro al fondo de la calle las serpientes de luz de la verbena, los paraguas abriéndose como alas de murciélago entre la muchedumbre. Esquivo la multitud, evito el contacto del recuerdo removido en las heridas.

Pienso en las últimas páginas de *Viaje al fin de la noche*, el sentimiento de paria, las acusaciones públicas a mi persona. Nadie olvidará Tailandia igual que nadie olvidará la ideología política de Céline, y si lo hacen, será porque estaremos ya enterrados, previamente muertos desde hace siglos y alguien habrá hecho, con toda seguridad, cosas mucho peores que nosotros.

Aquí me tienes, Ferdinand, bajo la lluvia, con el rostro empapado y la suciedad calando mis huesos.

VÍRGENES DEL HORROR

Velpister

…expongo mis despojos, son estos, lo que no habéis podido destruir, lo que intento reconciliar en mí, lo que me hace fuerte, invencible ante vuestro odio, que os den por el culo…

La cámara de niebla, Alfonso Xen Rabanal

Todo lo interesante ocurre en la sombra, no cabe duda. No se sabe nada de la historia auténtica de los hombres. Soledad, que no silencio, y semipenumbra. En mi situación demencial, recordaba las frases, los gestos, las carcajadas despreocupadas, imaginaba a los colegas sentados alrededor jugando a la pocha, despotricando a viva voz, los tacos más naturales y bestias que pudiesen salir de sus bocas a cada mano, tocaba a Beethoven, la *Patética*, «la otra, toca la otra», me pedían, la *Waldstein* les decía, a vosotros os mola la *Waldstein*, no me extraña, hay quien prefiere la *Apassionata* a la *Aurora*, pero yo siempre fui de esta última. Tenía los dedos destrozados, sabían que era el peor daño, cada dedo roto era una muerte, pero el cuerpo lo aguanta todo, se tomaban muchas precauciones para que no se infectasen mis heridas, no por temor a denuncias, llegados a esta situación la impunidad era la norma, sino a que no aguantase, que muriese, supongo, mantenernos vivos, torturados, aterrados, esa era la política, y así estaba, tan amedrentado y acabado como Bardamu, una auténtica piltrafa. Que el libro hubiese llegado hasta mí había que tomarlo, ya que no podía ser de otra manera, como una casualidad tan rara e imposible como los sucesivos encuentros de Ferdinand y Robinson. Lo reconocí enseguida, era mi libro, mi *Viaje al fin de la noche*, el que había dado por perdido unos años atrás, estaba igual de sobado, sus páginas exageradamente subrayadas, descoloridas sus tapas, encontrármelo allí fue parecido a encontrar a un familiar, a uno protector, y querido, claro. De vez en cuando pasaban con el carro de los libros, lo distinguí entre los agujeros de la puerta, no

me lo podía creer, la razón de que estuviera allí, de que llegara hasta mí, sólo podía ser una. La última vez que lo tuve entre mis manos fue cuando se lo dejé a Mendieta. Estábamos tomando un café, yo llevaba mi portátil, me metí en una página que sumaba firmas para quitarle un *honoris causa* que se le había otorgado a Franco en la Universidad de Santiago de Compostela, había que poner nombre y DNI, cuando se lo pasé para que hiciera lo propio se negó .

—¿Hay que poner el DNI?

—Claro —respondí —, si no esto no tiene ningún efecto.

—No creo que lo tenga de todos modos.

—Puede, pero da igual, eso no es lo que importa.

—Aun así, si hay que poner el DNI yo paso, ¿sabes? Por lo que pudiera pasar -se reía como un gilipollas.

Me molestó.

—¿Por lo que pudiera pasar? Pues si pasa algo yo sé perfectamente en dónde quiero estar y, además, que se sepa.

—Bueno, pues yo no, y, además, te equivocas.

La cosa se puso un poco tensa, no era la primera vez que tenía esta actitud, yo ya estaba bastante quemado con él, nuestra amistad no era endeble que digamos, pero se podía decir que era muy accidental, como la de Robinson y Bardamu, muy llena de secretos en común, de mentiras, sobre todo de él, siempre tenía la mentira en la boca, da igual de qué tipo, mentirijillas o embustes enormes, la gente optaba por no creerle, aunque todos éramos parecidos, *mentir, follar, morir. Todo el mundo se había puesto manos a la obra, a ver quién decía mentiras más inauditas. Pronto ya no quedó verdad alguna en la ciudad*, no se entendía muy bien cómo estábamos juntos tan a menudo, aunque la verdad es que él era el que me buscaba siempre, venía a mi estudio constantemente, nos fumábamos unos *canutos*, bebíamos cervezas y charlábamos, yo nunca fui un cotilla, pero él, *buf*, mentiroso y chismoso como la tía de Bébert, la portera, *hijaputa digna de lástima, una ciudad sin portera es algo sin historia, sin gusto, insípido, como una sopa sin pimienta ni sal, una bazofia informe, ¡Ah, qué sabrosos los restos!* Uno de sus peores defectos era la facilidad con la que despellejaba al personal, puede parecer que intento pasar

por alguien maravilloso y sin defectos, puede que lo parezca, pero nada más lejos de la realidad, miserable como cualquiera, y cobarde y mentiroso, mezquino, pero al lado de Mendieta cualquiera, incluso yo, parecería un verdadero santo. Era un machista, sus ideas políticas se daban según la compañía, aunque conmigo, debido a la confianza, parece que iban saliendo a la luz sin demasiada preocupación, a *medida que te quedas en un sitio, las personas y las cosas se van destapando, pudriéndose, y se ponen a apestar a propósito para ti,* eso sí, si alguna vez me atrevía a reprochar su sexismo se ponía gallito, pero no lo podía negar, cada tía que se follaba era, para él, una puta, andaba en busca de la mujer perfecta, virgen y sumisa, de buena familia, adinerada y, por supuesto, tonta, le gustaba hacer turismo sexual, en una ocasión se fue a Cuba a pasar una semana y cuando volvió me contó sus aventuras con dos hermosísimas y muy cultas cubanitas que se habían prestado a acostarse con él, al mencionarle yo que eran jineteras lo negó, aseguró que se fueron con él porque quisieron, aunque me confesó lo molesto que se había quedado con una por haberle pedido dinero, se reía como un cerdo cuando me contaba que no les dio nada, a ninguna de las dos, a una, como mucho, le pagó un jugo, *jajaja*, reía el cabrón, yo le decía que en una situación así su hermana, o la mía, podrían haber sido una de esas chicas, cuando le hacía reflexionar, como en este caso, perdía su mirada por unos instantes, entornaba ligeramente sus pequeños ojos y al cabo volvía a las risotadas, estaba convencido de que todas las mujeres estaban enamoradas de él, un día me dijo que la mujer de uno de sus mejores amigos, quien esperaba su segundo hijo, estaba, en realidad, enamorada de él, que todo el mundo parecía saberlo menos el imbécil de su marido, es cierto que es difícil creer que yo pudiese estar con un tipo así, me resulta difícil incluso a mí, pero, como decía, era una amistad nada casual, formaba parte de toda una trama vital, como en el caso de los dos protagonistas de la novela, me distancié de manera casi definitiva cuando en una ocasión me explicó que, en según qué circunstancias, comprendía a la perfección que a una mujer se le pudiese bajar una buena hostia en un momento dado, y es más, la mayoría de las mujeres también lo comprendían, me quedé perplejo,

este hombre era un miembro destacado de la sociedad, tenía una empresa que funcionaba a las mil maravillas, una clínica privada, era médico, terminó la carrera con muchas dificultades y se instaló en la privada, aunque no ejercía, se encargaba de gestionarla y de hacerse rico. Todo el mundo lo veía bien, era tan agradable, tan encantador, es cierto que las mujeres suspiraban por él, no todas, claro, pero sí muchas.

Al llegar la novela a mis manos sentí todo el peso enorme de mi error, era de suponer que él también había pasado por estas mazmorras, habrían entrado en su casa y requisado todas sus pertenencias y habría sido hecho preso y torturado, como yo. Cómo podemos llegar a equivocarnos las personas, de las personas, lo sentí mucho por él, de repente sentí lástima. Tengo que reconocer, de todos modos, que la aparición del libro me llenó de alegría, incluso de una estúpida esperanza. Recuerdo la primera vez que lo leí, me pareció monumental, abrumador, puede que fuese mi vehemencia, pero su lectura me quitaba la respiración a cada línea prácticamente. Aquel día en que le perdí la pista llegábamos Mendieta y yo a mi estudio, tras la discusión a la que me refería, nos esperaban nuestros colegas para una partida de cartas. Yo era estudiante de piano, aunque mis intereses y aspiraciones pasaban ya por otros derroteros. Teníamos cierta edad, pero manteníamos algunas costumbres sintomáticamente *peterpanescas*. Me gustaba mucho escribir, pero, sobre todo, lo que me gustaba era contar, explicar, cuentos, películas, lo que fuera, se me daba muy bien, solíamos jugar una partida y después les contaba partes de mis últimas lecturas, o de películas, no siempre cosas sesudas, hay que darse cuenta de la situación, estábamos en una partida de cartas con cerveza y polen, recuerdo ahora cuando les conté la *peli* de *Moulin Rouge*, algún cuento de Borges, por ejemplo el de *Funes el memorioso*, nos imaginábamos cómo sería recordarlo todo, qué horror, solía, de vez en cuando, leer párrafos enteros de algunas novelas o relatos, les conté la novela que Bukowski escribiera «en honor» a Céline, *Pulp*, y tras esta media lectura les llevé el *Viaje al fin de la noche*, como era imposible leerla allí, me dediqué a repasar párrafos y a contar la novela de un tirón. Esa noche, al despedirnos, se la dejé

a Mendieta. No sé por qué le dejaba mis libros a ese tarugo, quizás pensé que podría reconocerse en alguno de los personajes. Nunca me los devolvía, y yo lo sabía, pero lo peor no era eso, por terrible que sea, es que, además, no los leía, no se leyó ni uno solo de los libros que me birló. Recuerdo algunos que me jodieron especialmente, de Benedetti, Tolkien, Huxley, Baudelaire y otros, hasta éste, que fue el último que le presté. Desde ese momento, las cosas, en lo que se refiere a nuestras reuniones, comenzaron a disiparse en el tiempo hasta que ya cada uno se sumió en su propio infierno personal, el trabajo, matrimonio, hipoteca, hijos, yo seguí con mis movidas, escribiendo y pintando, en ningún momento escondí mis ideas, al contrario, cada vez las gritaba más alto. La crisis salvaje cayó sobre nosotros, la indolencia en las clases medias se apoltronó firmemente y ocurrió aquello que Mendieta predijera, tiene cojones, por si ocurre algo. *Os lo aseguro, buenas y pobres gentes, gilipollas, infelices, baqueteados por la vida, desollados, siempre empapados en sudor, os aviso, cuando a los grandes de este mundo les da por amaros, es que van a convertiros en carne de cañón… Es la señal… infalible.* Todo fue paulatino, una sucesión de gobiernos corruptos, retrocesos en leyes sociales, paro, regresión en libertades y aumento de represión policial, la conciencia tranquila de los zopencos, *es triste el espectáculo de la gente al acostarse; se ve claro que no intentan comprender, ésos, el porqué de que estemos aquí. Les trae sin cuidado. Duermen de cualquier manera, son unos calzonazos, unos zopencos,* censura en las redes sociales, control de contenidos en Internet, convulsión social, falta de respuestas políticas. Y todo estalló, no era tan raro que yo acabara encarcelado, por qué no iba a ocurrir, Bardamu fue a la guerra por una gilipollez, y yo, tenía razón Mendieta, también preso, al fin y al cabo, por gilipollas. Mis actividades artísticas estaban, inevitablemente, repletas de contenidos políticos, pero eso daba igual, cualquier actividad artística al margen del poder es considerada peligrosa y rebelde por la autoridad, era necesario muy poco para que fueran a por mí, y así fue. Tuve miedo, muchísimo miedo, como Bardamu, prefería ser un cobarde, volverme loco, morir, no era un héroe, no podría soportar las torturas, hablaría, lo diría todo, lo que ellos quisieran, cuando estaba

libre dedicaba mi activismo, precisamente, a que esta situación no se produjera, pero en caso de que fuera inevitable, sabía que sucumbiría al dolor, hablaría, mentiría por salvar el pellejo, por supuesto, sin dudarlo. *¡Que vivan los locos y los cobardes! O, mejor, ¡Que sobrevivan!* Bardamu se hizo pasar por loco o en verdad enloqueció, ¿qué importancia tiene?, ¿quiénes son los locos y quiénes los cuerdos? Y, de todos modos, ¿acaso importaba en mi situación? y ¿acaso importaba algo convertirme en mártir? Yo no quería, quería vivir, salir adelante, dar nombres y apellidos. Pero no fue así, curiosamente resistí, el cuerpo lo aguanta todo, me lo había advertido Mendieta cuando me hablaba de sus terribles lesiones de deportista, sólo en dos cuestiones era efusivo y hasta vehemente a la hora de argumentar, cuando me hablaba de deportes o al chismorrear vilmente sobre la vida de los demás.

Una vez pasado un tiempo en prisión, siendo apaleado de manera rutinaria, hasta puede que no fuese muy diferente en la vida real, *cien individuos a lo largo de una sola jornada muy ordinaria desean quitarte tu pobre vida,* ya con el libro a buen recaudo, lo releía como podía, me resultaba muy difícil en la situación en la que me encontraba, la semioscuridad, la letra pequeña y mi presbicia ya impepinable. Como estaba tan subrayado, sólo tenía que distinguir algunas frases para recordar las escenas, algunas páginas estaban marcadas al completo, especialmente aquellas que leía en nuestras reuniones de tahúres, aquellas que más nos habían hecho reír, era muy diferente la situación, cómo se lee un libro así, tan repleto de horrores, en las circunstancias en que lo leyera por primera vez, cómo reíamos de las brutalidades que aquí se cuentan cuando rodeábamos una mesa repleta de tranquilidad, de naipes, cerveza templada y polen marroquí, reíamos como animales con el Sr. y la Sra. Puta, *no es que fuese fea, la Sra. Puta, no (…) sólo que era tan prudente, tan desconfiada, que se detenía al borde de la belleza (…) la belleza es como el alcohol o el confort, te acostumbras a ella y dejas de prestarle atención*, no sé si mi situación podría hacer gracia a alguien, supongo que pudiera ser cuando se vive despreocupado y acostumbrado a permanecer impasible ante cualquier barbaridad que se asome al televisor, reíamos del

asqueroso personaje que se rascaba frenéticamente, con sus hábiles malabarismos para no dejar de rascarse mientras atendía a sus clientes y hacía cuentas fraudulentas, en África, tenía una enfermedad llamada Corocoro, feroz, yo lo sabía, también yo reía, mucho, y eso que padecía de algo parecido, ahora lo sufría, un picor terrible en la zona perianal, siempre me había imaginado lo mal que lo pasaría si en una situación extrema tuviese que permanecer durante un tiempo prolongado sin acceso a mis medicamentos, algo así te destroza, te convierte en indigno de golpe, por muchas torturas que uno aguante, el picor te crispa, pedí el medicamento para mi mal, pero me lo administraban a la mitad de la dosis recomendada, era motivo de burla y mofa de los hijos de puta de los carceleros, los funcionarios, que tendrían hijos, claro, y familias y madres, los hijos de puta, putos ellos y putas sus madres, conseguían sumar esa sensación de vergüenza a todos los padecimientos con los que me torturaban, reíamos cuando teníamos el estómago lleno, la conciencia tranquila y a mano la medicina, no había razón para no hacerlo, no había razón para remordimientos. Hubo un momento en que la relectura me hizo llorar, el único personaje digno de lástima, puede incluso que de admiración de la novela, Alcide, cabrón como todos, pero este por una razón digna de mérito, por su sobrina a quien prácticamente no conocía, y lloré como un gilipollas, *Alcide se habría tronchado de risa, si hubiera estado allí, en un rincón. ¡Pobre Alcide!* También me acordé de Molly, pero no era para llorar. Decidí contar el libro en su mayor parte atendiendo al descojone de la desgracia, nos partimos el culo con la escena del cumpleaños del pintor egocéntrico en la gabarra, y el arranque de ego mentiroso de Bardamu sobre su fama como médico, en ese momento los distinguidos anfitriones les miraron de otra manera, desde sus dignísimos portes y exquisito vocabulario, *es excitante, pero al mismo tiempo te incita a cepillarte a sus mujeres, sólo para verla derretirse, su dignidad, como ellos la llaman*, consiguió, volviendo a leer la escena, que me riese en mi encierro, me recordó alguna de mis propias demostraciones de ego con alguna hermosa alumna de cuyo talento pianístico sólo sus tetas me interesaban, mintiendo sobre mi fama en círculos restringidos, claro está, que ella no podría

conocer y, por tanto, comprobar, pero ni así pude más que avistar sus tetas de manera peligrosa y furtiva a través de sus escasos escotes primaverales, *la verdad pierde el culo para abandonarte*, y reí de mis miserias de artista anodino, he de reconocer que es lo que era, suficiente, de todos modos, para ser considerado peligroso para el futuro de la nueva ciudadanía. No surgieron, en los años que siguieron, nuevas voces artísticas, al contrario de lo que se pudiese pensar, los «artistas» que ya estaban establecidos, en los conservatorios, bellas artes, profesores de universidad, permanecieron así, en sus puestos, indolentes también ellos, no aprovecharon la oportunidad para salir a pelear, *en nuestra fábrica no necesitamos a imaginativos. Lo que necesitamos son chimpancés… Y otro consejo, ¡No vuelvas a hablarnos de tu inteligencia! ¡Ya pensaremos por ti, amigo! Ya lo sabes*. Así lo entendieron todos esos vendidos, intelectuales, supuestos artistas, escritores de centro comercial, a cuántos he conocido, cuántas veces me restregaron sus puestos y nóminas en la cara, que no sus obras, sólo avanzaron los que le echaron cojones, esos lo pagaron bien, yo mismo transformé todo mi trabajo, como en su momento hizo Céline. Muchas veces me había preguntado, si no hubiese pasado por lo que pasó, qué habría sido de él. Yo lo tengo claro, lo importante es la voluntad, en primer lugar, y después agarrar todo el peso de tu vida y traducirlo como él lo hizo, y así sucesivamente, el artista cobarde/vendido no necesita de ausencias de guerras o desgracias para excusar su mierda de trabajo, no necesita de absolutamente nada para permanecer en la indolencia, en la mediocridad más absoluta, y se pasa la vida a pesar de todo, porque para cambiar hay que estar dispuesto. Cuando todo terminó me enteré de que Mendieta estaba vivo, era muy rico, había sido parte importante del mal, en una ocasión me hizo saber que había dejado el libro para mí, él también se acordaba del día del DNI y del *honoris causa* de Franco, que él había hecho bien y yo no, así de equivocado estaba, *la gran derrota, en todo, es olvidar y sobre todo lo que te ha matado, y diñarla sin comprender hasta qué punto son hijoputas los hombres. Cuando estemos al borde del hoyo, no habrá que hacerse el listo, pero tampoco olvidar, habrá que contar todo sin cambiar una palabra, todas las cabronadas más terribles que hayamos visto en*

los hombres y después hincar el pico y bajar. Es trabajo para toda una vida. Hoy seguimos con nuestras vidas, seguimos sin parecernos, *ser viejo es no encontrar ya un papel vehemente que desempeñar*, no nos hablamos, al menos sirvió para librarme de tal inmundicia.

Franco sigue teniendo su *honoris causa* a día de hoy, y mi firma sigue allí.

HUELE A ESPÍRITU ADOLESCENTE

Esteban Gutiérrez Gómez

Vallekas, 2011.

Los dos podían sentirse desde el portal: el soniquete alegre del acordeón y un leve tufo a mierda. Y, según subía las escaleras hasta el quinto piso, la música y el olor ascendían en intensidad. Hasta que llegué a la puerta de Mikel y vi el mojón: una asombrosa y gigante cagada humana, enroscada sobre sí misma, podría decir que recién depositada. Frente a ella estaba aquel individuo de piel aceitunada y bigote negro tocando el *My way* del Sinatra con un acordeón. No lo hacía nada mal el cabrón. Seguía el ritmo de la orquesta que sonaba en un altavoz colocado en el armazón de un carro de la compra, tras de él.

Me tapé la nariz y llamé al timbre. Por si acaso no se escuchaba dada la serenata (yo por lo menos era incapaz de oírlo), golpeé la puerta con los nudillos. Mikel no tardó en abrir, y el tío del bigote aprovechó para colocarse detrás de la mierda y recobrar sus esfuerzos musicales con mucha más intensidad.

—Pasa, pasa —me dijo Mikel echándose a un lado. Miré el mojón y lo salté por encima—. Luego lo recojo, que ahora está reciente, no tiene ni piel, —y cerró tras de mí.

Por un instante cesó la serenata. Pero fue sólo un instante. A continuación volvió a sonar al otro lado del tabique, amplificado por un equipo de música.

—Me tiene hasta los cojones el rumano éste —dijo Mikel mientras me invitaba a salir por la ventana. Se asomó y me enseñó la escalera que llevaba al tejado y a la azotea, como diciéndome que estaríamos mejor allí. Era nuestra escalera de emergencia, y evitaba que saliésemos al descansillo y volviésemos a ver aquel monolito humano. Ya había subido alguna vez por allí, aunque siempre que lo había hecho estaba lo suficientemente borracho para no saber lo que hacía. Cuando saqué la pierna pude ver cómo Mikel encendía el reproductor de cedés y colocaba los bafles contra la pared del vecino. Empezó a temblar todo a ritmo de la música de *Apocalypse Now*—.

*La cabalgata de las Valkiria*s —me dijo. Con un gesto decidido y una media sonrisa en su boca me invitó a subir por la escalera.

Nos sentamos en los sillones desvencijados desde los que dominábamos el mundo. Todo *Vallekas* podía verse desde allí hasta llegar al río de coches de la eme treinta. Mikel sacó una litrona de cerveza de la nevera. Era una nevera de esas pequeñas de hotel, que le regalé yo de una vez que nos dio por dormir en uno después de cinco días *espídicos.* Esta para el Mikel, dije yo nada más verla, para su guarida. Y, por mis huevos, me la llevé.

Hacía un calor del carajo y me puse en calzoncillos, como él. Entonces vi el libro.

—¿Qué cojones lees, Mikel? —cogí el libro: V*iaje al final de la noche* —. Seguro que se folla una barbaridad en ésta novela, ¿eh, Mikel?

—Qué dices, *tron*, ¿no conoces a Céline?

Y no, no tenía ni puta idea de quién era esa mamona, pero no le iba a dar el gusto de que se tirase el rollo conmigo, como siempre, haciéndome pasar por un palurdo de mierda.

—Pues claro que sé quién es, gilipollas.

—¿Ah sí?

—Pues claro

—¿Y...?

—¿Y qué? ¿Qué quieres, que te lo diga, pringado?

Me ponía de los nervios el Mikel cuando se ponía en plan *profe*, pero era mejor dejarse dar la chapa a que empezase con las preguntitas esas y me zumbase la cabeza como si me estuviese atacando un enjambre de abejas.

—Bueno, vale: no tengo ni puta idea.

Sonreía. Uno a cero.

—Era un escritor cojonudo, tío, un rompedor, ácrata y eso. El puto maestro de la caña.

Hostias, eso no lo esperaba: era un tío. No sé por qué pensé que Céline era nombre de tía.

—Nos ha jodido, eso de que era escritor ya lo sabía yo. No tienes una novela suya, pues eso ya dice que es escritor. No te jode, el iluminado.

—Ya, pero éste era el puto amo. Escribía lo que se le ponía en la punta del nabo. Y también eso hacía, lo que le daba la gana. Decía que esta sociedad era una mierda y que los hombres no eran más que unos hipócritas, que hacían lo que se esperaba de ellos y no lo que querían.

—Y no le faltaba razón, ¿qué no?

Le pegué un buen tiento a la cerveza y me asomé por el muro. A un lado de la casa seguía la sinfonía de *Apocalypse Now*, al otro, la versión de acordeón del *My way*. Volví al sillón y le pasé el litro a Mikel.

—Ya te digo. La sociedad sigue siendo una mierda. Pero hay que saber decirlo, hay que saber escribirlo. Él pasaba de todo y utilizaba las palabras como si fuesen balas intentando provocar al lector, abrirle los ojos.

—Joder, Mikel, no hay que ser muy listo para saber que el mundo es una mierda.

Me empecé a liar un canuto. Hablando de mierda, tenía una de primera, recién extraída del culito gitano y hermoso de la Estrella.

—Ya, pero pocos lo muestran tal como es. Y a pocos les gusta leer algo que les recuerde su penosa condición humana. Esa es la clave.

Me estaba empezando a tocar los huevos el Mikel. Eso de tirarse el rollo le iba como polla al culo. Tenía que demostrar que sus dos años de universidad habían servido para algo. Como si esos dos años le hubiesen otorgado la sabiduría suficiente como para vacilarme. Menos mal que ocurrió lo del accidente de su familia, si hubiese acabado la carrera no habría un dios que le aguantase.

—Lo que pasa es que no se puede ser sincero, no se puede romper con todo y quitarse la careta, *tron*. Al Céline este lo jodieron vivo, le dieron por todos los lados. Le acusaron de nazi, de comunista, de anarquista, de misógino...

—¿Misógino?

—Sí, joder, decían que no aguantaba a las mujeres.

—Normal, no te jode. Ni tú ni yo tampoco. Para follar y eso están bien, pero luego no las aguanta nadie.

Reímos. Una risa idiota de esas de *fly*.

—Ya, pero tú no lo dirías en la vida y él, sí.

Empezaba a caerme bien el tal Céline, pero debía ser medio gilipollas: no se debía comer una rosca.

Suena una sirena de policía. Va acercándose aquí con su ulular provocativo. Mikel se levanta y se descuelga por la escalera hasta casa. Me asomo para ver cómo se pega la hostia, pero no, ha logrado bajar sin problemas. Quita la música y sólo se escucha el *My way* del vecino, cada vez más animado. No lo hace nada mal el rumano de los cojones. Además, me gusta esa canción. Siempre me ha gustado. No tengo ni idea de lo que dice, pero yo me imagino que habla de hacer siempre lo que te de la gana, de no traicionarte a ti mismo, de ser legal. No sé, algo así.

Suenan voces y el timbre de la puerta. Entonces me doy cuenta de que hace tiempo que no escucho la sirena y adivino lo que está pasando. Dudo si bajar y unirme a la bronca que seguro se montará o hacerme otro peta. Valoro los veinticinco gramos de mi bolsillo y mi injusta libertad vigilada y me decido por el petardo y acabar la litrona. Mikel tarda muy poco en subir. Se ríe.

—Tenías que haberlo visto. Le han hecho recoger el zurullo. Les he dicho a los *pasmas* que si lo recogía yo tendrían que llevárselo para analizarlo, que seguro que tendría adeene de ése y se podría demostrar que pertenecía al rumano. No veas cómo fregaba el suelo el puto cabrón. Y encima le han pedido los papeles. Si se descuida le requisan el acordeón de los cojones.

Me río también. Los rumanos son los vecinos que más tiempo han aguantado en la casa de al lado. Le ofrezco de fumar a Mikel.

—¡Ah, Céline sí que sabía! También le acusaron de racista. Y es que a él todo le daba lo mismo, no consideraba que el hombre tuviese ni un solo valor destacable.

—Pues vaya mierda. ¿Estaría siempre amargado, no?

—No sé, para él la única verdad de la vida era la muerte.

—Nos ha jodido. No hace falta ser muy listo para saber eso, no te jode. Eso también lo decía mi madre: «la única verdad de ésta

vida es que todos nos vamos a morir». Eso decía la pobrecita, pero luego no veas como chillaba y lloraba en el hospital con los dolores antes de diñarla. «¡Qué no, qué no, qué ahora no!». Eso decía la pobrecita y me daban unas ganas tremendas de hostiar a alguien solo de la impotencia que se me subía a los ojos. No quiero ni recordarlo.

Mikel asiente y me echa una de esas miradas confortadoras.

—Pues leer a Céline, de otra forma, tron, también duele.

—¿Y quién coño va a leer algo que le va a hacer daño?

—Te sorprendería saberlo.

—Ya.

No es por nada pero tengo un costo de primera. Pura flor del Atlas prensadita. También tengo aceite, cigarritos de los dioses. Y uno de aceite como que es el momento. Saco la *papela* y empapo el *truja*. Mikel saca otra cerveza de la nevera. Se escucha el *My way* abajo. Desde luego el rumano será un hueso duro de roer. Mikel pone a Nirvana en el loro de la terraza, el cedé del bebé en la piscina y el billete de dólar, a todo gas.

—¿Por qué lo haces, Mike? ¿Qué te han hecho esos putos desgraciados?

—Nada… Creo que nada. Tan solo es que me tocan los huevos con sus risas y sus fiestas de hermandad los fines de semana... Debe ser que no aguanto tanta felicidad.

Se vuelve a recostar en el sillón. El sol ya está más bajo y se agradece un poco de aire. Mientras él fuma hojeo el libro de Céline. Parece que se lee bien, que no es para sesudos intelectuales, aunque da la impresión de que está más colgado que yo. Lo hojeo y descubro notas de alguien escritas en los márgenes: recurso para expresar crispación, odio, tensión... provocación al lector con palabras malsonantes... desprecio... ...pero el hombre al final es un ser bondadoso????... prosa de la emoción... libertad creativa... literatura verdadera... caos premeditado... excede, que algo quedará... =Bukowski + los beats.

—Hostias, esto de Bukowski me mola, leí algo de él y recuerdo que me flipó. Algo de una máquina de follar. Muy bueno el Bukowski.

Mikel reacciona y abre los ojos. Se incorpora y me ve con el libro en las manos.

—Llévatelo, tío, te va a gustar. De vez en cuando hay que leerlo para no olvidar qué clase de gente somos en verdad.

Y se recuesta con el sofá mientras tararea el tema que suena de Nirvana:

With the light out
it´s less dangerous
Here we are now
*entertains us**

* «Con las luces apagadas
es menos peligroso
Aquí estamos ahora
entretennos»
NIRVANA, *Smells likes teen spirit*

TIEMPOS MODERNOS

Pablo Cerezal

La muerte del arte, por un lado, es la descomposición total del «artista» del otro lado, la abstracción del arte por parte de la técnica
Félix de Azúa

Aterrizo en Madrid, a primeros de un mes de julio asesinado por adoquines ciegos de sol y brisas que no llegan a despegar el vuelo. 37 grados, como cantaran los enfebrecidos adolescentes ochenteros. 37 grados, y un montón de huesos: el que habita los remiendos de piel calcinada que traigo del Sahara.

Ahora un breve interludio para despedirme de Madrid, antes de dar inicio a otra estancia, más prolongada, en la Bolivia infartada de protestas y rencores indígenas que nos trae, de tanto en tanto, la prensa.

Pero hay días en que el sol, además de rebanarte la sesera con filos de sudor y temperatura, decide iluminar el rincón más turbio de una sombra que, al fin, resulta ser nuevo sendero en que internar los pasos. Es así que he recibido, hoy mismo, una propuesta de participación en un volumen antológico de homenaje a mi admirado Louis-Ferdinand Céline.

Sí, ¡luz! Pero todo fulgor engendra, al menos, una débil muesca de tiniebla. Pienso de inmediato en *Muerte a Crédito*. Una inesperada conexión mental asimila los tumbos que mis pasos llevan dando desde hace un tiempo con las sórdidas peripecias que vivió, sufrió y apuró hasta las heces el joven Céline. Casi a borbotones me brotan las palabras que podrían conformar mi aportación al citado homenaje. Es entonces que quiero, y no consigo, recordar un párrafo de *Muerte a Crédito* que se me antoja imprescindible para la composición del texto. Pero... imposible acudir a ningún estante en busca del volumen que consiga recuperar el fragmento que me esquiva. Debido a mi actual carencia de domicilio fijo, recuerdo, regalé, o cedí en amistoso usufructo, casi el 100% de mi biblioteca, y la obra

de Céline que ahora se me antoja imprescindible figura entre las adjudicadas a un amigo que disfruta, estos días, del asueto playero en algún punto inconcreto de la levantisca costa levantina.

Se podrá, pues, comprender que las frases iniciales no suponían un arranque de tediosa rememoración viajera, ni una burda enumeración de geografías orientada a epatar. No, es únicamente la constatación de que en estos momentos no puedo recuperar el único ejemplar que tenía de *Muerte a Crédito* y que, sin saber por qué, teniendo ya en mente la estructura e hilo narrativo de lo que pretendo escribir para la futura antología…me falta un párrafo. Un párrafo escondido en la floresta tipográfica de un libro que no tengo.

Decido desenredar la pereza que, desde mi llegada, me ha ido embalsamando al ritmo pausado y cruel de los termómetros, y salir a las calles de Madrid en busca de un ejemplar de tan magna obra literaria. Dada mi preferencia por el paseo al aire libre me acerco a la cuesta de Claudio Moyano, por ver si en alguna de las casetas en que juegan al dominó tantos libros «de viejo» pudiese encontrar yo una copia del que necesito.

Intento fallido. No sólo no hallo lo buscado sino que he de contener la tentación de adquirir otros volúmenes que no preciso. Así que camino la calle Atocha hacia Antón Martín, acompañado por las feroces soflamas indignadas de los muchos ciudadanos que estos días patean nuestras calles, hasta enfilar Carretas con la brújula señalando la Puerta del Sol, desde donde subiré a La Casa del Libro de Gran Vía.

Es en dicho comercio donde me acomete la gran decepción. No porque no posean ninguna copia de *Muerte a Crédito* (que también), sino por el hecho de comprobar cómo ha cambiado el local, antaño dedicado a la literatura y hoy modelado como espacio *high-tech* huérfano de libros pero bien aprovisionado de carteles propagandísticos orientados a recomponer la estructura cerebral del «lector» para reconvertirla en coladero de apetencias y deseos que lo empujen a empeñar sus pocos ingresos en la compra a plazos de un flamante *e-book*, una edición de lujo, empaquetada con lazos que simulan osamentas, del último éxito de la novela vampírica,

o un *pack* conteniendo sendas obras magnas dedicadas a ensalzar los augustos valores de la selección nacional de fútbol, esto es: *Los Secretos de la Roja* y *Más… secretos de la Roja*, que permite, además, entrar en el sorteo de una de las camisetas oficiales de tan laureado conjunto deportivo y… sí, cierto, algún aciago rastro de literatura caracolea los vetustos estantes que antaño se encontrasen reventones de memorable belleza tipográfica. Continúo sin recordar el fragmento que necesito, pero sí me agrede el recuerdo ese otro pasaje de *Muerte a Crédito* en que el trasunto infantil del autor acude a la recién inaugurada Exposición Universal de París. Rememora Céline, en dicho fragmento, la algarabía de arquitecturas y mecanismos tecnológicamente avanzados que asombra a los visitantes, la vacua y atropellada aglomeración de ingenios mecánicos y minuciosas recreaciones de mundos ignotos orientados a maravillar su imaginación. Y la barroca puerta de acceso, situada en la Concorde, tan semejante a una «montaña vestida de novia», se superpone en mi mente a la amplia estancia emperifollada de cachivaches informáticos y publicitarios con que te recibe hoy día La Casa del Libro. Concluyo, antes de poner pies en polvorosa, como hacía la abuela del autor a cuenta de la Exposición parisina, que sólo sirve, tal lugar, «para hacer malgastar el dinero a los idiotas».

Ante tamaña frustración (del autor sólo tienen, en el citado establecimiento, una copia "en bolsillo" de *Viaje al fin de la noche*) tomo Gran Vía para dirigirme, fumando un cigarro como lo haría un condenado a muerte cuyo postrer deseo fuese anegar sus pulmones con una explosión de nicotina que le impida asistir al doloroso espectáculo de su ejecución, a ese otro «templo de la cultura», la FNAC de Callao. Y aquí es donde a punto estoy de perder los papeles al responderme uno de los solícitos dependientes, ante la demanda del libro de marras, «¿Selin?, ¿con S?», «¡No!, con C…», «¡ah! como Celine Dion!...» y mi furibunda mirada le obliga a explicarse «…la cantante». Sin comentarios. No tengo mucha constancia de la carrera y arte de la susodicha, pero creo recordar, de algún noticiario, su participación en eventos benéficos de mucho relumbrón. Signo de estos tiempos de corrección política que

nos conducen a ensalzar, en televisiones y tabloides, las intachables cualidades morales de rutilantes estrellas de la canción, el deporte o el celuloide. Artistas, han decidido denominarlos. De tal manera, una famosa actriz *hollywoodiense* es homenajeada por el público debido a sus labores como «embajadora de buena voluntad» de algún solidario organismo internacional, un aclamado cantor es glosado hasta la saciedad por su reciente donación de ingresos a favor de los integrantes de uno de los tantos pueblos desplazados por una de las tantas guerras olvidadas, o un joven y bello futbolista es largamente aplaudido por su intervención en una cuña publicitaria orientada a la lucha contra alguna enfermedad de global incidencia y mínima repercusión mediática. Buena gente. Al fin y al cabo es normal que el joven que me atiende conozca mejor a la cantante que al escritor *filonazi*, eternamente cabreado, misógino y vulgar que, dicen, era Louis-Ferdinand Céline.

Doy la espalda al dependiente justo cuando se dirige a la computadora más cercana en busca de mi petición. No importa. Ya miré antes de preguntar. Nada en los estantes. Imagino que nada en los almacenes. De esperar, dudo obtener algo más que un decidido «se lo podemos pedir, ¡estaría en 15 días!», y estoy convencido de que poco más de esos 15 días necesitó el autor para dar fin a la célebre obra que soy incapaz de encontrar en los comercios de la Gran Metrópoli.

Me planteo la posibilidad de acercarme a El Corte Inglés, pero comienzo a convulsionar ante la idea de poner un pie en tan excelso paraíso. Así que decido tomar asiento en una de las muchas terrazas que decoran la ciudad, más concretamente en la única que, por pertenecer a un tugurio impregnado de rancios aromas y en cuya barra de latón sería incapaz de reflejarse el más mínimo destello de luz, no se encuentra abarrotada de acicaladas adolescentes provistas de incontables bolsas tatuadas con la propaganda de las más punteras firmas de la moda *prêt-à-exploter.*

Sí languidece, en la mesa contigua, una nínfula que supongo estudiante, ensuciando con su letra de juguete distintas páginas de un voluminoso tratado de econometría, mientras recoloca una y

otra vez, a ambos lados de su acariciable rostro, un mechón de cabello ciertamente seductor. Perfecta imagen para regalarme un Johnnie Walker. *On the rocks*, por favor.

Ligeramente ebrio o, como Capa, desenfocado, decido poner fin a mi interludio contemplativo al verse violentado el silencio circundante por el agudo tono de voz de un hombre que, recién tomado asiento junto a la que imagino su aburrida esposa, en una mesa cercana, proclama en alta voz que ya tiene 365 discos en el iPod. ¡Vaya! tantos como días tiene un año, pienso, y retoma él su más chirriante acento, como para responderme «tengo que pasarlos ya a un disco duro». Qué gusto tener un artilugio de esos atestado de canciones que nunca escucharás… mis vinilos también han pasado a manos amigas y llevo días sin poder disfrutar de un solo acorde decente…además, también hay aparatos que almacenan obras literarias, sí, lo vi en La Casa del Libro, quizás de haber adquirido uno no sufriría la ardua búsqueda en la que me veo inmerso. Aunque, de tenerlo, tal vez hubiese alcanzado ya el límite de volúmenes y los habría pasado a uno de esos discos duros que habría cedido, también, en usufructo.

Entre marcharme sin pagar o abonar la consumición luciendo una esplendorosa sonrisa, elijo la segunda opción. Sólo por molestar, el rostro malencarado del camarero evidencia que no tiene un buen día. Yo tampoco.

El dependiente de La Casa del Libro balbuceó que aparecía «en pantalla» un ejemplar disponible en la sucursal de la calle Orense, aunque no me aseguraba que estuviese disponible. ¿Y entonces por qué aparece como disponible?, pregunté yo antes de marchar. Sin respuesta. Ahora… ¿por qué no intentarlo? Así que directo a la noche apócrifa del suburbano, para más rápido llegar a la susodicha tienda.

Una vez allí certifico que son los momentos de más absoluta desesperación aquellos en que la vida decide, a veces, dar un giro inesperado. Supongo que lo hace por desorientar, o por conseguir que termines creyendo en Dios, no sé. El caso es que el chaval que me atiende en la calle Orense certifica que no tienen el libro, que es un

error de inventario, y acompaña mi perplejidad asegurándome que lleva sólo dos meses trabajando en tan egregio comercio y que no da crédito a lo que está comprobando desde entonces, a lo que se vende y a lo que no se puede porque ni siquiera se tiene disponible. Coincide conmigo en el gusto por la escritura de Céline, asegurándome tener un ejemplar, en casa, de *Muerte a Crédito* que está dispuesto a cederme. Pero su turno laboral apenas acaba de comenzar, hasta las 22h. no quedará liberado, así que vuelve a enredar su charla con la literatura bastarda y gloriosa de Céline, llegando a aventurar que quizás sean motivos políticos los que hagan que su obra no sea fácil de obtener, y ya filosofa, el tipo, asegurando con firmeza que el mayor escándalo que provocó Louis-Ferdinand Céline fue, amén de sus tendencias antisemitas, la utilización de un lenguaje procaz, abrupto, sucio, el uso deslenguado de todo tipo de recursos tendentes a acentuar los aspectos más sórdidos de la vida, los más carentes de belleza, y se pregunta si no residirá quizás la belleza en poder asumir todos y cada uno de los aspectos miserables que esta vida nos ofrece, a pesar de que corran malos tiempos para la Belleza («para la lírica», «¿qué?», «nada, eres demasiado joven…», «pues eso, digo que deberíamos estudiar el anverso de la realidad para encontrar, como Céline, a pesar de todo, la Belleza»). Y continúa certificando que, mal que pese a algunos, quien sea artista debe serlo por su arte, jamás por sus opiniones, y que ahora se relega el arte al baúl desvencijado del olvido, y se burlan con hipócritas moralidades los bolsillos del público al que, ya sin cortapisas, denominan "consumidor". De hecho me informa de que sí hay una copia, «en bolsillo», del V*iaje al fin de la noche*, porque es una obra más amable, a pesar de todo, más cercana al público en su cinismo sincopado y feroz, que esa *Muerte a crédito* en que el argot barriobajero conquista cumbres de alta literatura y toma dictatorial posición el estilo arrítmico, agrio y ausente de todo complejo que acompañaría la pluma *celiniana* hasta el fin de sus días.

¡Bravo! No sé si apluadir, besar, o golpear y ordenar al dependiente que corra hacia su casa en pos de ese ejemplar de *Muerte a Crédito* que asegura tener, antes de que yo mismo lo saque amordazado del local, ante el desconcierto de los allí congregados. Cierto,

el libro de marras narra una educación y… ¿acaso no estoy yo, hoy, recibiendo una vertiginosa y feroz educación durante la búsqueda de una de las obras maestras de la literatura universal? Descubrí en *Muerte a crédito*, desde su lectura, las raíces del antisemitismo del autor, y me pregunto si este cursillo acelerado de sordidez consumista y agostamiento cultural al que asisto no me conducirá a enarbolar la bandera de la barbarie mientras incendio, uno a uno, los centros comerciales de la ciudad y me deleito ante la visión de los frustrados compradores chocando unos con otros en el fragor de la huida, como en ese fragmento del libro que narra el primer viaje en barco del joven Ferdinand. Un fragmento escatológicamente *rabelesiano* en que los pasajeros de cubierta se vomitan unos a otros, zarandeados por la insomne refriega de las mareas del Canal de la Mancha. Pues eso.

El dependiente guarda silencio. Me observa intrigado, como esperando una palabra, una explicación o un exabrupto. Yo evito su mirada. Desde un estante cercano me observa el rostro anodino de una de las nuevas «promesas de la canción» a quien, con tan sólo 15 años, le han escrito ya su propia *Autobiografía*, en la que, aparte de comentar cómo sobrelleva la fama, imagino, da cuenta del porcentaje de sus réditos que destina a una ONG dedicada a alimentar a los desheredados del Planeta Sur (una inmensa y colorida pegatina de dicha organización oculta parte de la cubierta de libro).

Como un fogonazo incendia mi memoria el fragmento de *Muerte a Crédito* que no conseguía recordar: tras una de las numerosas palizas que su padre le propina, el joven Ferdinand asegura de su progenitor que «en el fondo tenía buen corazón. Yo también tenía buen corazón. La vida no es asunto de corazón».

Miro al dependiente pensando que tiene buen corazón. Desestimo su secuestro o asesinato para obtener la copia que ya no necesito de *Muerte a Crédito* porque creo que, en el fondo, yo también tengo buen corazón. Miro el libro del joven cantarín y comprendo que la vida no es cuestión de corazón y que, de no ser por él y por los que, como él, desprenden un par de limosnas de sus reventones bolsillos, quizá no supiésemos del hambre en África o de

los índices de mortalidad infantil en América del Sur, y que hasta de tamaño despropósito un Artista como Céline sabría rescatar inmortales rescoldos de Belleza.

Doy media vuelta sin dirigir palabra alguna al simpático joven, y dirijo mis pasos hacia la estancia que me hace las veces de hogar. Espero que ya funcione la conexión a internet y pueda enviar mi colaboración para la antología. Si tuviese que encomendarme a los caprichosos plazos del servicio de Correos correría el peligro de no llegar a tiempo.

LO FÁCIL

Javier Esteban

Luciette Almanzor ejerce su papel como definitiva compañera y viuda de **L.F. Destousches** para rechazar la reedición de los tres panfletos **AntiSemitas** de su difunto esposo, conocido y referido aquí, abundantemente, por el seudónimo **CÉLINE**, bajo el argumento de temer que, por mucho que el «mensaje» haya sido rebasado ya, de puro repulsivo, la «calidad» [magnitud interpretada para mí como *tersura, ritmo, cadencia y otras furias* solo *comprensibles* en cursiva] de lo escrito podría influir como una suerte de sortilegio en el carácter de algunos lectores. Doy fe. Se cumplen ocho años desde que lo enfrenté por primera vez y en mi manera de recordar aquella lectura sé que no sabéis cuánto me hubiera encantado partirle esa cara que las fotografías revelan como la única parte intacta [por la Guerra] de un cuerpo retorcido que, no obstante, me imagino bastante corpulento [es decir algo más grande que el mío, vergonzante bulto incapaz de rezumar aquella prosodia que te agarra como la ventosa de un alienígena de serie **B** nada más asomarte a la página]. ¿Lo incontestable? Yo cumplía cinco lustros y no tenía gana ninguna de rendir a las primeras de cambio mi culo a las guirnaldas de bolas de metal y puntos suspensivos. «Metal», sí. Porque detecto una querencia exagerada [¿inútil?] por hablar de mugres, vómitos y otras fluideces cuando se menciona a **CÉLINE**. ¿Se recalca en ello que él pertenece al ámbito de la cloaca, que también es el del resto de los hombres? ¿Como si no fuese más apropiada una aleación barata, inexorable más que inoxidable: la de los cuchillos de cocina con los que arriesgar los dedos en tecleteos inútiles a la espera de que la consulta se vacíe de las viejas y de sus carbunclos vaginales? Si bien no hace falta ser soez, buen hombre: tú ahí oyendo por la radio la noticia del desastre del **Hindenburg** [pero no, evidentemente, la retransmisión neoyorkina de **Herbert Morrison**, su «Oh! the humanity!» que suena tan extraño en inglés como al traducirlo al francés o al castellano (tanto que debemos sospechar que debe referirse a *otra*

cosa, por mucho que nos digan que nuestra fantaseada histeria profética no es más que los *comprensibles* nervios del locutor interpelando a la masa apiñada bajo la estructura incandescente de la aeronave) que se había alzado sin utilizar el sensato y no-inflamable helio para ello] a raíz, paradójicamente, de una cuestión de embargos por parte de **Estados Unidos**, propietario de la mayor reserva natural de este gas noble que tiene unas muy interesantes aplicaciones en la metalurgia pesada-bélica [por encima esta importancia de sus facultades aeronáuticas] en cualquier caso, intuyo que esta reflexión no es la que ocupa la mente de **L.F. Destouches** cuando escucha la crónica diferida por la voz del átono oficialismo de los teletipos públicos, en las antípodas del furor y la algarada mediática a la que hoy estamos tan acostumbrados y que ya casi ni nos exige que nos posicionemos en la concreción [quizá] entre el horror y la parodia del horror que fue horror al cuadrado tal y como golpeó el once de septiembre de 2001 y, de esta forma, se me hace inevitable *componer*: articular un troquelado de espacios y memorias para colocar a **CÉLINE** paralizado junto a sus pacientes en la sala de espera mientras el televisor [empotrado en un soporte de yeso reforzado con enganches y tornillos y rejillas para dificultar un hurto o previsibles episodios de vandalismo menor, propios de este barrio] vomita polvo y fuego y gritos de júbilo de muchedumbres palestinas, árabes o persas [nunca lo dejaron claro, como tampoco que eran «imágenes de archivo», pero el caso fue que las distribuyeron las agencias internacionales: yo las vi]. Y **CÉLINE** *ahí* en puntos suspensivos. Esos puntos suspensivos tan *característicos* que evocan [salvando insalvables distancias] la charla de un borracho que tras cada frase interjecta un «¿eh?», y golpea brazos, hombros, muslos, hasta obtener la réplica apropiada a esta prosa refrendada por **La Pléiade**, a la que ni siquiera intento hacer el mero guiño aquí: yo soy de otro tipo de borrachos, de los que solo conversaban con sus sienes en aquellas madrugadas de *house* y tetas sudadas de los polígonos a las que el doctor **L.F. Destouches** recetaría las mismas píldoras de bayoneta que a esos empresarios judíos que negaron su dinero [¡su **Usura**!] a no sé qué proyectos

teatrales recordados por algunos biógrafos cuando tratan de explicar el **AntiSemitismo** de un hombre culto, *preparado*, que había viajado y conocía el **Mundo**; como *si* en ello se contuviera una contradicción [*si* todos los que en el calendario después de **Nüremberg** juraban haber auxiliado a un judío o familia de judíos hubieran dicho la verdad, el **Estado de Israel** tendría una población equivalente a la de **China** y los *kibbutz* se extenderían hasta **Siberia**]. Esto es así. Las cosas caen no siempre exactamente por su propio peso: a veces el aire, su enrarecimiento, juega malas pasadas a la gravedad y los cuerpos circunvalan y repliegan o simulan replegar sus trayectorias como «papeluelos» en el aire, que es exactamente lo que una compañera del trabajo dijo de los brókeres suicidas del **World Trade Center**, *evidentemente* presa de los acontecimientos, sobrepasada por su retransmisión, no sabía qué decir, etcétera; pero me imagino a **CÉLINE** asistiendo a la pronunciación de aquella frase, recogiéndola, haciendo con ella algo mejor de lo que yo supe ser capaz. O quizá *liándola*. Escribiendo en diario de tirada nacional que la *chusma* había por fin golpeado una de las cabezas de la **Hidra** del poder y que no serviría de nada porque una hidra, al fin y al cabo, es una hidra, flamígera e inmensa; en cualquier caso, *íbamos* a tener que darle la razón: la **Guerra** retomada solo unas semanas más tarde y el **Islam** que creíamos ya solo un muerto caminando en el jardín, un cruce entre el *zombi* y el lemur [por lo doméstico] pero que un buen día se desgarraba a fondo la tráquea para superar unos centímetros el límite de la cadena y darnos un buen mordisco en el cogote... No lo sé, si **CÉLINE** diría algo como esto ni mucho menos que lo soltara en mitad de una consulta atestada de mujeres de profundos ojos de ascendencia argelina, como no escasean [dicen los teletipos] en los extrarradios de **París**. Y ya que estamos, lo más probable es que, de vivir hoy, no tuviera que trabajar de médico: podría ganarse la vida como polemista de televisión, condenado a repetir semana tras semana el número del cabrón al que hemos perdonado pero insiste en despreciar nuestro perdón y no ser digno de él, que ya nos *advirtió* de que los judíos traen la **Guerra** [o que SON la **Guerra**, como

en **Palestina**] pero cuidándose muy mucho de reproducir las palabras exactas que **Ernst Jünger** asegura que le refirió reprochándole poco más o menos que los alemanes toleraran *demasiado* a los judíos por no colgarles destripados de las copas de los árboles de aquella *otra* **Francia** liberada; he visto repetidas multitud de veces esa frase [tantas que solo me resta una labor de reescritura-hipérbole] con ocasión del cincuenta aniversario de la muerte de **CÉLINE** en el que todo se enhebra de puta madre y se resuelve casi el noventa y cinco de cualquier parrafada que quieras escribir si insistes en lo *fácil* que es dejarse resbalar por ese tobogán lubricado en bilis y lefa casi transparente del resentimiento; si [en otras palabras] se explora un poco por **Google**® entre las líneas cinéticas del siglo y tomas obediente tu lección, dite: «es *comprensible*, comprensible [pero no necesariamente una disculpa (claro)], el **Mundo** era más joven, fíjate qué malo era también **Stalin**, se *comprende* a los muchos que se dejaron engañar por el *fascio* de los romanos el **Reich** milenario: era la versión original y tremebunda de nuestro **Fin de la Historia** cuando cayó el **Muro**, imagina que **CÉLINE** hubiese estado también ahí, pensando en los escombros porque él está catalogado hoy como nihilista y cabe preguntarse si era como los nihilistas de **Bob Lowell**, que quieren vivir en el **Mundo** tal cual es y a la vez ver las praderas imperecederas reducidas a cascotes». Esto es [mi fraude, mis cascotes] un improbable **L.F. Destouches** que ha vuelto a su despacho en la tarde del once de septiembre de 2001 para aprovechar la paz del pasmo de sus pacientes o de los productores del programa de televisión, que ven *excesivo* todo aquello como para recurrir a un polemista, y siente el hormigueo agudo de las viejas cicatrices allá donde la carne perdió todos sus nódulos nerviosos. Dudo que tuviera móvil, al menos dudo que fuera creíble poner en sus manos uno, pero me lo imagino acariciando el supletorio de su mesa sin atreverse a marcar en número de una **Luciette** casi nonagenaria entonces, la *real*, la que existía sin que **CÉLINE** entendiese cómo la podría echar más de menos [la alternativa, sí, hubiera sido centrar este texto en aquel amor, lo que ocurre es que en mi cabeza se me antoja una monstruosidad

pornográfica inmiscuirme en esa dureza tierna, ese *vivir* que no es digno de *cualquier* mención porque, además, le redime, cuando ya he elegido que NADA en este texto debe redimirse, así que] al final aparta la mano, hurga en un cuaderno, hace una serie de breves anotaciones y después, cuando le llega el sobrecogimiento aullado de las mujeres al otro lado de la puerta, que confirma el derrumbamiento de la primera torre, deja el lápiz, apoya la frente en la palma de las manos, una voz de metrallas se le queda atascada en la recámara de su lengua y ahora añadiré que llora y ahora mismo estamos aprendiendo que no se nos perdonará por mucho que llore como solo saben llorar los muertos [etcétera, etcétera, etcétera].

INDIGESTIÓN AL FIN DE LA NOCHE

José M. Alejandro (*Choche*)

Pesimista y cabrón, estos son los primeros calificativos que me vienen a la cabeza cuando recuerdo mi primer contacto con Louis-Ferdinand Céline. Hace ya bastantes años, en una de mis habituales visitas a la Biblioteca Pública, cayó en mis manos un libro cuyo título me llamaba la atención, uno de esos libros que coges porque algo te llama al pasar junto a ellos por esos pasillos estrechos e interminables, el título era *Viaje al fin de la noche*. Recuerdo que una vez que estuvo en mis manos me llegó a causar algo de rechazo el tocho de libro (casi unas seiscientas páginas), yo por aquel entonces, salvo los libros de Stephen King, los buscaba más bien livianos o de fácil lectura, me armé de valor y me lo llevé a casa, y qué cierto fue lo del valor, qué pedazo de novela antibélica y anticolonialista, qué extraordinario repaso a muchas de las aventuras que nos brindó el inicio del siglo XX, qué cantidad de soledad en las espaldas del protagonista, Ferdinand Bardamu (el mismo Céline), qué paladas de pesimismo sobre nuestras almas en cada párrafo, qué bocanadas de realidad, qué vomitona de amargura, la cual no nos permite digerir este libro fácilmente, así como una falta total y absoluta de fe en la humanidad, una humanidad que se pudre lentamente.

Viaje al fin de la noche se divide en cuatro partes: la Gran Guerra (antimilitarista, cobarde, desertor, tramposo), el Colonialismo en África (huida, crueldad, esclavitud), el gran sueño Americano (rascacielos, pulgas, Ford, putas, cine, amor) y la vuelta a Francia (médico, pobreza, masturbaciones, sátira, Robinson).

La historia comienza con un hilarante episodio en el que al protagonista en plena conversación con un amigo (que no tiene desperdicio) le entra un ataque de patriotismo o de gilipollez extrema y se une a los soldados que van a la Primera Guerra Mundial. Sin darse cuenta está en las trincheras entre balas y con la muerte por compañera, lo único que quiere es irse, no entiende nada de lo que sucede y hace todo lo posible para largarse de esa guerra, allí conoce a Robinson (futuro desertor como él), el cual

irá apareciendo sistemáticamente en todas las aventuras, como es lógico ésta marcará la vida de Ferdinand.

Mis sentimientos hacia ellos seguían siendo los mismos. Pese a todo, sentía como un deseo de intentar comprender su brutalidad, pero más ganas aún tenía de marcharme, unas ganas enormes, absolutas: de repente todo aquello me parecía consecuencia de un error tremendo

—En una historia así, no hay nada que hacer, hay que ahuecar el ala, me decía, al fin y al cabo…

Por encima de nuestras cabezas, a dos milímetros, a un milímetro tal vez de las sienes, venían a vibrar, uno tras otro, esos largos hilos de acero tentadores trazados por las balas que te quieren matar, en el caliente aire del verano

Nunca me había sentido tan inútil como entre todas aquellas balas y los rayos de aquel sol. Una burla inmensa, universal

En esta parte del libro nos deja claros bastantes temas, como por ejemplo su cercanía hacia los alemanes, la cual será su talón de Aquiles y sin ningún tipo de dudas su tumba en un futuro. Su prosa directa, su lenguaje oral en la escritura, es toda una revolución, en esta parte te das cuenta de que estás ante algo grande, algo muy grande, según vas pasando las páginas y va contando historias (su historia) no puedes dejarlo ni un instante, sientes el egoísmo de Ferdinand, su soledad, necesita estar con alguien, pero aún acompañado siempre está solo. En la parte de su regreso a Francia se le va la pinza debido a las heridas sufridas (las cuales fueron un lastre hasta el día de su muerte). Podemos leer cómo junto con otros excombatientes del asilo comienza a convivir con la picaresca, típica tras una guerra, cualquier cosa es válida para intentar sacar gratis comida, bebida o algo de dinero. Putero incansable, termina con una enfermera americana, la cual lo deja en el mismo instante en que comienza a verlo

como un cobarde y un paria. La parte de la guerra es absolutamente antibelicista, Ferdinand saca en claro que las personas que quieren la guerra nunca son las que están en el campo de batalla, tan sólo están los que quieren la paz y mueren por unos falsos ideales comandados por unas falsas personas.

Todo esto desencadena en su segunda aventura. A los 20 años marcha hacia África con un puesto en la administración de una compañía que se dedica al caucho y al tabaco. Desde el primer momento se da cuenta del valor de las personas. Nuevamente, como en la guerra, se fija en que su vida no vale nada, pero la de los nativos a los que esclavizan, maltratan y putean sin descanso valen menos que nada. Los colonizadores (como él) son simples piezas en el puzzle, si caen frente a las fiebres, calores extremos o frente a la mala alimentación, simplemente quitan la pieza y ponen otra, dispuesta para realizar tu mismo trabajo. En esta parte habla sin pudor del racismo llevado con toda normalidad por los colonizadores.

…Al parecer, aquel negro nunca había visto una tienda, ni blancos tal vez. Una de sus mujeres lo seguía, con los ojos bajos, llevando a la cabeza, en equilibrio, el enorme cesto lleno de caucho en bruto

…¿Tú no saber dinero? ¿Salvaje, entonces? -le gritó para despertarlo uno de nuestros dependientes, listillo y bien adiestrado seguramente para esas transacciones perentorias-. Tú no hablar «fransé», ¿eh? Tú gorila aún, ¿eh?...Tú, ¿hablar qué? ¿Eh? ¿Kous-kous? ¿Mabillia? ¿Tú tonto el culo? ¡Bushman! ¡Tonto lo' cojone!...

Pero seguía delante de nosotros, el salvaje, con las monedas dentro de la mano cerrada. Se habría largado corriendo, si se hubiera atrevido, pero no se atrevía…

Ya en Estados Unidos se da cuenta de que es la misma mierda humana que era en África, allí estaba solo en la selva y aquí, aunque rodeado de gente, sigue estando solo, pero esta vez en una selva muy distinta, en una selva vertical, una selva dominada por el

dinero, las amistades y bajo la opresión del capitalismo. Lo bueno que tiene es que piensan en todo, el gran sueño americano no te deja tirado del todo, si estas solo, si no tienes ni para putas, no debes preocuparte, los americanos son especialistas en tenerte entretenido, y su entretenimiento es ir al cine, más barato que las putas, y a fin de cuentas sirve para masturbarse tranquilamente viviendo el sueño de otro, que por unos centavos se te permite.

En esta parte encontramos algo que no nos podíamos imaginar, el «monstruo» se enamora de una puta llamada Molly, y lo más increíble de todo, ella también se enamora. En estos pasajes es donde se encuentra al Ferdinand feliz, en los que la soledad desaparece, en los que ve la luz, la aterradora luz.

…Buena, admirable Molly, si aún puede leerme, desde un lugar que no conozco, quiero que sepa sin duda que yo no he cambiado para ella, que sigo amándola y siempre la amaré a mi modo, que puede venir aquí, cuando quiera compartir mi pan y mi furtivo destino. Si ya no es bella, ¡mala suerte! ¡Nos arreglaremos! He guardado tanta belleza de ella en mí, tan viva, tan cálida, que aún me queda para los dos y para por lo menos veinte años aún, el tiempo de llegar al fin

…Molly me regaló tanto cariño y ensueño en aquellos meses en América, que, si viniera mañana la muerte a buscarme, nunca llegaría a estar, estoy seguro, tan frío, ruin y grosero como los otros

La última parte del libro, en mi opinión, pierde bastante interés, tal vez sea por la intensidad de todo lo leído anteriormente, de la crueldad expresada en sus páginas, de una vida con más malos momentos que buenos. Además en esta parte se nota un cambio en su escritura, comienza a utilizar muchas exclamaciones, mezcla las palabras y en algunos momentos se muestra bastante incoherente, llevándote al despiste.

…Enfermos no faltaban, pero no había muchos que pudieran

o quisieran pagar. La medicina es un oficio ingrato. Cuando los ricos te honran, pareces un criado; con los pobres, un ladrón. ¿Honorarios? ¡Bonita palabra! Ya no tienen bastante para jalar ni para ir al cine, ¿y aún vas a cogerles pasta para hacer unos -honorarios-? Sobre todo en el preciso momento en que la cascan. No es fácil. Lo dejas pasar. Te vuelves bueno. Y te arruinas

Céline es un personaje de los de verdad, es un personaje clave en la literatura contemporánea. Con su forma de vomitar palabras escritas rompió las reglas, con su forma de vivir también, metió la pata hasta el fondo al escribir los panfletos antisemitas (aunque su mujer siempre defendió que los escribió buscando la paz), lo cual por más que quiero entender no lo logro. No sé cómo alguien como él pudo caer en la trampa, lo cierto es que Céline nunca se arrepintió de ello, lo que es digno de alabanza. También es cierto que en sus novelas no hay ni un ápice de antisemitismo.

La vida y sus decisiones llevaron a Céline a tener que salir de su país y esconderse por Europa, salvo en España que es donde le hubiera gustado (según palabras de su mujer). Tras varios años, sus huesos finalmente terminan en la cárcel en Dinamarca. Y ese fue el final de su vida, nunca despertó, quedó como un muerto viviente, ni siquiera el regreso a Francia en 1951, tras su amnistía, ni que grandes escritores como Henry Miller, Jack Kerouac, William S. Burroughs, Allen Ginsberg o Charles Bukowski se fijaran en su figura.

Louis-Ferdinand Céline murió el 1 de julio de 1961, justo el mismo día en que acabó su última novela, *Rigodón*, junto a su mujer y despreciado por una sociedad bastante más cabrona que él.

LA DERROTA DE BARDAMU

Miguel Baquero

Cuando, a primeros de 2011, se aprestó en Francia la polémica sobre las efemérides literarias a celebrar a lo largo de ese año, uno creía tener, de principio, una opinión bien formada sobre el particular. En 2011 se cumplía el quincuagésimo aniversario de la muerte de Louis Ferdinand Celine (Courbevoie, 1894 – París, 1961), y en un principio el Estado francés había previsto conmemorar al escritor, uno de los máximos referentes de la literatura moderna por su estilo, por su energía narrativa, por su descarnación (o si se prefiere, encarnizamiento) a la hora de novelar. Sin embargo, la presión pública de algunas organizaciones, como la asociación de familiares de judíos deportados, hizo que finalmente el Ministerio de Cultura francés borrará el nombre de Celine de la lista de personalidades a homenajear. ¿La causa? Los textos antisemitas que había despachado el escritor en el periodo previo a la Segunda Guerra Mundial; textos que, junto con su abierta colaboración con el Gobierno pro-nazi de Petain y su delaciones a la Gestapo de compañeros escritores e intelectuales «sospechosos de ser judíos», para que procediesen a capturarlos, a punto estuvieron, una vez acabada la contienda, de llevar al doctor Louis-Ferdinand Destouches (verdadero nombre de Céline) ante un pelotón de fusilamiento.

Al hilo de esta polémica sobre la celebración oficial, o no, del aniversario del escritor, uno creía tener, como digo, una opinión bien formada. Opinión que, por no extenderme demasiado, se reducía a lo cómodo: a la manida diferencia entre autor y obra. Es todo un tópico literario, establecido desde hace tiempo, que una cosa es el autor como persona, o como personaje, y otra el autor como artista; que un tipo puede, perfectamente, arrastrarse por el más inmundo lodo en cuanto a su comportamiento privado o público y, al mismo tiempo, ser un completo genio artístico y producir unas páginas de sublime valor. En el caso de Céline, esta diatriba ascendía un escalón más, ya que no se trataba tanto de reconocer

su enjundia literaria *pese a* aquellos panfletos antisemitas, sino reconocerla *incluso* en ellos, advertir el extremado mérito de su literatura hasta en aquellos ejercicios vergonzantes de odio, como se calificaban. A manera de ejemplo para estos casos suele recurrirse a Quevedo, célebre azote de hebraicos en su época, algunos de cuyos versos, sin embargo, en los que se alude al tocino o a las proporciones de la nariz o a la «sangre nueva» como motivos injuriantes, son tenidos por verdaderas joyas del castellano. Bien es cierto que de Quevedo a Céline hay varios siglos de distancia y, sobre todo, innumerables grados de diferencia en la forma de llevar el odio a la práctica, pero uno entonces no reparaba en eso. Uno, insisto, se acogía al tópico. A lo más fácil. A aquello de la distinción entre persona y autor. Con lo cual no sólo se ahorraba hacerse preguntas, a lo mejor fastidiosas, sino que, por el mismo precio de la comodidad, compraba de paso un estético desdén contra el Estado (en este caso el francés), las organizaciones que habían promovido el *boicot* y en general todos los ignorantes e insensibles procedimientos burocráticos. ¿Qué entenderá esta gente de literatura?, podía uno darse el lujo de decir. ¿Qué sabrán sus chatos prejuicios de lo que es el Arte? Con mayúscula, por supuesto.

¡Ah, qué gratificante es compartir la opinión mayoritaria!

Pero si algo desprecio sobre todo (y quizás en ello el propio Céline tiene algo que ver) es el lugar común, la frase hecha, el pensamiento gratificante. Leí siendo joven (quién no) el *Viaje al fin de la noche* y pese a la rabia contenida en sus páginas se me hacía difícil imaginar, tenía que verlo, o que leerlo, con mis propios ojos, que quien escribió aquel episodio del recluta Bardamu vagando junto a un soldado del otro bando, de noche, por una ciudad abandonada, quien dijo aquello de que «a los generales les gustan las rosas. Es sabido», y quien concluyó con la advertencia, dirigida a todos, de que «cuando los grandes de este mundo empiezan a amaros es porque van a convertiros en carne de cañón», hubiera podido producir poco después unas páginas de insólita sevicia. En este punto, y para ser sincero, he de admitir que (y no me tengo por el único) estaba

juzgando, opinando y hasta disertando sobre la «polémica Céline» sin conocimiento de causa. Asido a un cómodo tablón, dejándome arrastrar por la corriente, sí, porque yo no había leído en realidad ni las *Bagatelles pour un massacre* ni *L'École des cadavres* ni *Les Beaux draps*, los libros aparecidos entre 1937 y 1941 en los que se centraba el asunto y por los que el Estado francés denegaba a Céline el reconocimiento oficial. Era incómodo, lo sé, desagradable, y siempre da mucha pereza leer y juzgar, pero al fin consideré que no me quedaba más remedio que hacerlo.

Fui a consultar a un librero amigo, a mi parecer bastante entendido en su oficio, sobre la posibilidad de hacerme con las *Bagatelas para una masacre*, el más nombrado de los panfletos antisemitas que constituyen la prueba de cargo contra Céline. El librero me informó de que dicho libro es inencontrable en castellano. Esa fue, recuerdo, la palabra que empleó: inencontrable. Ignoraba si había habido alguna traducción a nuestro idioma, quizás en una editorial de México o de Argentina… En todo caso, hacerse con las *Bagatelas* en castellano era un empeño inútil. Hasta en francés resultaba un poco difícil, salvo que acudiese uno a las tiendas de libros viejos en torno al Sena; allí quizás podría encontrar un ejemplar antiguo, seguramente a un alto precio, porque reediciones del título, que él supiera, nunca se habían producido desde el indulto final al escritor. Entre otras razones, porque el mismo Céline, y a su muerte su esposa, siempre habían vigilado que el libro no se volviera a dar a la imprenta; y en el caso de que alguna editorial se salte la proscripción (como ocurrió, me informó mi amigo librero, no hacía mucho con una edición en italiano), la viuda no duda en acudir al juez para que se secuestren los ejemplares. Así están las cosas con los panfletos antisemitas de Céline…

—Claro que —me siguió comentando el librero —los nuevos tiempos han cambiado mucho las cosas.

Le monde est plein de gens qui se disent des raffinés et puis qui ne sont pas, je l´affirme, raffinés pour un sou. Moi, votre serviteur, je crois bien que moi, je suis un raffiné! Tel quel! Authentiquement raffiné…

Así comienza *Bagatelles pour un massacre*. No me considero muy hábil en internet, pese a lo cual apenas si me llevó diez minutos «bajarme» una versión en .pdf del famoso libro. Seguramente alguien más experto habría tardado la mitad. El caso es que esa misma tarde tenía en el disco duro de mi ordenador las *Bagatelles* y no voy a decir que aprendí francés para leerlas; hube de valerme con los rudimentos que tengo de este idioma… y con las herramientas de búsqueda informática, que para empezar me permitieron buscar las veces que se menciona a los judíos (*juifs*) en el texto: 522 veces. Entre 218 páginas (quitemos las de créditos) que tiene el documento, no es muy aventurado decir que nos hallamos ante un tema obsesivo en el autor. Y enseguida se advierte, mal que bien traducido, cuál es el tono con que Céline se refiere a ese tema, cuáles son los términos con que se emplea. Podrían agavillarse frases casi al azar, sin un posible eximente, ya digo, en la torpe traducción o en la ausencia del contexto. No hay disculpa posible sea como sea: lo que el texto dice (no apunta, ni insinúa), lo que el texto *afirma* es que los judíos, malévolos y subrepticios, soterrados acaparadores del poder y de los mecanismos de éste, son los causantes, en última instancia, de cuantas guerras se han producido y se producirán en el mundo, son los contaminadores de todas las artes, la gangrena de la sociedad, los bubones a reventar… 218 páginas de este jaez (quitando las de créditos) tiene, como he dicho arriba, *Bagatelles*…, el primero y más famoso de estos panfletos antisemitas que en entregas posteriores aumentan su acidez, hasta llegar a pedir, he leído, la degollina de todos los judíos, la limpieza casa por casa a punta de bayoneta… Lo he leído y, visto lo que vi, lo creo.

Es muy difícil salir de esta cloaca igual de limpio que se entró.

He leído también, cómo no, todo tipo de excusas creadas *ad-hoc*. Desde la personal, simple, y hasta insultante, de que todo vino provocado porque un empresario judío, en su tiempo, le negó a Céline el estreno de un ballet de su autoría, hasta el esotérico, podría decirse, de que Céline obraba mesméricamente, a modo de un

médium, captando y poniendo sobre el papel las vibraciones antisemitas de su época, disculpa que al fin y al cabo no es sino una forma, en verdad cobarde, de protegerse en la masa. Pero de entre todas las excusas acuñadas, la que más desprecio, después de lo leído, es la que viene a decir que el artista tiene coartada para todo esto y para mucho más, para cuanto se le ocurra en definitiva, porque el artista no tiene que rendir cuentas de sus actos más que ante una especie de Juez Supremo de la Estética que, por supuesto, nada tiene que ver con los tribunales vulgares de los hombres.

Esto que escribo lo pienso solito, y nadie me paga para pensarlo ni me estimula… Es mi lujo, mí único lujo, he leído en internet que dice Céline en otro de estos panfletos. Pues bien, pienso, respetémosle ese lujo. Dejémosle que se hunda en la mierda, si ese es su gusto, ¿para qué mendigarle las conmemoraciones o exigir para él un reconocimiento oficial? Quiero pensar que el escritor sabía a lo que jugaba, los riesgos que corría cuando inició su camino hacia el fondo de la noche, una noche tan oscura que se tragaba los objetos. Cuando se declaró en «perpetua búsqueda de lo innoble», de lo más ruin y despreciable del ser humano para hozar en ello, no dudo que, avanzado el camino, llegara a un punto en que la buena gente, con sus pobres miserias y sus cortas aspiraciones, le pareciera que estaba en el mundo sólo para ser juguete de sus ejercicios artísticos. Tan sencilla, indefensa y llena de incongruencias, la buena gente no servía al cabo sino para carne de cañón. Material para el vitriolo.

Ese era el juego, así estaba planteado. Y Céline jugó. Y perdió.

Tengo en la retina la imagen que me construí en su día del recluta Bardamu, cuando se alistó al Ejército, uno de los primeros, llevado del entusiasmo; imaginé entonces su rostro perplejo cuando se internaba hacia la noche solitaria y olorosa, impregnada de esa fragancia que tanto gusta a los generales, cuando decía «sé que tengo la razón porque yo quiero vivir». Y tengo delante una fotografía de ese mismo recluta tomada muchos años después, en que parece surgido de un largo viaje a las profundidades: la sonrisa irónica, el pelo

furiosamente echado hacia detrás, la actitud chulesca pese a la ropa pobre, casi harapienta, que le cubre... Por lo que cuentan quienes le frecuentaron en estos últimos años, nunca abjuró de sus ideas, ni reconoció ningún error, sólo sintió haber dicho lo que dijo en un momento inoportuno. Lo dicho: el juego.

Pero el problema para Ferdinand es que siempre se creyó muy listo, siempre se tuvo por muy agudo, incluso de soldado raso. Y no lo fue tanto desde el momento en que no supo ver lo esencial: que la buena gente siempre gana. Aunque a veces parezca que la puedes insultar, escupir, befar, torturar e incluso fusilar a tu placer, al final es solo una apariencia. Al final, gilipollas, la gente buena siempre gana.

VIAJE A NINGUNA PARTE

Carlos Salcedo Odklas

A Alfonso Xen Rabanal

Céline. Maldito por excelencia. Misántropo empedernido. Solo por eso ya lo podría considerar un viejo amigo, un hermano a través del tiempo, las letras y la angustia de la hoja en blanco.

Nunca ha sido mi escritor favorito, pero sí lo era de mi escritor favorito, mi idolatrado Bukowski. Es desternillante la anécdota que cuenta Hank en sus libros de cómo dio con este ilustre francés. Cayó en sus manos una copia de *Viaje al fin de la noche* y se lo zampó de una tacada, junto con un enorme tarro de galletitas saladas. Como bien sabréis, la obra más famosa de Céline tiene un tamaño considerable, no quiero ni pensar la cantidad de galletitas saladas que ingirió el viejo indecente mientras se lo leía, el caso es que dichas galletitas regadas, por supuesto, con abundante cerveza, se hincharon en el estómago del viejo, y cuando la puta con la que estaba en esa época volvió a casa se encontró al viejo Hank tirado en el suelo, agarrándose el estómago, girando sobre sí mismo presa de unas dolorosas convulsiones provocadas por aquella enorme masa de harina y sal. La mujer, preocupada, preguntó: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué te pasa?». A lo que Bukowski contestó desde el suelo: «Que he descubierto a alguien que escribe mejor que yo».

Para mí todo lo que diga Bukowski va a misa, así que me apresuré a buscar una copia de aquel libro. No me costó encontrar una, ya que está considerado una de las obras maestras del siglo XX.

Recuerdo que me enfrasqué en su lectura en un viaje larguísimo que tuve que realizar hasta Galicia desde Madrid. Horas y horas. Pero el caso es que nada más abrir el volumen me di cuenta de que estaba ante algo grande, muy grande. Y me perdí todos los paisajes por los que pasaba. Incluso me jodió llegar a mi destino ya que aún no había acabado de leerlo. Me bajé del bus y me senté en la estación, ignorando la nueva ciudad, metido en mi burbuja, hasta

que me lo acabé. La conclusión a la que llegué fue la misma que la de Hank. He ahí un cabronazo que sabe escribir. Por suerte no me dio por comer galletitas saladas durante ese viaje.

Es imposible que no te atrape ese libro, su inicio es magistral y resume toda la filosofía de Céline. En unas pocas páginas pone de manifiesto todo el absurdo de la existencia y las motivaciones humanas, en el marco incomparable de la guerra, el acto absurdo por excelencia de nuestra especie. El protagonista se ve en medio de todo el meollo por una estupidez, por un momento de flaqueza, por dejarse arrastrar por una masa ciega pero de contagiosos cánticos, y entonces, de repente, las balas y las bombas volando, los miembros mutilados saltando por los aires, y la eterna pregunta que resume la vida misma: ¿Cómo cojones he llegado hasta aquí?

Es imposible no sentirse identificado, aunque no estemos en la guerra nadie nos quita el campo de batalla que es la vida, el día a día. Todos nos vemos de repente en un engranaje absurdo, construido a base de mentiras y equívocos, con balas silbando a nuestro alrededor, balas disparadas desde la frustración por otros tantos seres asustados que no saben cómo han llegado hasta aquí, ni mucho menos cómo bajarse de este trasto averiado antes de la colisión, pataleando ciegos y sordos, mutilados de por vida. Una guerra sin cuartel en pos de ídolos de barro, de promesas de goma. No somos mucho más complejos que los insectos que alucinan girando alrededor de una luz cegadora que acaba por achicharrarlos con un fogonazo... Y fin de la historia. A las pruebas me remito.

Así estamos, hermano. Mira a tu alrededor y dime que no es cierto.

Se podría hablar del heroísmo de la guerra. Cualquier veterano chocheará al respecto, con la autoridad que le da ser presa de sus propias justificaciones y mentiras construidas durante interminables noches en vela. «Había que arreglar el mundo, derrotar al malvado». Cuando lo cierto es que tal malvado no existe como ente fuera de nuestra ceguera y estupidez, el malvado somos todos, alguien suelta una payasada con suficiente retórica como para convencer a un puñado y ya está liada sin remedio, luego simplemente es

una bola de nieve imparable que engorda y acelera según va cayendo sobre nuestras cabezas. Céline escribe: «Somos vírgenes del horror, igual que del placer [...] ¿Quién iba a poder prever, antes de entrar de verdad en la guerra, todo lo que contenía la cochina alma heroica y holgazana de los hombres? Ahora me veía cogido en aquella huida en masa, hacia el asesinato en común, hacia el fuego... Venía de las profundidades y había llegado». Tras lo cual solo queda correr, si tenemos suficiente suerte como para tener ese momento de claridad, pero es una huida hacia ninguna parte, es como intentar escapar del aire. Podemos vernos arrastrados por esa bola de nieve de la manera más absurda e inmediata. Cualquiera de nosotros podría estar mañana cogiendo un fusil y corriendo alocado por un campo de minas puesto hasta arriba de *speed* o coca, quizás no por la patria, esa mentira ya no da mucho más de sí, pero sí podría hacerlo por venganza. Todos. La venganza es un sentimiento demasiado arraigado aún, que combinado con la frustración ha llevado al ser humano a lugares de fantasía dantesca. Nadie está a salvo de ella. Si asesinasen a nuestros amigos y violasen a nuestra mujer, si nos quitasen nuestras cosas, aquellas que erróneamente hemos puesto como soporte de nuestra existencia, hasta que no nos quedase nada a lo que aferrarnos... ¡Zas! Ya está liada. En un momento parecido se debate la sociedad actual, el proceso de pérdida, con la crisis económica provocada por las miserias del capitalismo, cuya mugre asoma ya inevitablemente desde debajo de la alfombra en la que se ha intentado ocultar hasta ahora.

Venganza. Ciega y rabiosa. Un instrumento terriblemente poderoso. Sólo hacen falta un par de dementes visionarios y frustrados, que acaben volviéndose lo suficientemente poderosos o mediáticos como para hacerse con las riendas de la sociedad en cuestión. Un ente extraño al que llamar «enemigo». Que te hagan creer que se te está robando. Un puñado de ciegos que disparen primero... Y ahí estás de repente, hundiendo la bayoneta en el cuerpo de un jodido infiel. Así ha funcionado el mundo hasta ahora. Esa es la historia de Hitler, de quien hablaremos luego. Todo es una gran tontería, un *sketch*. Así es la guerra. Así es la vida. Idiotas manejados por idiotas. Ciegos siguiendo al tuerto. El odio y la rabia conforman la parte

oscura del ouroboros, que pese a ser la parte oscura se ve más claramente que su reverso de luz, hasta ahora solo teórico, con el que sueñan los que ansían una revolución y un despertar de las conciencias. No sé si existe esa posibilidad, ese despertar, me cuesta creerlo, mi romanticismo se fue con tantas otras cosas, lo que sí está claro es que somos presas de la confusión, la ceguera que nos guía implacablemente, que lleva haciéndolo desde siempre y nos ha traído a este erial.

En *Viaje al fin de la noche*, el protagonista se alista en el ejército en un momento de euforia. Presa de los cánticos y el romanticismo de los soldados que le rodean se deja arrastrar por el ideal romántico de la batalla. Esta parte está ligeramente novelada, pero no se aleja demasiado de la realidad de la vida de Céline, que según sus palabras se alistó «porque soy un poeta, y por ello un poco gilipollas». Nuevamente vemos el absurdo en toda su magnitud, la ceguera que nos arrastra a lugares sombríos de los que luego no podemos salir. Toda la sociedad capitalista actual está cimentada en un absurdo parecido, el de las brillantes lucecitas de neón y las modelos de blancas sonrisas. Y nos dejamos arrastrar porque, a fin de cuentas, somos tristes insectos que solo buscan una luz redentora, y nos la acaban metiendo doblada por todas partes. Esa brillante luz se nos mete por el culo, ahonda cada vez más hasta llegar hasta nuestro alma y acaba haciéndonos estallar con un triste sonido como de pedo... Luego el vacío.

Recuerdo cómo acabé yo en el ejército. Fue igual de absurdo.

Resulta que había dejado los estudios y andaba saltando de curro en curro, a cada cual más sórdido, y en los huecos entre medias, me pasaba el día tirado en el parque, holgazaneando con los colegas, fumando y bebiendo en abundancia. Vivía con la vieja, y claro, nada preocupa más a una madre que ver a su hijo holgazanear, sin ninguna perspectiva viable de un futuro socialmente aceptado en el que encajar y morir poco a poco. Ello hacía la convivencia tensa en el hogar. Recuerdo los gritos todas las mañanas, el nerviosismo de la resaca, las discusiones sin objetivo ni final concretos. En el fragor de la batalla ya me había echado de su casa un par de veces, o me

había ido yo, vaya usted a saber, recuerdo haber tenido que dormir un par de veces en los bancos de un parque, pero claro, acababa volviendo siempre, ¿dónde iba a ir si no? No tenía ningún sitio con nevera que me acogiese, las lentejas de mamá estaban tan ricas tras un par de noches al raso... El caso es que pusieron ese puto anuncio en la tele, que si trabaja por la paz, que si lucha contra la injusticia, que si forma parte de algo importante, que si lábrate una profesión de futuro, segura y para toda la vida... No recuerdo si fue idea mía o de la vieja, pero el caso es que eché la solicitud y me fui a opositar a El Ferrol, a la marina, en la tierra del caudillo, en todo el meollo. En mi caída conseguí arrastrar a un viejo amigo de la infancia, Luis, y allí nos metimos los dos. La verdad es que el cuartel estaba que te cagas, era bastante moderno. Nos metieron a todos los opositores en un barracón separados de los militares profesionales. Éramos un jodido montón. Hacía poco que el ejército se había profesionalizado, la mili obligatoria había quedado atrás y ahora buscaban carne fresca de forma voluntaria. Todos nos habíamos sentido atraídos por las promesas del maldito anuncio de la tele. Toda una envidiable labor de *marketing*, sin duda. Había algún vocacional, pero en general éramos un montón de estiércol que buscaba un lugar seguro en el que asentarse y dejar de dar tumbos.

Las pruebas de acceso duraban varios días, nos dieron una taquilla y una cama que, todo hay que decirlo, ya es más de lo que te dan en cualquier curro de mierda. La rutina era que nos levantaban al alba, nos hacían formar e íbamos a desayunar, luego comenzaban las pruebas por la mañana y nos dejaban la tarde libre. Había gente de toda la península y el ambiente era muy agradable, desde el primer día se creó un sentimiento de hermandad, la típica camaradería entre perdidos. Recuerdo eso con gran cariño, y es una de las bazas con las que el ejército sabe jugar muy bien, el sentimiento de hermandad, de pertenecer a algo, a algún sitio, un jodido punto de apoyo, que hasta los perros más solitarios ansían en algún momento. No hacía falta ser un genio para darse cuenta del percal, todos los que estábamos allí éramos unos *tiraos* de la vida, unos fracasados que habían dejado los estudios y no encontraban ningún curro

decente en el que sentirse algo más que una mera tuerca de un gran engranaje. Estábamos hartos de ir a la deriva y sentirnos inferiores e inútiles, el ejército te prometía un halo de romanticismo, un aura de héroe anónimo y noble. No obstante, a pesar del embriagador aroma del ambientador de nobleza y santidad no tardé mucho en verle las orejas al lobo. Ése no era mi sitio, nunca lo sería, debía huir, pero, ¿cómo? Percibirás la eterna pregunta existencial de la vida, ahí estaba de nuevo: «¿Cómo he llegado a esta fiesta de locos? ¿Y por dónde se sale?»

Había una importante alambrada electrificada en mi camino a la libertad, era el hecho de que por aquel entonces cualquier idiota podía superar las pruebas de acceso para entrar en el ejército profesional. Yo no quería entrar, pero tampoco podía renunciar así como así, ya que eso atraería una poderosa nube de ira y decepción cargada de truenos sobre mi cabeza provocada por mi santa madre. Mi salida de allí tenía que parecer algo ajeno a mis designios. No tenía ninguna enfermedad que me imposibilitara para morir por la patria, había superado tranquilamente las pruebas médicas, que consistían en un simple análisis de sangre y en una curiosa prueba en la que nos hicieron formar una larga fila delante de un médico del ejército, una fila de cientos de personas. Al llegar tu turno frente a la mesa del médico, éste te pedía que te bajases los pantalones y los calzoncillos, lo hacías, y te quedabas con la minga fuera a la altura de su cara. Era una situación bizarra: el médico, tu polla y una fila de personas detrás tuyo. El tipo te la miraba durante unos segundos y daba su veredicto. «¡Siguiente!» Así que pasé también esa prueba, que aún hoy no entiendo que pretendía dilucidar.

Así que estaba sano como una puta manzana.

Tampoco di positivo en drogas, a pesar de consumirlas. Había tenido un breve período de desintoxicación que parecía haber dado sus frutos ya que, como comprenderás, que me echasen por consumo de drogas tampoco era una opción de cara a evitar la nube de ira materna. Fue una bendición que las pruebas de sangre fuesen las primeras en realizarse, entre los opositores había un gran nivel de toxicómanos, todos habían pasado un período de desintoxicación

para poder pasar el análisis de sangre, pero la mayoría ya no aguantaban el mono, y cuando nos dijeron que estábamos limpios salimos en trompa del cuartel, entre cánticos, a buscar drogas por todo El Ferrol. Esa noche acabamos todos pedo, acosando y siendo acosados por las lugareñas, que estaban terriblemente disponibles. Para ellas el período de opositores era una oportunidad única de pasarse por la piedra a futuros militares de toda España, chicos jóvenes y apuestos de altos ideales.

La mañana siguiente fue un cuadro, con todos afrontando las pruebas físicas en un estado de resaca lamentable, ojerosos, traspirando ginebra y vodka, con aliento a cenicero y presas de espasmos y tics de lo más variado. Pero una vez más las pruebas eran un ridículo trámite, una carrerita, un par de flexiones, unos tristes obstáculos... Todo al alcance de cualquier disminuido, ni los tíos en peor forma de la tropa fallaron aquí y, por supuesto, yo tampoco lo hice.

Así que cada vez estaba más sumergido en el lodo, estaba casi dentro, mi reluciente uniforme azul me esperaba a la vuelta de la esquina y un poco más lejos la Tercera Guerra Mundial o algún tipo de absurda cruzada imperialista.

Entonces encontré la solución. La demencia. Sin duda la locura sería mi puerta de salida de ese lugar maldito.

Empecé a comportarme de forma extraña, no quería que fuese demasiado evidente, pero sí lo suficientemente rara como para encender algunas alarmas. Me vestí todo de negro, pantalones, camisa, calcetines, zapatos, también una larga gabardina negra que me llegaba hasta el suelo, y me paseaba de esa guisa por las instalaciones. Me acercaba a los militares profesionales y me quedaba horas mirándolos en silencio desde la distancia, y cuando menos lo esperaban pegaba un grito inteligible, o me tiraba al suelo y empezaba a girar sobre mí mismo, lo hacía durante unos segundos y luego me levantaba y volvía a mi posición en silencio, como si no hubiese pasado nada. Me acercaba a los mandos y les preguntaba alguna chorrada:

—¿Qué tal todo, señor?

—Bien.

—¿Bonito día, verdad?

—En efecto.

—Con un exceso de violetas en mi opinión.

—¿Cómo dice?

—El color violeta, quizás sea excesivo, en el cielo, a lo lejos.

Y me quedaba mirándole fijamente a los ojos con mi mirada más profunda.

—¿Se encuentra usted bien?

—Afirmativo señor, todo fluye de manera correcta, como el universo.

—Bien. Continúe así.

Y volvía a quedarme mirándole fijamente.

—¿Seguro que se encuentra usted bien?

—Afirmativo señor.

—Bien. He de irme.

Y me quedaba ahí plantado mirando cómo se largaba, solían girarse un par de veces y lo que veían era a mí, a lo lejos, una figura negra e inmóvil, mirándoles. No tardó en extenderse el rumor de que dentro de los opositores había un tipo un poco extraño.

Entonces llegó mi gran oportunidad, el examen psicotécnico. En las preguntas de habilidad, como las de series de números, ordenar piezas de dominó según un patrón y toda esa mierda, no fallé, pero en las de carácter personal intenté ser un poco más ingenioso, ambiguo, por ejemplo: «¿Escucha voces en su cabeza que le indican qué debe hacer?»

—No escucho voces extrañas ajenas a mí, me dejo guiar únicamente por el camino de la bondad absoluta y la justicia implacable.

Ello provocó que me mandasen un día al hospital militar a tener una entrevista informal con el psicólogo. Charlamos durante un rato, fingí algún tic e hice comentarios que no venían a cuento. Éste me envió al psiquiatra. Curiosamente con él me comporté de manera normal, me refiero a que no pretendí aparentar nada, ni para bien ni para mal.

Cuando llegaron los resultados definitivos de las pruebas me tendieron una carta en la que decía que no era admitido en el ejército profesional, que no había superado las pruebas psicotécnicas, que no

estaba capacitado para los rigores de la vida militar y mucho menos para el manejo de armas peligrosas.

Misión cumplida. Ahí os quedáis.

Llamé a mi madre compungido y le expliqué los resultados, me escudé en que seguramente me habían echado a ojo, amparados en la ambigüedad del estado mental, solamente para que mi lugar lo ocupara algún enchufado.

Nos metieron en un tren a todos los que no habíamos sido admitidos, la mayoría por no haber superado el test de drogas o por problemas médicos, y nos mandaron de vuelta a casa. En el tren se produjo la anarquía, éramos muchos e hicimos nuestro el tren, todo el mundo despotricando del ejército y sacando las drogas y el alcohol. Aquello se transformó en una fiesta. Toda la gente gritando, fumando y bebiendo por los pasillos, asustando a los pasajeros comunes, que eran clara minoría. Lo último que recuerdo es que me metí en un camarote con otros cinco, echamos a una pareja que tenía esos asientos, ocupamos su lugar y empezamos a hacer absurdas apuestas con chupitos de tequila. Lo siguiente que pasó fue que me desperté tirado en el pasillo del tren, ya habíamos llegado a Madrid y la gente pasaba sobre mí cargando sus maletas e intentando no pisarme. Tuve la mala suerte de que cuando me incorporé y miré confundido por la ventana, lo primero que vi fue a mi madre tras el cristal y su mirada acusadora ante mi cara de borracho.

Y ahí se acabó mi breve romance con el ejército.

He pensado cómo habría sido mi vida amamantado por la teta militar. Me habría ahorrado infinidad de trabajos de mierda y períodos de deambular sin rumbo, pero por otra parte, ahora podría estar luchando contra los árabes, o alguna otra amenaza invisible igual de furibunda, opción que tampoco parece nada envidiable. Aunque bien pensado, los militares no viven mal, y algunos valores tales como la disciplina, la camaradería y la actividad física, todo en su justa medida, son costumbres que deberían autoimponerse todas las personas, más en estos tiempos de gordos culos marchitos y perezosos que se autoidiotizan mientras son despojados de todo. Y en su ignorancia y pereza encima aplauden a sus captores e ignoran el

complot que se cierne para transformarles a ellos, y a los que vengan detrás, en esclavos, en fuentes de energía desechables, en tuercas, en pilas, en sombras. La perspectiva de acabar en una cruzada absurda echa para atrás, pero a pesar de las promesas y besos a la bandera que hayan hecho estoy convencido de que si mañana se declarase la guerra la mayoría de los militares, si han conservado algo de sentido común, saldrían del cuartel a comprar tabaco y nunca más se les volvería a ver por allí. No creo que la vida militar me hubiese resultado del todo inútil de haber optado por ella, es un riesgo exponerse al inevitable lavado de cerebro, pero creo que habría salido airoso de ese trámite. Por otra parte tampoco me he librado de la guerra, de la guerra silenciosa y sin cuartel que significa el mero hecho de vivir entre los humanos, la más sangrienta batalla de todas. Céline escribe: «De los hombres, y de ellos solo, es de quien hay que tener miedo, siempre».

Céline, el cabrón de Céline. Qué gran escritor. Sin duda su manera de escribir, sincera hasta el extremo, sin ocultar nada de su visión del mundo, por socialmente detestable que fuera, y su estilo, descarnado y certero, pionero del lenguaje soez y realista, de la jerga de la calle, han influido enormemente en la literatura posterior, en la literatura sucia y realista, la única que merece la pena tener en cuenta. Sin él, sin su inevitable influencia, que se te mete en los huesos desde que te enfrentas por primera vez a cualquiera de sus páginas, gente como Bukowski y tantos otros no serían lo mismo. También le debe un saludo respetuoso su discípulo más aventajado dentro de nuestra narrativa *underground* actual, el gran Alfonso Xen Rabanal, el detective de la niebla y el *blues*. Otro cabronazo de los buenos que, a diferencia de Céline, es capaz de terminar la mayoría de sus blues con un acorde mayor.

El puto Céline. Encima era nazi. ¿Qué más se puede pedir? Su simpatía por el nazismo es uno de sus rasgos que más opiniones encontradas ha tenido. Sin duda es un buen bastón para que se apoyen sus detractores y la gente en general, tan acostumbrados a quedarse en la superficie y enarbolar este tipo de detalles con fingida autoridad. El gobierno francés, hace no mucho, se vio incluso

obligado a retirar un homenaje que tenía planeado para el bueno de Louis, debido a su postura antisemita, alarmados por las inevitables muestras de ira de la gente para la cual ese detalle ensombrecía el todo. No pretendo meterme en el debate absurdo de si las opiniones ético-políticas deben ser ignoradas en el juicio del arte, dirán algunos que el arte está por encima del artista y de su moral. Yo considero el arte como expresión del artista, y por tanto ligado intrínsecamente a todas las aristas de su personalidad, sin ocultar aquellas más afiladas o desagradables, ya que el arte que considero verdadero ha de venir de la angustia del artista y su afán por expresarse. Si alguien pretendiese defender el arte de Céline ocultando sus ideales, también debería defender los ideales de Hitler, ya que éste no era más que un artista frustrado. No, no caigamos en eso, Céline era nazi, ¿y qué? Con su episodio militar observamos que Céline era una persona visceral, pasional e ingenua, y por ello cayó en el nazismo. Céline sólo era un misántropo que simplemente se dejo arrastrar por una visión romántica, como tantos otros, al igual que hiciera antes con la vida militar.

Por otra parte, si sólo nos quedamos en la superficie y el arquetipo, y consideramos el nazismo como la intolerancia y el odio llevados al extremo, en tal caso considero que es intrínseco a la mayoría de los humanos. Sí, has leído bien, yo creo que en el fondo TODOS SOMOS NAZIS. ¡HAIL! ¿No me crees? Bien, juguemos.

Si ahora mismo te digo que defiendo el nazismo como un sentimiento intrínseco y natural en el hombre, te apresurarás a indignarte y colgarme de los huevos amparado en tu supuesta superioridad moral, con lo cual estarás dándome la razón, ya que así obraría un nazi. ¿Ves a dónde pretendo llegar? Ahondemos en ello. El nazismo es solo una palabra, una etiqueta que ha quedado estigmatizada con el tiempo, pero que responde simplemente a un sentimiento misántropo exagerado, y la misantropía es un pie del que todos cojeamos. La marca nazismo es solo una etiqueta que se ha creado para encerrar unas ideas en unos márgenes visibles y estigmatizar el todo, pero siempre que se crean márgenes, lo que ellos encierran pierde su sentido y se expande silenciosamente por otras vías. Lo cierto es que aunque la esvástica esté pasada de moda, sus premisas siempre

han seguido presentes. El jefe cabrón que te pide, tras terminar tu jornada de ocho horas, que te quedes otras cuatro, por supuesto sin cobrar, ya que "en nuestro convenio no se pagan las horas extra", y así te esclaviza un poco más y encima gratuitamente, ¿eso qué es? Un puto nazi. Observemos la sociedad actual. Vivimos gobernados por nazis, eso es un hecho que se demuestra más claramente a cada día que pasa. Nuestro ilustre presidente, esa jodida marioneta gangosa, esa mascota de poderes ocultos más elevados, está haciendo todo lo posible por llevar a su pueblo a la esclavitud absoluta con una sarta de medidas absurdas, con el terreno allanado por la política de haber transformado a la sociedad, ausente como dije de disciplina y fortaleza, en un rebaño dócil y completamente maleable ¿Qué puedes esperar de un país en el que el periódico más vendido es el deportivo, el programa más visto el de los chismorreos del corazón y los libros más vendidos son absurdas epopeyas vampíricas en ficción y recetas de cocina en no ficción? Se ha conseguido incluso que nos esclavicemos personalmente, que sonriamos mientras nos colocamos nuestros propios grilletes en forma de obligaciones y deseos de propiedad absurdos. Todo es tan evidente que hasta los más ignorantes empiezan a darse cuenta del percal, pero incluso sabiéndolo se ven incapaces de actuar porque han perdido por completo su voluntad, están asustados y prefieren ser dominados, bajan la cabeza mientras se les despoja poco a poco de todo, abrumándolos con excusas incomprensibles por doquier, las presiones de los mercados, la esclavitud del dinero... Incluso se aprueba la esterilización de los discapacitados sin terminar de definir qué es un discapacitado, y aquí no pasa nada, oiga. La jugada les está saliendo bien, y entre risas nuestros dirigentes exprimen un poco más para ver hasta dónde pueden llegar, mientras nadie hace nada. Al fin y al cabo, ¿por qué no hacerlo? El egoísmo y el ansia de poder del ser humano no conoce límites, y si no hay represalias se tiende a estirar de la cuerda al máximo, si dejas que se follen a tu mujer sin hacer nada el violador pasará seguidamente a probar el chochito de tu hija, luego de tu hermana, de tu madre, y al final te verás con un pene metido en el culo y quizás entonces hagas algo, o quizás no... Y si se produjese de repente el ansiado despertar de las conciencias, ¿qué haríamos entonces? Coger las antorchas,

salir a la calle, arrancar a los reptiles de sus sofás de cuero, sacarles de sus búnkeres y arrastrarlos por los pelos hasta la plaza del pueblo, donde, entre cánticos, los condenaríamos a morir lapidados, con lo cual nosotros nos convertiríamos en los nazis.

Me he dedicado a preguntar por ahí, a hablar con la gente, tú también puedes hacerlo, la mayoría de personas se creen superiores a la masa, como de una raza superior, y meterían a los rebaños que les resultan molestos en cámaras de gas sin ni siquiera despeinarse. Es el odio y la frustración que todos tenemos metidos dentro, que crece y se expande por el alma en cuanto empiezas a ver y hacerte preguntas, en cuanto ves el panorama que hemos creado, que lleva inevitablemente a la rabia y la frustración, y de ahí al odio total. ¿Qué es este sentimiento intrínseco sino nazismo? Todos nos creemos de una raza superior, poseedores de la verdad, profetas entre asnos, cuando en realidad no hay ni raza ni verdad, solo penuria. Céline escribe: «La raza, lo que tú llamas raza, es ese atajo de pobres diablos como yo, legañosos, piojosos, ateridos, que vinieron a parar aquí perseguidos por el hambre, la peste, los tumores y el frío, que llegaron vencidos de los cuatro confines del mundo. El mar les impedía seguir adelante».

Cuando Hitler asumió el poder, el pueblo estaba sufriendo una profunda crisis de identidad en un panorama de crisis y pobreza desolador producto de la guerra, el pueblo desconfiaba del poder, que se había mostrado como un ente elitista y egoísta. Entonces llegó el visionario, un tipo que pocos años antes soñaba con ser pintor y malvivía en una pensión de mala muerte, una persona que en su carrera militar había sido innumerables veces tildado de ser retraído y con nulas capacidades para el mando, y este pardillo fue elevado por las masas hasta inflarle el ego de tal forma que casi se carga el mundo, y lo hizo entre vítores, recordemos que Hitler tenía el apoyo de su pueblo, nunca hizo nada ilegal. Ya lo dije al principio, solo hace falta un panorama adecuado, un loco visionario y tres compinches, para que la bola de nieve eche a rodar. Es todo tan absurdo e incontrolable que incluso Xen Rabanal podría transformarse en un visionario dictador, de momento ya ha escrito un par de obras con más fuerza y mala leche que el propio *Mein Kampf.* Nos encontramos en una

situación parecida a la de la Alemania previa al auge del nazismo, el odio y la frustración acompañan a las personas desde que se levantan hasta que se acuestan, los partidos nazis adquieren presencia, el pueblo está idiotizado, como siempre, pero ahora, sorprendentemente, incluso los intelectuales duermen, lo dijo hace poco Luis Sáez Rueda «¿dónde están los intelectuales alemanes ahora?». Con todo lo que está pasando, con la que está cayendo, con lo que se está tramando desde las sombras.

¿Adónde nos llevará todo esto? A una explosión inevitable, a un todos contra todos, a la completa aniquilación, que es lo que el hombre lleva buscando desde que puso el pie en la tierra.

Admite tu propia miseria, haz ver la de los demás y demuestra que es intrínseca. Dejémonos de absurdas poses y quitemos el velo. Céline escribe: «La gran derrota, en todo, es olvidar, y sobre todo lo que te ha matado, y diñarla sin comprender nunca hasta qué punto son *hijoputas* los hombres. Cuando estemos al borde del hoyo, no habrá que hacerse el listo, pero tampoco olvidar, habrá que contar todo sin cambiar una palabra, todas las cabronadas más increíbles que hayamos visto en los hombres y después hincar el pico y bajar. Es trabajo de sobra para toda una vida».

Y en ello estamos unos cuantos, encerrados en estas páginas, contando las cosas, quizá solo nuestra visión distorsionada y demente, es posible, lo admito, pero con sinceridad ¡Y que le jodan al gobierno francés! Céline no necesita sus elogios. Estoy seguro que esté donde esté, apreciará más nuestro homenaje que el frustrado homenaje de un gobierno de reptiles posadores. Ya nos dará las gracias cuando nos encontremos en el infierno, allí escribiremos poemas malos mientras bebemos unas copas y damos collejas al idiota de Adolf. En el infierno están los mejores garitos, las mejores mujeres, la mejor música, lo pasaremos bien mientras los demonios nos arponean.

Resumiendo. Gracias por todo, Céline, no te callarán, para eso estamos aquí tus discípulos, esta pandilla de escritores dementes, embarcados, al igual que tú, en un interminable viaje a ninguna parte.

EL INFINITO PUESTO AL ALCANCE DE UN CANICHE

Joaquín Piqueras

BARFLY: La cita del día: «Tal vez sea eso lo que busquemos a lo largo de la vida, nada más que eso, la mayor pena posible para llegar a ser uno mismo antes de morir».

GREGORSAMSA: Ummmmm, Cioran?... Houellebecq?

BARFLY: Andas cerca, es francés ;-)

MELQUÍADES: Ahí me has dao: el doctor Louis-Ferdinand Destouches, alias Céline. Barfly se ha empeñado en traer a este foro a todos los malditos…

BARFLY: Premio!!! *Viaje al final de la noche*.

GREGORSAMSA: No conocía esa cita. La cuestión «Céline» nos va a dar debate para rato xD. Debemos separar al autor de su obra, al canalla antisemita y pro-nazi de sus magníficas obras? Me refiero sobre todo a las dos primeras: *Viaje*… y *Muerte a crédito* ¿O, por el contrario, debemos considerarlos juntas? La Santa Trinidad: el autor, su obra y su compromiso moral.

Los jardines seguían igual. Una incómoda sensación de nostalgia irrumpió como un inmenso hachazo en su interior, destrozando todas las barreras que el paso del tiempo había ido forjando a expensas del recuerdo. Se reconocía a sí mismo en cada zancada que daba sobre la acera, se veía soñando despierto años atrás cuando recorría el mismo itinerario, mientras ella hacía su trabajo.

El burdel, camuflado en forma de pequeño hotel, seguía allí, bajo la protección anémica de una floresta artificial. El negocio no parecía ir tan bien como antes: ninguna reforma a la vista; pero fue sobre todo la ausencia de un guardia que cumpliera el doble papel de vigilar y hacer la vista gorda cuando los furtivos compradores del placer se intro-

dujeran a sus espaldas lo que terminó de corroborar su sospecha. Antes de decidirse a entrar, se tocó la entrepierna y suspiró largamente. Pulsó con firmeza el timbre dos veces; y, tras un par de minutos que le parecieron eternos, apareció una puta ya entrada en años. Sin que le diera tiempo a hablar, le disparó una pregunta a bocajarro:

—¿Sigue viviendo aquí Molly?

MELQUÍADES: Esta cuestión la hemos tratado ya en otros autores: Sade, Rimbaud, Hansum… Ya conocéis mi postura :-) Lo importante es la obra, lo demás es circunstancial y extraliterario. El gran mérito de Céline es haber construido una gran novela que, como dijo Onetti, muestra y confirma la «ferocidad del mundo». Fustiga con su látigo verbal a la humanidad entera, revelándonos lo que ésta tiene de mugre, de miseria y carcoma; sin hipocresías y sin más instrumento que su virulento estilo lingüístico, rompiendo, como siempre se ha dicho, el espinazo a la sintaxis; integrando, en un estilo inimitable, oralidad, humor cáustico, argot popular, un ritmo narrativo vertiginoso y, por qué no, también hay lugar para el lirismo:-@

GREGORSAMSA: Céline es un excelente escritor, pero un perfecto hijo de puta. Yo admiro su talento – el mejor novelista francés de la 1ª M del S. XX, junto a Proust-, e incluso comparto su nihilismo pesimista, su misantropía, su extraordinaria habilidad para mostrarnos nuestras propias miserias, su antibelicismo –presente claramente en *Viaje*…–, su defensa del individualismo frente al grupo alienado…; pero no puedo aceptar que escribiera esos tres panfletos antisemitas, que por mucha actitud pacifista que tuviesen en su origen, contenían ideas explícitas de exterminio. Además, jamás mostró públicamente ningún gesto de arrepentimiento, tras conocer el horror de los campos de concentración…

BARFLY: Permitidme mediar, señores. Según su última mujer, Lucette Destouches –quien precisamente vivió a su lado y acompañó en su odisea de escritor apestado y denostado (de «desgracia nacional»), en su ostracismo danés y alemán, y en el regreso vergonzante, tras

la amnistía, a Francia- , en su libro *Céline secret*, cuando el escritor supo lo que realmente había ocurrido en los campos de exterminio se sintió horrorizado. Pero, tal vez, por orgullo o por cansancio, nunca mostró públicamente su arrepentimiento (:-(

Se puso los pantalones y advirtió en el espejo los cuerpos desnudos de las dos chicas con las que acababa de acostarse. Pensó, absorto en el esplendor de sus traseros, en las veces en que lo había hecho con Molly. Conservaba la belleza de esos momentos, la belleza de ella, y eso era suficiente para no cejar en su empeño de encontrarla. Se hurgó en el pantalón y encontró ese arrugado papel en el que una letra menuda desvelaba una dirección. Como en otras ocasiones, se repitió a sí mismo:

—Ánimo, Ferdinand. Sólo tú eres capaz de llegar al final de la noche.

BOVARY: Y por qué ese odio atroz a los judíos?

BARFLY: Sea usted bienvenida, Mme…:-X… El antisemitismo de Céline no tiene una base ideológica sólida. Se basa en una serie de estereotipos: los judíos se habían hecho con todo el dinero y el poder… Paradójicamente, también eran, según él, los que incentivaban la guerra y eso había que evitarlo a cualquier precio, aunque ello costara su exterminio… Los judíos se encontraron dentro del camino misántropo de Céline, como también lo hicieron los comunistas soviéticos (contra los que arremete en el panfleto *Mea culpa*) o en la última etapa, los chinos, el amenazante «peligro amarillo»…

MELQUÍADES: Pero en el fondo del antisemitismo de Céline está el amor: ese «infinito puesto al alcance de los caniches»:-X

BOVARY: No entiendo.

GREGORSAMSA: Yo tampoco, ¿qué tiene que ver el amor con una explosión de odio hacia el pueblo judío???

BARFLY: Más que el amor, es la falta de él. Me explico: todos sabemos la obsesión que Céline tenía por las bailarinas. Pues bien, también sabréis que en 1926, en un viaje a Ginebra, conoció a la bailarina norteamericana Elizabeth Craig, que no es sino el trasunto real de los personajes de Lola y Molly en *Viaje al final de la noche*. Con ella tuvo una relación tan intensa como atormentada: por un lado, lo introdujo en todos los caminos habidos y por haber del placer; pero, por otro, lo hacía sufrir, despreciando sus escritos, abandonándole en varias ocasiones. Cuando finalmente ella lo dejó para volver a Norteamérica, el escritor, que estaba profundamente colado por ella, la siguió como un perro faldero, humillándose continuamente, hasta tal punto que llegó a escribirle una obra de ballet, que no pudo ser representada, porque un productor JUDÍO de Hollywood la había rechazado… De ahí hasta su furor panfletario antisemita había sólo un paso ;-)

Después de tantas cartas sin respuesta, la posibilidad de que ella todavía estuviera en Detroit alimentaba en Ferdinand Bardamú la certeza de que había merecido la pena el viaje. Atrás quedaba el tedio de las consultas parisienses, la procesión interminable y monótona del devenir de los días, el purulento hálito de una clientela demoledora de toda esperanza. Sabía que a un culo inquieto como el suyo quedarse en un mismo sitio durante mucho tiempo podría obligarlo a convivir con el cadáver de la rutina, con los propios fantasmas personales; pero este viaje iba a ser diferente, pues si Molly conservaba su amor, él la correspondería por un largo tiempo, que podría ser toda una vida. Le haría tragarse esas palabras que ella pronunció días antes de su regreso a Francia:

—No, Ferdinand, no volverás… Y, además, yo ya no estaré aquí tampoco…

BOVARY: Vaya… Sorprendida me dejas.

MELQUÍADES: No vamos a entrar en las perversiones sexuales de la Craig, en las que participó activa y pasivamente el Dr. Destouches; pero sí puedo decir que era una auténtica «femme fatale» y que más

tiene de Lola –e incluso de Musyne–, que de Molly. La misoginia que muestra en el retrato de estas dos amantes se transforma en amor sincero en su relación con la puta Molly. Uno de los pasajes más bellos y líricos de *Viaje* es su despedida de la que había sido la única mujer con la que había estado realmente a gusto. Desde un presente narrativo, confiesa que sigue amándola y que siempre la amará:-[]

BOVARY: Tal vez Molly representa la parte más noble de Elizabeth Craig. Imaginaos que ambos se hubieran quedado juntos, a lo mejor esos panfletos no hubieran existido.

BARFLY: Juntos, dónde? En la vida o en la novela?

MELQUÍADES: En las dos. Imaginaos, un regreso de Bardamú a América en busca de Molly…

Sabía que tarde o temprano la encontraría. La dirección que le habían dado en el burdel era la correcta. Vivía en un amplio apartamento cerca del centro; al parecer, la vida no le había ido nada mal… El tiempo apenas había hecho mella en su belleza y seguía tan apetitosa como siempre. Tras la sorpresa inicial y la irrupción del recuerdo compartido, hicieron el amor toda la tarde. Y en el espejo de sus cuerpos desnudos juraron y perjuraron, aunque no hicieran falta las palabras, que era necesario compartir sus furtivos destinos, amándose a su manera, sin compromisos, sin ataduras, y sin más tiempo que el necesario para seguir siendo ellos mismos antes del fin.

EL SUEÑO DE LOS 20

Adriana Bañares Camacho

La belleza es como el alcohol o el confort,
te acostumbras a ella y dejas de prestarle atención
Viaje al fin de la noche, Louis-Ferdinand Céline

La niña de cabellos rizados casi cobres se ha despertado del sueño de los veinte. Los treinta vienen cargados de responsabilidades y hostilidades. Los treinta llegan con asedios y guerras. La niña de cabellos rizados casi cobres hace la maleta, dice volveré pero huye de un estado de sitio. El señor por el que se quedó cuando los treinta parecían aún tan lejanos, el señor que *contrajo*, como se contrae una enfermedad, la manía de escribir; como se contraen los virus o los matrimonios, como se contraen los músculos, como se contrae el amor, así, en definitiva: la enfermedad; aquel señor, se queda. Con su manía y la fealdad del mundo –frente a la gracia de la bailarina– vomitada con garbo en el papel. Para el escritor pasa de manera diferente el tiempo, y aunque no concibe el final de los veinte de manera consciente, siente la ausencia cuando bosqueja a sus personajes femeninos. Le falta Elizabeth Craig.

La mujer, lejana nínfula, cumple los treinta en Los Ángeles. Ya es demasiado mayor para ser bailarina, ya es demasiado mayor en los años treinta para ser, pero sigue siendo hermosa y sigue manteniendo el ritmo –y el equilibrio– y vuela más que camina, con la levedad que sólo tienen las mejores bailarinas. Como si nadara sirena en tierra y en el aire. El escritor ha perdido el contacto con la estética. París ha perdido la magia, la absenta, la bohemia; París tiene miedo, Europa tiembla de frío. El escritor bosqueja personajes femeninos para *Viaje al fin de la noche* pero siempre está ella. En cada página. En Molly. En Lola. Siempre. El problema de la realidad-ficción. Siempre. Y en todas las frases que se quedan en su mente. Ahí. Siempre Elizabeth Craig.

El hombre, enfermo, corroído por la tinta, el insomnio y la espera, arrastra su cuerpo como si le hubiera sido amputada alguna parte cinco mil seiscientas cincuenta y ocho millas hasta ella. *Mais elle n'est pas elle*. Y Céline se prepara para una noche abocada a la pesadilla.

La bailarina ya no ama al escritor. Se acabó el juego del mismo modo que se terminó la belleza. Ya no hay diversión en el placer de observar y tocar la carne joven. Ya no hay interés en la estética del sexo. No hay interés de *vouyeur* en Céline por las lesbianas.

Por qué querría estar con un hombre que ya no quiere compartirme. Cómo querría estar con un hombre que me envejece. Soy demasiado hermosa para. Cómo explicar que ya no busco la belleza. Busco el placer en la vida. La estética en la erótica femenina. La belleza en Kane-María Janses ha muerto sin ti entre sus brazos. Ya no eres aquel hombre. Ya no podrías ver la belleza en ninguna parte. Te han cegado los treinta. Ya no somos los mismos. Te has acostumbrado a la belleza.

Por qué me fui de la escena del crimen sin dejar rastro. Quién era yo para abandonarte. Quién era yo para merecer este papel en tu vida. Quién era yo y cuántas más hay ahora con mi nombre. Tantas con mi nombre y ninguna, como yo, que te conozcan. Quién eras tú para quererme. Quién eras tú para inmortalizar y relegar mi imagen a tu historia. Quién eras tú más que yo para darme un trozo de tu vida. Qué vida es aquella que tuve. Ninguna. Para que tú no pudieras formar parte. Quién era yo y qué vida era mi vida. Un punto en la nada. Mi vida un párrafo una descripción superficial. Tu breve y único amor verdadero: la dedicatoria.

LOUIS-FERDINAND DESTOUCHES AKA. LOUIS-FERDINAND CÉLINE: LA IGNOMINIA

Gsús Bonilla

CUADERNO DE NOTAS

Difícil saber si el ser humano se muestra especialmente inquieto con las crisis, calamidades, desastres, o si los desea inconscientemente. Esos condicionantes tan horrendos, esos previsibles imprevistos…
«Peligros», *Reparación*, C. K. Williams

Vale sí, era un facha, un nazi, lo que tú quieras, un auténtico hijo de puta ante los ojos del mundo mundial y sus aledaños. Posiblemente ante los míos también. Y qué pollas, no lo digo yo, lo dicen los que saben del tema, o, por así decirlo, todo lo que yo pueda manifestar sobre su persona ya está dicho, ya está escrito. Así que no me voy a repetir, ni seré yo el que trate de lavar su imagen, ni mucho menos justificar su persona, claro que, si esto tuviera que ser así, a estas alturas de la película los héroes, tratándose de personajes, ya fueron fusilados. Éste también. Resucitarlos sólo está al alcance de otros dioses, si es que, de esta manera, se me permite adjetivarlos, que con mayor o menor fortuna se empecinan en ir llenando, de verbos y otras síntesis, columnas, artículos, ensayos…e incluso propondrán libros colectivos a su memoria y homenajes varios, como éste quizá, que tienes en tus manos, para bien o para mal, donde yo, también con total libertad, tomo partido, porque así se me pide, porque así lo quiero; como decía, en el que entiendo que no podré aportar nada nuevo sobre el tema, para el caso: Louis-Ferdinard Céline, más allá de un singular punto de vista, el mío, si acaso en base a una primera toma de contacto con su vida y obra, y siempre, después de hallar de nuevo el pulso a alguna relectura y asombrarme, una vez más, con alguna que otra lectura recomendada; dicho de otro modo, y tratándose de honestidades, lo que yo pueda escribir aquí, entra dentro de las notas personales que como lector y escribidor ocasional,

un cuaderno propio conserva, y que, de alguna manera, considero necesarias para el entendimiento en el presente de un tiempo pasado, con el propósito quizá, de comprender mejor un tiempo futuro. Desde esta perspectiva no está de más buscar un principio, como en casi todo, necesario e ir tirando del hilo que me conviene, por vasto y preciso. Supongo que si escribo esta nota, para mí hoy algo más extensa de lo normal, es porque encontré en algunos de los textos del autor, o sobre él, el entusiasmo necesario, resultado de la suma: desconcierto más estupefacción; ya que a uno, como es mi caso, siguen asombrándole aquellos que consiguen hacer del miedo heredado una existencia real, siempre incómoda… ya sea ante el ojo, el oído, la boca; es decir, por miedo no queremos ver lo que realmente es; por miedo no queremos escuchar lo que realmente es, esto es obvio, y, así, estamos acostumbrados a que el gusto nos confunda el sabor de la amargura, si bien, con el dulce de azúcar del deseo, esto es, la distorsión de la realidad que nos rodea; así que me reconcilio con la buena fortuna, si hay alguien capaz, a través de su talento, sea el que sea, pero que se cruza en el sueño para despertarte del letargo de las siempre hipócritas buenas maneras y la doctrinal educación, espacios comunes, a lo largo de la historia reciente de la humanidad, donde el respeto se prostituye, razonablemente barato, por ambiguo. Aún hoy, rabioso por actual.

Va a ser, entonces, que a unos cuantos, a los que se nos pueda llamar amantes del agravio y de lo impropio, un pequeño, por extraño, ejército desvinculado de la sociedad natural del individuo o lo que se conoce por *gente de bien*, donde cualquier transgresión, dentro del pacto que los hace sociedad, no tiene cabida. Yo, que trato de ser coherente con mi escritura y oficio de tinta y papel, me siento, de pleno, identificado con esta milicia de desobedientes y su ideario. Porque cabe preguntarse, como poco, si tú como fulano no eliges nacer, qué capacidad de compromiso puedes adquirir ante la incertidumbre del mundo que te acoge; quizá se necesite un tiempo considerable para la respuesta e incluso puede que desaparezcas de este mundo sin haberte respondido; pero mientras vives, al menos lo justo sería poner en duda, entre otras cosas, la velocidad con la que

avanza, no se sabe muy bien a dónde, el género humano; entonces reparar en cada segundo, cada minuto, cada hora, cada día, cada mes, cada etcétera, con la grandilocuencia del que sabe, porque es lo único que no tiene vuelta de hoja, su destino, su meta, su final, y además pudiendo gestionarlo como mejor quiera o entienda, diñarla está al alcance de cualquiera. Este parecer está dentro de la cúspide de la sinceridad propia, y por tanto, debe salir hacia afuera con la misma sencillez con la que mana el agua de un grifo cuando se abre. El agua que fluye gustará, más o menos, pero la afinidad del gesto con la que se abre el grifo es la misma, para todos, en todo el mundo. Pero, porque me dedico a la palabra, lo puedo decir de otra manera, así pues, escribirlo; al fin y al cabo, se trata de ser honesto conmigo mismo y con los demás, posiblemente de la misma manera que lo fue Céline con su vida, por extensión, con su obra.

Así que el asunto es demoledor, descorazonador a partes iguales; nauseabundo cuando nos referimos al más común de los mortales, es decir, a ti, a mí, al otro y al de más allá… a la raza humana como panacea de la inteligencia y la verdad. Solo se necesita chascar los dedos y de esa manera tan espontánea, en un *click*, nuestras excelentes virtudes o cualidades humanas, al instante desaparecen. Se sucumbe, o claudicamos como personas, entre otras cosas, por el proceso de socialización y aprendizaje encaminado al desarrollo intelectual y ético del individuo, según costumbres, según moralidades o lo que es lo mismo, se está sometido a la educación y al avance humano con el único propósito de la supremacía como especie. Se podría decir que, como habitantes de un mundo, inexcusablemente compartido, con otros seres, igualmente necesitados del mismo oxígeno que alberga el aire, que el ser humano involuciona a parásito, invirtiéndose a nivel de especie, transformándose en el ser más retrógrado… consumiendo su hábitat, alimentándose descontroladamente de él, engordando desproporcionadamente cada segundo, cada minuto, cada hora, cada día, cada mes, cada etcétera, más y más. Tal es el despropósito, que se precisa organización, y es necesario de unas jerarquías que amansen el conjunto de personas que conviven y se relacionan dentro de este espacio, a su vez, divido

en otras dimensiones, cada una con los rasgos y caracteres propios, entonces distintivos, de la colectividad.

Como en los parásitos, si no hay un efectivo tratamiento previo, el lugar que ocupa como especie acabará por desaparecer. No podemos permitírnoslo. Aunque no se tengan las herramientas idóneas, ya sea porque no estén al alcance de los que mostramos nuestro desacuerdo, ya sea, por lo que sea, para parar esta debacle de la propia especie, hay que hacer, guste más, guste menos, de la declaración pública de una situación anómala el insecticida propio. Y aquí, posiblemente, es donde tiene cabida el oprobio y su liturgia. No gusta que en el desfile haya uno, ni dos, con el paso cambiado; ni que en la orquesta nadie desafine. Un todo precisa su marcialidad, y la musicalidad necesaria que marque el ritmo del rebaño; por ir en contra de la norma, de lo establecido serás objeto de la marca y el distintivo. La palabra precisa y exacta molesta; la locuacidad de su emisor, el tono empleado, correrán la misma suerte; mucho menos se admite que golpee en voz alta. La verdad que constituye el mundo real, lo que ocurre verdaderamente, sobre ello el pensamiento subjetivo y propio, autónomo y libre, que cincela esa misma realidad es molesto… claro, pero yo asimilo a Céline, por ejemplo, cuando sabes que la cota de la indignación se alcanza, ascendiendo por la pendiente de la vergüenza, y, aquí es cuando no gusta lo hablado, lo escuchado, lo leído, lo escrito; aquí es cuando se censura al individuo, cuando la honestidad es brutal, y no se admite la acidez de la verdad, la verdad que duele y escuece, la verdad que conmueve y encoge. Jode ver que se pone sobre la mesa el mantel decolorado de la hipocresía en la fiesta interminable del hombre, y es más incómodo aún, señalarle con el dedo como organizador del evento cuando se tiene por su predominio, los animales son «los otros», de Ser racional perteneciente al género humano, caracterizado por su inteligencia y lenguaje articulado. Lo triste, para nosotros, es tener que estar a un lado y otro del tapete, ser partícipe o no, si se quiere o no, en función de tu pensamiento y libertad; el llanto llega cuando se descubre que tú también eres parte en el menú de degustación.

Quizá hoy en este encargo, gracias a Vicente Muñoz y Julio César Álvarez, de escarbar en la piedra corazón de alguien que vivió, entre otras fatalidades, el horror de dos guerras, pero que, sin embargo, se posicionó sobre todo como miembro de la raza humana, por encima de cualquier ideología o credo religioso, porque en coherencia consigo mismo la única opción era la del antibelicismo. Por ello quiero concluir esperanzado, y sueñe más sereno que dormido, con que cualquier otro individuo, no sé dónde, ni cómo, ni cuándo, pero que al igual que Céline, ame la paz hasta el alucinamiento y la imprudencia, quizá como un particular antídoto ante la toxicidad de la violencia como enfermedad endémica del ser humano.

Quizás, también, en… o mejor dicho, con esa clave, leí lo que leí, entendí lo que entendí, de él y su particular y trastabillado recorrido por el siglo XX en el que el vómito y el llanto, el alborozo y el lamento, el desaliento y el genio y como en una conversación absurda, con uno mismo, pero que mantengo constante en mi diario, me aplique como cuento y moraleja, porque me huelo, que de un tiempo a esta parte, se nos ha llenado el mundo de diosecillos y niveles, que nos dicen:

Desarrollaros, reproduciros y morir.

Vale, entonces cojonudo, ni se hable, ni se escriba más; pero, al menos, permitidme que recele.

La cosa empezó así. Yo nunca dije nada... o lo dijiste todo, cabrón, con tu verborrea que ametralla, de la que nadie se libra, ¡todos fusilados!, ¡su mierda al aire!, ¡sociedad de apariencias!, es lo que les jodió, a ellos, los reyes de las artes de salón, perros que salvaguardan el espíritu francés, la apariencia, lo que aquí es hoy *la marca España*, ¡la poligonera!, un desfile de marionetas, ¡manipuladas por el culo!, que disfrutan sintiendo las vibraciones en el ojete, las transmiten a sus labios, modulan los gases, ¡hay que apartarse de ellos cada vez que hablan!, y no es la mentira que es la única verdad que sueltan, es que hieden, letras de mierda en los periódicos, lefa revenida de chaperos, ¡todos!, apretando el culo en misa, con ese moqueo de farla, esos aires que no disimula el incienso, pues eso es lo que legislan: el *Zyclon B de Bayer*, el que gaseó a los judíos, el que se carga al pueblo, el que cagan sobre el pueblo al peerse, ¡los mismos que te denostarían en España!, meros receptáculos, ¡lo son!... los que se llaman patriotas y están vendiendo el percal al mejor y único postor... ¡por nuestro bien que dicen!, ¡vagos y maleantes que somos!, y nos los dicen en alemán: ***Jeder*** *ist für sich selbst verantwortlich*!, nos ha jodido lo que jeda el traductor de *diosgogle*, por eso jieden, que cada uno tiene sus propias responsabilidades, eso dicen, que cobran poco por poner el culo, es su responsabilidad... y la nuestra jodernos en este circo a suputamadredeIVA,

¿Pero fueron sólo los puntos de vista políticos la causa de ese ensañamiento contra la obra de Céline? Parece poco probable. (...) En este país de estetocracia (...) todo lo que se precia de pertenecer a la clase dominante dice ser del ámbito del gusto, del discernimiento estético, del bien hablar, del bien escribir. (...) La casta en el poder se proclama a sí misma conservatorio de la cultura y basa en él su legitimidad... es su argumento de reserva, su salvoconducto. La señora -Señora Boca Selecta,

Señora Alta Costura, Señora Alto Standing- sabe que conjugando los subjuntivos dejará de una pieza al fontanero que le arregla el grifo. Aunque la gran dama no tenga dinero para pagar la factura del arreglo. La riqueza no da los galones, los da el uso del subjuntivo. ¿Han tomado buena nota? Creo que no. El mito del bien escribir es una pieza capital de la defensa de los valores burgueses. Si queremos herir en el corazón a la casta dominante hay que golpearla con sus subjuntivos, con su ceremonial de ese bello y vacío lenguaje, con sus carantoñas de esteta. El que de una vez deje de honrar a las santas reliquias que ella enarbola como enarbolan sus fetiches los brujos negros -sus grandes autores, su Gioconda, sus sillas Luis XV, su impecable gramática, su esterilizada lengua muerta, todo su amasijo de conservas de osamentas que se hace pasar por arte y cultura-, el que sólo logre hacer entrar en la cabeza de la cola del tren el auténtico arte vivo y tenga de su lado a la verdadera creación inventiva, no al disfraz patrocinado por los ministerios, ese anunciará el despido de la casta dirigente. Pero pueden estar seguros de que la casta dirigente se defenderá. Defiende su mito con su estilo: todos los medios son buenos, todos los golpes están permitidos (...)[1]

...

en el que entras aunque no quieras hacerlo: objetos voladores de silicona no identificada, la que pudre tu vida interior, te ponen frenético, sirenas sin agujeros, luces y miedo, mucha policía, eres malo, masoca, te va el tema, vergas hinchadas que sueñan con muñecas hinchables, es el futuro estandarizado, todos clones globalizados que se sienten únicos... pero no saben estar solos, por eso estás aquí, ¡te pone que te den!, que te roben las libertades que no quisiste disfrutar, las que sangraron otros, nos hemos colado en un cómic, ya no somos espectadores, el nuevo circo se hace con nuestros culos lubricados con polla *inside*, despedazados, chocolatinas con su colita de intestinos ondeando al viento, sí, como espermatozoides de cabeza cuadrada y plana... labios persiguiendo pezones en el cielo... ¡todo

1 Jean Dubuffet, *El hombre de la calle ante la obra de arte*. Editorial Debate, 1992.

por el aire!... egos que no entienden por qué no son el centro del espectáculo, ellos que tan bien lo han hecho, con su trozo de papel pal bul donde depositan la lefa, sus currículos, se merecen los focos del protagonismo sobre ellos, ¡los mejores!, los que siempre juzgan, ¡que las manos amputadas les aplaudan!, ellos, ustedes, tan engreídos en sus burbujas, sí, con sus jebes depilados y lustrosos, llenos de medallas y etiquetas, restos pegaos de mierda, caminando hacia la debacle, seguros de estar en el mejor bando, el eugenésico, el que les va a dar un paseíto hacia el matadero... calladitos ante la muerte de los demás, apresurándose a chupar pollas y así justificar que los otros, los vagos maleantes que no quieren chuparla, sean exterminados, gaseados al forzar candados y abrir los cubos de basura... ¡Sí, usted es el nazi! Usted justifica el genocidio de los Hereros y Namaquas en Namibia en 1904, con el que los alemanes estrenaron su perfil eugenésico, el mismo que lucía Hitler y Churchill, ese del que tanto se enorgullecen los estadounidenses y los israelitas, ¡espera a los chinos!, deja que le Putin se destape como el nuevo Stalin... si no se sofoca con el motín de los coños... que los Jemeres rojos sean bendecidos por gente como Sábato y Borges, adalides del nuevo orden mundial ensayado en la Argentina de Videla, en el Chile de Pinochet, donde el Friedman ya propone el estado del *shock*, el de la escuela de Chicago, o la mafia universitaria, los mismos que nos fríen hoy en día a nosotros, aunque aquí comprando los títulos, con el beneplácito de los que saldaron al socialismo... Nosotros, aquí, los que vendemos armas a los dictadores africanos, ¡ayuda al desarrollo!, ¿de qué cojones hablamos?, ¿por qué no decimos las cosas a las claras? ¡Ah! que eso lo hizo el Destouches, ese medicucho de los arrabales, bufón con diarrea de palabras que no quiso guardar las formas, que no entró en los eufemismos, uf, y esa jerga, esa manera de *describir las turbulencias de un mundo caótico que el escritor transmite al lector, perturbándolo, molestándolo en ocasiones, constituyen una denuncia sobre la explotación de la clase obrera, las condiciones de vida miserables e insolubles del proletariado que se hacina en los barrios periféricos...*[2]

2 María del Mar García, «100 escritores del siglo XX». Ariel, 2008.

Estamos pidiendo a gritos un nuevo Hitler y unos nuevos chivos expiatorios... ¡Todo papilla! Y puedo llegar a entender a Céline, sin pretender justificar sus extremos, pero si cambio la palabra *judío* por *corporación*, firmaría lo abajo escrito, un fragmento de Bagatelas, ese libro denostado, libelo, panfleto, una puta vomitona antitodo, nadie libra de las palabras del gran anarquista sin reconocerse en el espejo que fue Céline, amante de los extremos, los que siempre se tocan, el que sufría como otros sufrimos, a veces, al ver cómo se derrumba todo, es muy fácil volver a caer en teorías conspirativas, las mismas que dicen que la estopa que estamos recibiendo es gracias a un contubernio judeo-masón, sí, y los que niegan el exterminio judío no veo que recomienden la lectura de Céline y sí, por ejemplo, la del Señor de los Anillos... Aquí, ya en 1887, el catalanista Pompeu Gener distinguía entre judíos, al servicio del demonio del dinero, y los arios cuyo refugio era Cataluña, era el espíritu de los tiempos, todos estaban jodidos y había que echar la culpa a alguien, lo de siempre, nunca seremos los culpables por acción u omisión, nunca se irá contra los de arriba... sean judíos o no:

Le Standard en toutes choses, c'est la panacée du Juif. Plus aucune révolte à redouter des individus pré-robotiques, que nous sommes, nos meubles, romans, films, voitures, langage, l'immense majorité des populations modernes sont déjà standardisés. La civilisation moderne c'est la standardisation totale, âmes et corps sous le Juif. Les idoles "standard", nées de la publicité juive, ne peuvent jamais être redoutables pour le pouvoir juif. Jamais idoles, à vrai dire, ne furent aussi fragiles, aussi friables, plus facilement et définitivement oubliables, dans un instant de défaveur. L'adulation des foules est au commandement du Juif[3]

---

3 Fragmento de «Bagatelles pour un massacre», pág. 111. «Lo Estándar en todas las cosas es la panacea de lo Judío. Ya ninguna revuelta más que temer de los individuos pre-robóticos que somos, nuestros muebles, novelas, películas, autos, lenguaje, la inmensa mayoría de las poblaciones modernas ya están estandarizadas. La civilización moderna es la estandarización total, almas y cuerpos bajo lo Judío. Nunca antes los ídolos, a decir verdad, fueron tan frágiles, tan deleznables, más fácil y definitivamente "ol-

Así lo leo en el acojonante artículo de Andreu Navarra Ordoño:

Pudo haber sido su nazismo un último intento de no caer en la terrible polarización manipulada que sacudía Europa, de no volver a formar parte de la guerra, de evitar sus consecuencias para uno mismo. Este motivo es ni más ni menos que... el anarquismo. El anarquismo entendido como la libertad de someterse a un yugo en cuanto se desee, de esclavizarse a uno mismo a voluntad

¿cuántas cartas de insultos recibo al día? Siete u ocho... ¿y cartas de admiración inmensa?... casi otras tantas... ¿acaso he pedido algo? ¡de ningún modo! ¡nunca!... anarquista soy, he sido, sigo siendo, ¡y me traen sin cuidado las opiniones! [4]

O en este de Alma Bolón:

Es posible imaginar que, en el caso Céline, una sociedad que mayoritariamente colaboró con los ocupantes nazis o fue indiferente a la suerte corrida por sus compatriotas judíos y/o resistentes, busca imaginarse más heroica o, por lo menos, aceptable. Quizás por eso mismo, Céline encontrará apoyo entre los resistentes probados, en particular en Jean Paulhan, héroe de la Resistencia, que le abre las puertas de la editorial Gallimard en condiciones favorabilísimas...[5]

De traca, se lo aseguro señoras y señores... será la traca, la final. Ya no queda sangre, ahora el espectáculo es de silicona. Es lo que quieren ver y así será... faltaría más, estamos aquí para servirles y cumplir sus expectativas: no saldrán defraudados. Verán cómo una época, su época, estalla... y todo... no a la mierda, no... no se

---

vidables", en un momento de disfavor. La adulación de las multitudes está al mando de lo Judío». Traducción de Pablo Seguí.

4 Céline: *El hombre enfadado*, Biblioteca Babab.

5 Alma Bolón en: http://piensamaquina.blogspot.com.es/

confundan... es la mierda la que estalla: ustedes... el mejor espectáculo. Y en riguroso directo, no lo duden.

¡Entren, entren al circo Guerra!

ZEITGEIST CÉLINE

Puede que la vida, lo que somos capaces de aprehender de ella, sea un bucle, una variación que cada uno ha de hacer antes de regresar al pentagrama en donde solo seremos una nota más, vacía o no, de un réquiem. Puede que todo esté conectado, que no seamos capaces de cuantificar la esencia que todo lo relaciona, que seamos meros intérpretes de un algo del que no recordamos cómo desgajarnos, al menos para intentar coger la distancia necesaria para interpretarlo... y que el Arte sea el único medio del que todavía disponemos para desentrañarlo. Yo, así lo creo. Creo en la magia del Arte que activa en nosotros arquetipos, que no impone ni mediatiza, que es un punto de vista que complementa otros puntos de vista que también beben de la fuente ignota.

Podemos perder miles de vidas intentando ofrecer una visión, siempre parcial, de esa esencia que percibimos entre las grietas de una realidad, una de ellas, que por pacto u obligación impuesta, asumimos al adocenarnos con su doctrina o al luchar contra ella.

Al observar las grietas de esa realidad, desde dentro de nosotros y desde fuera, jugando con la falacia, para entendernos, que lo que está fuera de nosotros no parte de nosotros mismos, cosa en la que no creo, pues es mi parecer que todo lo que creemos percibir parte de nosotros mismos y, por ende, solo la visión interna es lo que prevalece en la creación, y que si queremos cambiar algo fuera lo hemos de transmutar primero en nuestro interior, asumiendo, que decía, que los contrarios no forman parte de la misma cosa, lo cual sería negar la Niebla, las gradaciones, los interludios, los silencios, el universo, y entraríamos en el pensamiento *seropositivista* que gangrena nuestra sociedad, nos posicionaríamos como lo que quieren que seamos todos, unos títeres de culo abierto y siempre receptivo a las manipulaciones, de cuencas vacías, con *gadgets* en los ojos, cámaras

que todo lo registran pero nada interpretan, sin punto de vista, así nos sueñan, sin identidad, meros *nicks* estandarizados, manufacturados en China, la chusma que acabará con todo, lo que dejen los yanquis, según Céline citando a Nietzsche, siempre buscando ser otros, alias del vacío, sin capacidad de asombro al observar las grietas de esa realidad, al editar nuestra propia película, ahondar en ella y despertar en nosotros ese impulso que es energía que nace del vacío y, así, al contemplar las grietas de esa realidad, crear, ser originales, nosotros mismos, con nuestras opiniones y la capacidad de defenderlas y asumirlas si cabe hasta el final, intentar conciliar los extremos en nosotros, y no alienarse nunca a la bipolaridad impuesta, la que te mangonea, a la vista está si quieres mirar, no alienarse, ni en el arte, como Céline, el maestro de la literatura no lineal, meter el dedo en el culo de la sociedad y retorcer, sacar tus entrañas a orear y dispersar los miedos...

Hoy, más que en ninguna otra época en la historia que nos han contado, es necesario el Arte. Céline es necesario. Y si me veo en el embrollo de intentar definir algo que ha perdido como todo en este mundo la esencia, entre otras razones por repetir la mentira hasta que la mentira es cierta para los bodoques del ávido consumo de novedades, si he de adjetivar, castrar, lo he de definir como el Arte sucio, pues no concibo Arte que no sea desgarro, no se trata de hacer un retoque con una herramienta informática, para eso están los políticos y sus juegos de apariencias, hay que dejarse las entrañas, lo que quede de ellas, y si dicen las corporaciones al diseccionarnos en un laboratorio que solo tenemos mierda, pues nuestra mierda, la que no somos capaces de digerir y la que sí, el alma en cada verso, el hígado en cada trazo, los intestinos anudados que son notas que no se olvidan, los cojones en la palabra, los ovarios sobre el papel, el coño y el culo sobre el lienzo, a la manera de Velpister, metáfora sublime de las grietas, espejo donde se refleja nuestra sociedad, la que quieren maquillar los restauradores del sistema, los que son llamados artistas por sus dueños, los que solo son y al serlo emponzoñan el digno oficio del albañil a los que denostan en los palacios a los que aspiran al venderse. Chupabajoshediondospurulentos no, no sois Arte.

Y así os lo dijo Céline. Ha de llegar el día en que las palabras recuperen su significado, su esencia simbólica. Espero el fin de los decorados. Espero entre bambalinas. Donde se cuece la vida. Las máscaras van a caer por su propio peso o guillotinadas. Por eso busco en mí y admiro a quienes poseen la palabra que incendia. Son los portadores de la llama original, esa que nos ha de alumbrar cuando ahondemos en las grietas y desgarremos el decorado. Lo quememos.

Mientras tanto, solo podemos disparar palabras a los cerebros de los merodeadores...

Céline como cargo de conciencia, decía. Así sigue siendo para Francia, así lo declaró ese que se pone alzas para salir en las fotos. La usura en su cara junto a la Kaiser tragasalchichas, los que olvidan que Céline fue un médico altruista en los arrabales, el mismo que dedicó su tesis doctoral a la figura del médico judío Semmelweis.

Seguimos en el mismo circo de egos, nada ha cambiado, viene otra gran mentira en la que morirán los de siempre y yo ya he hecho lo que he podido, aunque a veces es muy difícil ser pacifista, pero de serlo siempre a tu manera: atacando para remover conciencias, eso intento, aprendiendo de tus errores para no caer en las garras de mi egotismo, y así perder mi punto de vista, pues esto sigue siendo el *zeitgeist*, el único espíritu de nuestros tiempos, y hemos de matar el gen egoísta en nosotros, reivindicar nuestra parte altruista, la que sacrificaste en ti, maestro, porque lo tenías todo y ese todo te cegó al creer que tu parte valía el todo, y no, tenías muchos... pero no todos los puntos de vista.

De ti aprendí la deriva, a buscar y encontrar allí donde las probabilidades me decían que no se hallaba nada, sin saber qué buscar... gracias a ti me encontré al encontrarte en un rastrillo, tirado en el suelo en Candás, después de vomitar el mal vino en la playa... y, aunque sigo buscando, ya no estoy perdido en la noche mientras escucho el pitido del remolcador que todo se lleva...

No se hable más, pues

...

TRES ROSAS PODRIDAS

Daniel Ruiz García

Destouches. La tarde del 30 de junio de 1961, Louise lo acerca en coche hasta un colmado en el distrito de Clamart, el único sitio en el que todavía pueden encontrarse los cigarrillos africanos que aún le gusta fumar. Louise se enfurece cada vez que Destouches enciende uno, el doctor le ha advertido muy seriamente de lo desaconsejable de ese hábito en las actuales circunstancias. Él mismo ha confesado recientemente en una entrevista con Louis Pauwels para la televisión pública francesa que no fuma ni bebe. Sin embargo sigue agradándole el picor que le deja en la lengua el tabaco africano, es como rememorar sensaciones de otros tiempos, aunque raramente llega a apurar los cigarrillos; acaban raspándole la garganta. Fuma poco, un par de cigarrillos en la sobremesa y otro par tras la cena, y desde luego, por más que lo haya intentado, su paladar no ha llegado nunca a tolerar los Gauloises, ese tabaco francés que parece fabricado para estibadores.

Mientras espera dentro del auto a que Louise regrese, bajo un cielo dibujado a carboncillo, Destouches sufre uno de sus ataques. Desde lo de Ypres, es decir, hace casi cuarenta años, viene padeciendo esos accesos, pero esta vez el vértigo es más fuerte. Al pitido sostenido en los oídos le sucede un pedazo de silencio, de vacío, que se instala en sus tímpanos como un trozo compacto y áspero de nada. Siente que algo dentro del cráneo le da vueltas, es como una sierpe en movimiento, como una noria de feria que se hubiera vuelto loca. Dentro de la cabina, Destouches se pone nervioso. Intenta mover la cabeza, agitar las manos, recuperar su dominio sobre su propio cuerpo.

Él no recuerda ni una sola de las palabras que ha escrito. «Tal vez lo que más se necesite para salir de un apuro sea el miedo» fue una de sus frases.

Cuando Louise regresa lo encuentra pálido. Ha comprado su tabaco africano, y también un par de botellas de vino del tiempo, algo de paté y pan. ¿Te encuentras bien?, le pregunta, y Destouches

sólo asiente. Louise lo observa durante unos segundos. Contempla su mentón poblado de barba descuidada, el desaliño de su camisa blanca que le cae sobre los hombros como una prenda arrojada sobre un catre. Pero lo que más la irrita es esa ridícula maroma de esparto que su marido utiliza para amarrarse la cintura por encima de los pantalones, más propia de un vagabundo. Con su mano buena, Destouches intenta deshacer el adhesivo de la picadura, pero su mujer lo reprueba: por favor, no soporto el olor, espérate a llegar a casa. Destouches pregunta por el vino, a qué viene ese dispendio, y entonces Louise confiesa: es posible que esta noche venga Mikkelsen, está de viaje por París, le apetecía vernos. Destouches emite un bufido, y siente algo extraño en la zona derecha del labio. Es como si intentase mover un pedazo de carne muerta.

Adèle sale de casa al escuchar el pitido del auto. Viene corriendo, agitando sus caderas sebosas y su pechuga rebosante, y abre la puerta de Destouches. Ayuda al señor, ordena Louise, mientras siente que un arañazo de agua le resbala por el pómulo; está empezando a llover.

Él no recuerda lo que ha escrito. Lo ha olvidado todo. «Los gatos demasiado amenazados por el fuego acaban por fuerza yendo a arrojarse al agua». Es otra de sus frases.

Al aferrarse al brazo mullido de Adèle, siente que algo falla en su propio mecanismo interior. Ha dado la orden de apoyar el pie en la grava, pero la pierna no responde. Por más que la asistenta intenta evitarlo, Destouches cae al suelo, se derrumba.

Desde el otro lado del coche, Louise grita. Adèle se agacha, pero es demasiado tarde: el cuerpo de Destouches se escurre como una masa blanda, como un líquido denso filtrándose por un sumidero. El golpe de la frente contra la grava es inevitable. De su brazo bueno sale disparado el paquete de picadura. El bulto llega despedido hasta dos metros más allá, donde uno de los gatos que merodean la finca está bebiendo el agua de un charco. La lluvia repiquetea sobre el papel de la picadura como un tímido redoble de tambores.

De camino al interior de la casa, Destouches no siente nada. No se asusta, ninguna sensación de pánico, más bien se deja hacer.

Mientras las dos mujeres lo arrastran hacia el interior, tiene la ocasión de sentir cómo una gota gruesa de lluvia le golpea en los labios y resbala por su lengua. La diminuta explosión de frescura lo acompaña hasta que las dos mujeres consiguen tumbarlo con cuidado en el diván.

«Somos tan fútiles que sólo las distracciones pueden impedirnos de verdad morir», ha escrito, aunque ya no lo recuerde.

Tumbado en la penumbra, Destouches atrapa un pensamiento. Le cuesta mucho trabajo asirlo, porque es como si su cerebro se hubiera vuelto torpe, como si su cerebro fuera un par de manos de bebé, incapaces de atrapar un objeto en movimiento. La picadura. Está allí fuera, en el patio, y está mojándose.

Intenta gritar, pero no puede. Intenta indicarle a Louise o a esa estúpida gorda que corra afuera, a por su picadura, pero es imposible. No puede hablar. Su boca se ha paralizado. Entonces, de repente, ya no ve nada.

Él ha escrito: «La vida es eso, un cabo de luz que acaba en la noche».

Ahora es noche dentro del salón en penumbras, dentro del cráneo del escritor que permanece malamente tumbado sobre el diván, como de regreso de una gran borrachera, de una juerga descomunal. Por eso no puede escuchar la llamada telefónica de urgencia de su esposa Louise al doctor Daubert, su acento construido con sílabas de pánico. El doctor Destouches no se encuentra bien, por favor, venga cuanto antes.

Encienden una lámpara, hace calor. El pañuelo de cachemir que lleva anudado al cuello le hace sudar. Louise observa su frente perlada y le palpa la mejilla. El rostro de Destouches, con los ojos semicerrados, parece estar deshaciéndose. Le retira el pañuelo, le abre el pecho. El acordeón ajado de sus pulmones emite sonidos breves, como si lucharan sin mucha convicción por respirar.

Adèle abre las contraventanas, pero la brisa que se cuela por las hojas es mínima. De fuera llega olor a barro mojado, a polvo sucio arrastrado por la tormenta de verano. Uno de los gatos que merodean por el patio no tarda en auparse hasta el quicio. Se repantiga sobre el pretil y se lame la entrepierna.

El doctor Daubert tarda aún en llegar. Cuando llaman a la puerta, Louise, que ha tenido ocasión de hacer media docena de llamadas precipitadas y titubeantes, corre hacia el umbral. No es quien espera, sino Thorvald Mikkelsen, el dichoso picapleitos, que se hace acompañar de una nueva amiga. Mikkelsen viene con champaña y con una sonrisa colgada de las orejas, pero no imagina lo que va a encontrar. Destouches ha sufrido un ataque, una parálisis, algo, balbuce Louise, que no puede resistir abrazarse al pecho de Mikkelsen. El abogado tira de oficio: corresponde al abrazo con un aséptico y profesional palmeo en la espalda. Intenta presentar su joven acompañante a Louise. Le cuenta que también es bailarina, pero no de danza clásica como ella, sino de variedades, actúa durante varias semanas en el Bergère. Louise no escucha, está nerviosa, recorre el vestíbulo como si buscara su alma extraviada.

En el salón, al que sólo la asistenta gorda se atreve a entrar, permanece como en una capilla ardiente el cuerpo de Destouches. Al gato del alféizar se ha sumado un nuevo gato, que recorre indiferente el sofá y merodea entre los objetos.

Por fin llega Daubert. Entra como un huracán, con el fieltro de la chaqueta empapado, disculpándose con la mirada y ensayando un gesto de extenuación. Todo el mundo se empeña en enfermar a la vez, parece que se ponen de acuerdo, pero qué le voy a contar que no sepa, Louise. Destouches todavía sigue manteniendo su consulta, como reza el cartel de la entrada, de 14 a 16 horas todos los días salvo los viernes. Esta noche, sin embargo, no recibe visitas de ningún pordiosero moribundo. El pordiosero moribundo es él. Su colega Daubert ya está auscultándolo en silencio. Bajo la luz mortecina de la lámpara, la estampa del facultativo reclinado con su estetoscopio sobre el enfermo parece derretirse como una fotografía mojada.

Mala suerte. Mientras guarda con cuidado el instrumental, Daubert comunica el diagnóstico. Es un aneurisma, el riego parece haberse detenido, algún coágulo ha provocado obstrucción del flujo. Desde el estudio de Destouches, en el que han ingresado el abogado Mikkelsen y su amiguita para curiosear (la joven bailarina se siente especialmente intrigada por conocer el lugar de trabajo de

un escritor *decadente*), se escucha el alarido. Es de la esposa, quien debe encajar que la vida de Destouches está llegando a su fin.

La noche avanza lenta, perezosamente. El doctor, Louise y la pareja de visitantes permanecen en la cocina. El comportamiento del abogado y su amante no está a la altura. Demasiada frivolidad, es evidente que, especialmente para la bailarina de cabaret, la experiencia tiene más bien matices de aventura que de tragedia.

En el salón permanece el cuerpo de Destouches. El aspecto cerúleo y fruncido de su rostro parece haberse dulcificado con la usurera brisa que se cuela por las contraventanas. Parece relajado ahora, aunque aun con los ojos cerrados sigue teniendo el mismo rostro afilado. La conciencia se ha extraviado del todo, ahora es sólo masa, carne. Pero de su cabeza y sus manos salieron todas las palabras.

«Los perros, cuando duermen, se parecen a los lobos», escribió.

«El interior de los hombres huele a muerte», escribió.

«En la fatiga y en la soledad se manifiesta lo divino en los hombres», escribió.

La última expedición del doctor al salón confirma que le queda poco tiempo. El reloj lejano de la iglesia de Meudon ha dado las doce campanadas, así que la madrugada ha comenzado oficialmente. El abogado suspira con teatralidad, propone abrir el champaña que ha traído, tomar un trago. Louise asiente. En medio de su zozobra, se le ocurre una idea loca. Mojarle los labios en champaña a su marido, intentar que sienta el sabor burbujeante. Nadie le deniega ese último deseo.

El salón huele a podrido. Media docena de gatos lo recorre de un lado a otro como una invasión de ratas. Louise se abalanza sobre uno, grita fuera, y el gato se escurre bajo un ruido de metales y objetos tintineantes. Hace calor, el bochorno se puede palpar, es como si el ambiente fuera inflamable.

Él ya lo advirtió. «Por los olores es como acaban las personas, los países y las cosas. Todas las aventuras se van por la nariz», escribió.

Louise llama a Adèle. Con la botella de champaña frío en la mano, le pide por favor que salga afuera, que busque algunas flores y las traiga al salón.

La esposa se acerca al diván. Mira de cerca a su marido. Palpa su carne blanda. Ahora parece completamente dormido. Intenta asociar su rostro a algún recuerdo amable, pero el olor y el aspecto amarillento de la piel sólo le producen asco. Alrededor de la comisura de los labios la saliva es blanca como el yeso de un nicho. Bajo los párpados la piel se arruga y amorata como la carne de los codos.

«El amor es ella, la miseria», escribió Destouches. «Está en todas partes, la muy puta, no hay que despertarla, la miseria propia, ni en broma».

Louise consigue con esfuerzo abrir la botella. El tapón sale despedido por el parqué hasta rebotar en un mueble, regresando al centro del salón. La espuma desborda la botella, y Louise se echa al coleto el gollete. El champán le chorrea por la barbilla, pero Louise bebe con avidez. Después acerca la botella a los labios de Destouches, la inclina ligeramente, dejando que un poco de líquido penetre por su boca. En seguida el champán cae por la barbilla de Destouches, es como si el recipiente de su garganta se hubiera obstruido.

En ese momento entra Adèle, la asistenta gorda. Lo único que ha encontrado son tres rosas rojas, bastante amustiadas por el calor. Tres rosas podridas, de un color sanguíneo enfermizo, pustuloso, como de herida gangrenada.

Es el calor, se justifica. Lo marchita todo.

En medio del parqué, entre la media docena de gatos que pasean a sus anchas por el salón, Adèle distingue el corcho de la botella. Para recogerlo, debe agacharse sin soltar el jarrón de las rosas. Eso es lo que hace. Se agacha. Sin mirar hacia abajo. Coge el corcho, lo encaja en el hueco de la palma y cierra la mano.

UN HOMBRE UN POCO PESADO

Enrique Vila-Matas

A muchas almas nobles se les hunde el mundo si ven que han de reconocer que la inmensa calidad literaria de Louis-Ferdinand Céline convivió siempre con su monstruosidad moral. No hay quién lo entienda y todos buscan alguna justificación, explicación, argumento. George Steiner, por ejemplo, apeló a la *deformidad y monstruosidad* anticlásica de la obra celiniana para poder entender de algún modo esa extraña mezcla entre el escritor de genio y el fascista. Ahora bien, si hemos de ser justos, veremos que o aceptamos que Céline escribía muy bien y a la vez era un cerdo nazi y un ideólogo del asesinato de millones de judíos, o bien aceptamos que su obra se limitó a llevar a sus máximos extremos la monstruosidad moral de nuestro siglo (esto último quizás pueda ser más soportable para las almas nobles que nunca han roto un plato). Sin embargo, creo que, puestos a elegir entre una y otra disyuntiva, en el fondo da igual lo que acabemos eligiendo porque eso nunca cambiará una verdad como un templo: Céline fue un cerdo repugnante.

Ese cerdo tiene sólo dos obras de altura, las dos primeras: *Viaje al fin de la noche* y *Muerte a crédito*. ¿Para qué darle más vueltas? Las otras obras no son nada, o son sólo un desesperado intento de tocar siempre la misma melodía, la única que él oía: la de la muerte. Esas dos primeras obras están escritas en los años treinta, los años que conocieron en Europa un resurgimiento del realismo, de la novela populista y del compromiso político, de lo que en cierto modo esas dos obras se hacen eco. Con esas dos novelas, se presentaba como un escritor realista, tal vez el más realista de todos. Pero también hay que decir que, por muy paradójico que parezca, el más realista de todos odiaba la realidad. Así no es nada extraño que en *Fantasía para otra ocasión* –libro que me molesté una vez en leer: texto escrito a lo largo de la primavera de 1944, cuando Céline más acosado estaba por sus enemigos– empiece por esta declaración de principios: «¡El horror de las realidades! Todos los lugares, nombres, personajes, situaciones, presentados en esta novela son imaginarios.

¡Absolutamente imaginarios! ¡Ni la menor relación con realidad alguna! Se trata de una simple Fantasía... ¡y aún!... ¡para otra ocasión!».

Fantasía para otra ocasión –un día la leí y hoy, con cierto masoquismo, me dedico a rememorarla, tal vez para ver si escribiendo sobre ella descubro algo que no acierto a descubrir cuando me limito a pensar sobre ella– tiene dos partes, una en la que aún mantiene Céline el tipo (queda algún tenue eco de sus dos primeras novelas) y otra decididamente burlesca, puro aullido, al que invita al lector con sus repetidos: «*¡Hurle!*».

El horror de aquel «*¡Hurle!*» aún perdura, pero no me lleva a pensar nada nuevo que no sea pensar en «*¡Hurle!*». Un círculo infernal. No es extraño porque *Fantasía para otra ocasión* fue el ensayo general del horror literario que vendría después: unas crónicas (*Norte*, *De un castillo a otro*, *Rigodón*) en las que recuperó algo las formas aunque el aullido permanecía de fondo, como canción secreta, como rumor nihilista y terriblemente carnívoro. Un espanto todo. Gran paradoja: Céline buscaba en esos libros, dijo, un refinamiento que no estaba en *Viaje al fin de la noche* ni en *Muerte a crédito*. ¡Ya son ganas hablar de refinamiento!

Lo que al final sucedió es que, buscando refinamiento, el contenido de sus libros se simplificó, perdió complejidad, se instaló en el aullido brutal que sólo tocaba una tecla de un piano fúnebre para el que sólo existía la muerte, la muerte únicamente: «En el juego del hombre, el instinto de muerte, el instinto silencioso está colocado en el centro junto al egoísmo. Ocupa el lugar del cero en la ruleta. El casino gana siempre. La muerte también». Consecuencias siniestras de buscar la emoción pura, que tanto decía Céline buscar.

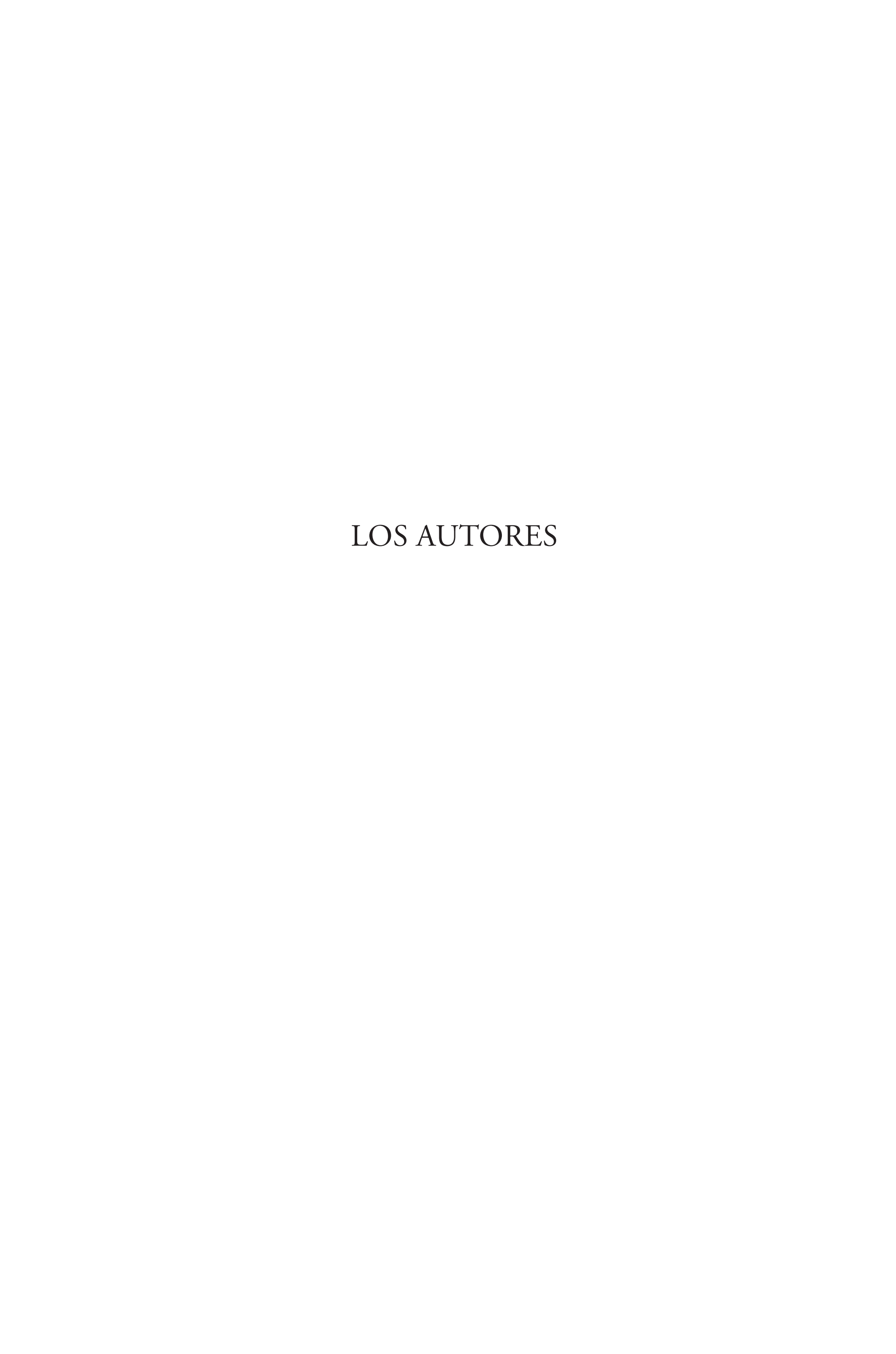
Con todo, reconozco que siempre he tenido con Céline sentimientos encontrados, y eso ha vuelto a ocurrirme hoy recordando *Fantasía para otra ocasión*, donde me ha parecido en esta ocasión ver que los aullidos de su monólogo rabioso confirman lo que en 1941 advirtió Jünger cuando le conoció en París: «Un hombre alto, huesudo, recio, un poco pesado, pero vivaz en la discusión o, mejor dicho, en el monólogo. Cuando habla tiene la mirada fija propia de los maníacos y se tiene la impresión de que este hombre camina hacia una meta desconocida».

Esa meta desconocida del hombre «un poco pesado» no era otra que la muerte, la muerte únicamente. Un hombre un poco pesado, pero vivaz en el monólogo. No fue sólo Jünger quien le vio con precisión, quien adivinó por dónde irían los derroteros siniestros de su futura prosa del aullido y del horror. Con la certera y alegre precisión de sus palabras, Juan Carlos Onetti alabó que Céline hubiera sido capaz de romperle el espinazo a la sintaxis francesa, pero recordó que era sobre todo el autor de un solo libro, el primero –ya ni siquiera, como se ve, valoraba *Muerte a crédito*–, y que lo otro fue pura cháchara y aullido, a la espera del tal vez imposible olvido: «Céline, hombre de un solo libro, a pesar del resto, hombre de un solo tema, escribió varias tonterías».

«Al final eso: cargante», que diría Beckett.

Vila-Matas, 17 octubre 2011

B I O G R A F Í A S



LOS AUTORES

Miguel Sánchez-Ostiz (Pamplona, 1950). Ha publicado las novelas: *Los papeles del ilusionista*, *El pasaje de la luna*, *Tánger Bar*, *La quinta del americano*, *La gran ilusión* [Premio Herralde de Novela 1989], *Las pirañas*, *Un infierno en el jardín*, *La caja china*, *No existe tal lugar* [Premio Nacional de la Crítica, 1998], *La flecha del miedo*, *El corazón de la niebla*, *En Bayona, bajo los porches*, *La nave de Baco*, *El piloto de la muerte*, *La calavera de Robinson* y *El Escarmiento*. También es autor de varios libros de poemas, diarios, ensayos y crónicas. http://vivirdebuenagana.wordpress.com/

Mario Crespo (Zamora, 1979) es licenciado en Historia del Arte y Documentación. Ha escrito y dirigido los cortometrajes *Odio* y *Sin título* y es autor de las novelas *LS6* [2010], distinguida en el Festival du Premier Roman de Chambéry como mejor opera prima española del año, *Cuento kilómetros* [2011] y *Biblioteca Nacional* [2012]. También ha coordinado, junto a José Ángel Barrueco, la antología *Viscerales* [2011] y ha sido colaborador habitual de prensa. Su obra poética y narrativa aparece antologada en libros como *Beatitud: visiones de la Beat Generation*, *Al otro lado del espejo*, *Vinalia Trippers* o *Heterogéneos*. Actualmente reside en Madrid.

Celia Novis, nacida en Sabadell (Barcelona) en noviembre de 1977, se licenció en Psicología, Periodismo y Comunicación Audiovisual en universidades de Barcelona. Se formó en Guión y Dirección de Cine en escuelas de cine de Madrid, La Habana (Cuba) y Nueva York. De 2007 a 2011 trabajó en el desarrollo y filmación de *On Vampyres and other Symptoms*, su primer largometraje documental como guionista, directora y productora, que ha competido y participado en festivales internacionales de cine (www.onvampyresandothersymptoms.com). Ha publicado reportajes periodísticos y fotográficos en medios escritos españoles durante ocho años y es co-autora de la antología de cuentos de terror *Una Navidad de Muerte*, publicada por Origami y del libro *American Jesus*, un diario de ruta sobre el rodaje de esa película documental rodada en EEUU. Actualmente reside en Nueva York donde ha terminado el guión de un largometraje de ficción y donde, aparte, se encuentra en la fase de desarrollo y producción de varios proyectos audiovisuales personales para filmar en Nueva York entre 2013 y 2014.

José Ángel Barrueco (Zamora, 1972). Ha publicado los libros *Recuerdos de un cine de barrio*, *Monólogo de un canalla*, *Vengo de matar a un hombre*, *El hilo de la ficción*, *No hay camino al paraíso*, *Para esas noches de insomnio*, *Asco*, *Vivir y morir en Lavapiés*, *Te escribiré una novela* y *Los viajeros de la noche.* Su obra aparece en numerosas antologías. Vive en Madrid. Blog: http://thekankel.blogspot.com/

Óscar Esquivias (Burgos, 1972). Ha publicado los libros de cuentos *La marca de Creta* y *Pampanitos verdes*. Es autor de las novelas *Jerjes conquista el mar*; *El suelo bendito*; *Huye de mí, rubio*; la trilogía formada por *Inquietud en el Paraíso*, *La ciudad del Gran Rey* y *Viene la noche*; y las novelas de aventuras *Mi hermano Étienne* y *Étienne el Traidor*. www.oscaresquivias.com

Bruno Marcos (San Sebastián, 1970) es licenciado en Bellas Artes por la Universidad de Salamanca y combina la actividad en el campo de las artes plásticas con la literatura y la docencia. Ha realizado numerosas exposiciones en España, Portugal, Italia y Nueva York. Además de textos y artículos ha publicado una obra poética *Libro de las Enumeraciones* [1996], un ensayo de estética *Muerte del arte* [1997], las novelas *Lo más profundo es la piel* [2002] y *La fiesta del fin del mundo* [2004], así como los diarios *Nevermore* [2007] y *Suite Voltaire* [2009]. Ha sido incluido en las antologías P*oesía Pasión, Diez Nuevas Voces* y *La Luz Escondida*. Ha recibido varios premios como los de Arte Joven de Castilla y León, el de Creación Literaria del Ministerio de Cultura, Letras Jóvenes de Castilla y León, Creación Literaria del Instituto Leonés de Cultura y Pro-arte de Castilla y León. http://www.brunomarcos.com/

Pepe Pereza. Nacido en Guijuelo (Salamanca), el 17 de Julio de 1964. Libros publicados: *Relatos del humo (y hachís),* Editorial Origami y *Esquinas*, Ediciones Lupercalia. Libros digitales: *Momentos extraños.* Publicado en versión digital en 2011. Groenlandia. Antologías en las que ha participado: *Beatitud. Visiones de la Beat Generation*. [Ediciones Baladí], *Narrando Contracorriente* [Ediciones Escalera], *Los miedos más profundos* [Groenlandia], *Antología del Des*

– *amor* [Groenlandia], *Plan 9 del Espacio Exterior* [Vinalia Trippers], *Especial erótico. Al otro lado del espejo* [La vida rima], *Trippers from the crypt* [Vinalia Trippers], *Black Pulp Box* [Aristas Martínez Editores] y *Pervertidos* [Ediciones Traspiés]. Blog: Asperezas, http://pepepereza.blogspot.com/

Isabel García Mellado. (Madrid, 1977). *Tic tac, toc toc* [Ed. Ya lo dijo Casimiro Parker, 2009], *Cómo liberar tigres Blancos* [Ed. Ya lo dijo Casimiro Parker, 2010]. Antologada en J*am Session de Poesía 06-08* [Ed. Escalera, 2008], *El Tejedor en...Madrid* [L.U.P.I, 2010], *2000 mg* [Zoográfico, 2010], *Poetas en los Jacintos* [Zoográfico, 2011], *Heterogéneos* [Escalera, 2011], *Por donde pasa la poesía* [Baile del Sol, 2011], *Bukowski club. Antología poética* [Canalla Ediciones, 2012]. Poemas suyos aparecen en varias revistas: *Pro-Vocación*, *Es hora de Embriagarse con poesía*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, etc. Participa en eventos poéticos como PoeMad [Madrid 2011], Festival de Perfopoesía Sevilla [2010], SELIN [Antequera, 2010], Poetas km2 [Madrid 2010], INVERSO [Madrid, 2009], Edita [Punta Umbría, 2009] y realiza esporádicamente videopoemas

Álex Portero (Madrid 1978). Ha publicado la novela *Música silenciosa* [2008], y dos poemarios: *Fantasmas* [2009] e *Irredento* [2011], todos en la editorial Endymion. Aparece en la antología de poesía *12+1*. Una antología de poetas madrileños de la misma editorial. Habita los pasillos del blog Jugando entre las ruinas [www.alexportero.com]. Lee con mucha ambición, escribe con mucha humildad y no sabe nada que pueda resultar productivo en este siglo. Eso sí, en el XIX, hubiera sido alguien muy respetable.

Vanity Dust (Barcelona, 1986) abre su blog en 2008, www.vanitydust.com, activo desde entonces. Actualmente cuenta con más de 800 textos. Es periodista cultural, escritor y asesora en imagen y comunicación a distintos sellos editoriales. También ha sido redactor en una revista literaria. A través de su blog ha establecido numerosas colaboraciones con fanzines, revistas y antologías, tanto digitales como en formato analógico. Actualmente trata de escribir su primera novela, para no ser menos.

Juanjo Ramírez Mascaró nació en Sevilla (1979) y se crió en Fuerteventura. Licenciado en Comunicación Audiovisual. Se gana la vida escribiendo para cine y televisión. Entre sus trabajos podemos destacar el largometraje de animación *Gritos en el Pasillo* [del que también es director], el thriller experimental *Mí* [dirigido por César del Álamo] el programa de humor *Vaya Semanita*. También ha colaborado con relatos en fanzines y webs como *Vinalia Trippers*, *Hankover*, *Creatura*, A*ntología de LdN* o *Black Pulp Box*.

Patxi Irurzun (Pamplona, 1969), es autor de los libros de cuentos *Ajuste de cuentos*, *Cuentos de color gris*, *Cuentos sanfermineros*, *El cangrejo valiente* y *La polla más grande del mundo*, las novelas *¡Oh, Janis, mi dulce y sucia Janis!, Cuestión de supervivencia*, *Ciudad Retrete* y *Odio enamorado* la recopilación de artículos *Mi papá me mima* y el libro de viajes A*trapados en el paraíso*, sobre su viaje al vertedero de Payatas (Manila). Ha escrito además varias biografías para niños (Beethoven , Franklin, Mozart...) y la colección infantil *Érase una vez en Navarra*. Ha ganado diferentes premios, como El Viajero, de El País-Aguilar, el Ciudad de Palencia o el Francisco Yndurain. Ha participado en diferentes antologías, como *Golpes*, *Tripulantes*, *Beatitud*, *Viscerales*, *Nadando contracorriente* o *Cuentos de fútbol* [en italiano, idioma al que también se han traducido varios de sus cuentos]. Junto con Vicente Muñoz ha coordinado el libro de homenaje a Bukowski, *Resaca/Hank Over* [y ambos mantienen el blog homónimo] y con Esteban Gutiérrez, «Baco», S*impatía por el relato. Antología de cuentos escritos por rockeros*. Sus últimos libros son la novela *¡Oh, Janis, mi dulce y sucia Janis!, Memorias de una estrella del porno -amateur* y el diario *Dios nunca reza*. Es editor del ciber fanzine de literatura subterránea *Borraska* .http://ajustedecuentos.blogspot.com

Juan Carlos Vicente (Madrid, 1976). Ha participado en los proyectos *STEVENSON* y *BLACK PULP BOX* [Aristas Martínez Ediciones] con los relatos *La Nave* y *Escualos*, respectivamente. Sus textos, artículos y entrevistas pueden seguirse en las revistas: *Culturamas*, *Mx Sinembargo* [México] y *El Puñal* [Chile]. Acaba de terminar su primera novela, *OPUS*.

Velpister. Artista multidisciplinar. Ha publicado un poemario titulado *Transeúntes del olvido*, editorial Groenlandia. Ha participado en diferentes antologías tanto poéticas como narrativas. Ha creado, dirigido y coordinado diferentes espectáculos teatrales cuyo género ha dado en llamar *musicoplastidrama*, en los cuales conjuga diferentes disciplinas como la música (piano), artes plásticas, escenografía, poesía/cuento y vídeo, actuando en ellos como pianista solista y narrador, además de escenógrafo. Ha editado un cuadro DVD con diferentes piezas musicoplastidramáticas titulado *Cola para genocidio.* Participa en diferentes revistas on-line o en papel como narrador y/o ilustrador. Expone sus obras pictóricas y escultóricas en cualquier formato en el que sea posible. http://velpister.blogspot.com

Esteban Gutiérrez Gómez (Madrid, 1963). Ha publicado los libros *El laberinto de Noé* [2008], *El colibrí blanco* [2009], *La enfermedad del lado izquierdo* [2011] y *13.0.0.0.0 (theREVOLUTIONisNOW)* [2012]. Imparte talleres de creación literaria de narrativa breve, fundó la revista *Al Otro Lado del Espejo*, dedicada en exclusiva al relato, y fue el impulsor del *Manifiesto por el cuento*. Junto a Patxi Irurzun ha coordinado el libro *Simpatía por el relato. Antología de cuentos escritos por rockeros* [2010]. Al ser un ser disociado publica su poesía bajo el pseudónimo de «Bacø». http://bacovicious.blogspot.com/

Pablo Cerezal (Madrid, 1972) Con su primera novela, *Los Cuadernos del Hafa* [Ediciones Carena, 2012], escrita con una prosa atrevida y de calidad, ha irrumpido en el panorama literario avivando la llama de las vanguardias y el «malditismo». Su palabra y fotografías toman vida en los líricos, incisivos y mordaces artículos de sus blogs: Postales desde el Hafa y Vislumbres de El Dorado. Ha colaborado en el monográfico *Spanish Quinqui*, de la mítica publicación underground *Vinalia Trippers*, sus textos han sido seleccionados en varias ocasiones para formar parte de la *Revista Cultural Onomatopeya* [México],y publica habitualmente en *La Razón* [Bolivia], *El País* [España] y *Esto no es una revista* [Argentina], entre otros muchos medios. Actualmente vive en Cochabamba [Bolivia], donde trabaja en la Fundación enseñARTE [Performing Life]y última su participación en diversas antologías y sus próximas publicaciones.

Javier Esteban (Madrid, 1978). Periodista especializado en información económica y política. Actualmente en excedencia. Ha publicado el libro de microrrelatos *El Principio Antrópico* [Viaje a Bizancio, 2010] y la plaquetrash *Lo Peor* [Aristas Martínez, 2011], amen de colaborar en las antologías *Siembra de Tinta* [Editorial Celya, 2006)], *Viscerales* [Ediciones del Viento, 2011] y *Black Pulp Box* [Aristas Martínez, 2012].

José M. Alejandro, «Choche». (Zamora, 1972). Licenciado en Bellas Artes por la Universidad de Salamanca. Actualmente trabaja como creativo gráfico e ilustrador freelance. Participa en diversas antologías: *Plan 9 del espacio exterior*. *Poemash*, *homenaje a Raúl Núñez* [Vinalia Trippers], *Trippers from the Crypt* [Vinalia Trippers], *Spanish quinqui - poemash, especial El Ángel* [Vinalia Trippers]. Lo puedes seguir en www.lainexistenciaestomacal.blogspot.com

Miguel Baquero, como novelista, es autor de las novelas *Vida de Martín Pijo*; *Matilde Borge, aviador*; *La rebelión de los insectos*; *Vidas elevadas* y *Objetos perdidos*. Como cuentista, ha publicado los libros *Diez cuentos mal contados*, *Figuras de alambre*, y ha participado en diversas antologías. Asimismo ha publicado las miscelánea *A esto llevan los excesos*, selección de entradas de su blog, del mismo nombre. Compagina la escritura con la edición de libros electrónicos, dentro de la editorial LcL libros, y última el lanzamiento del proyecto «Accesibles» de edición de clásicos españoles.

Carlos Salcedo Odklas (León 1980) http://odklas.blogspot.com

Joaquín Piqueras (Murcia, 1967) ha publicado los libros *Antología del desconcierto* [2004], *Concierto non grato* [2008], *Tomas falsas* [2009], *Tomas falsas V. O.* [2010] y *Los infiernos de Orfeo* [2010]. También ha participado en multitud de antologías, revistas y fanzines. Es redactor de la revista *Ágora*. *Papeles de Arte Gramático* y dirige un Taller de Creación Literaria en la UNED.

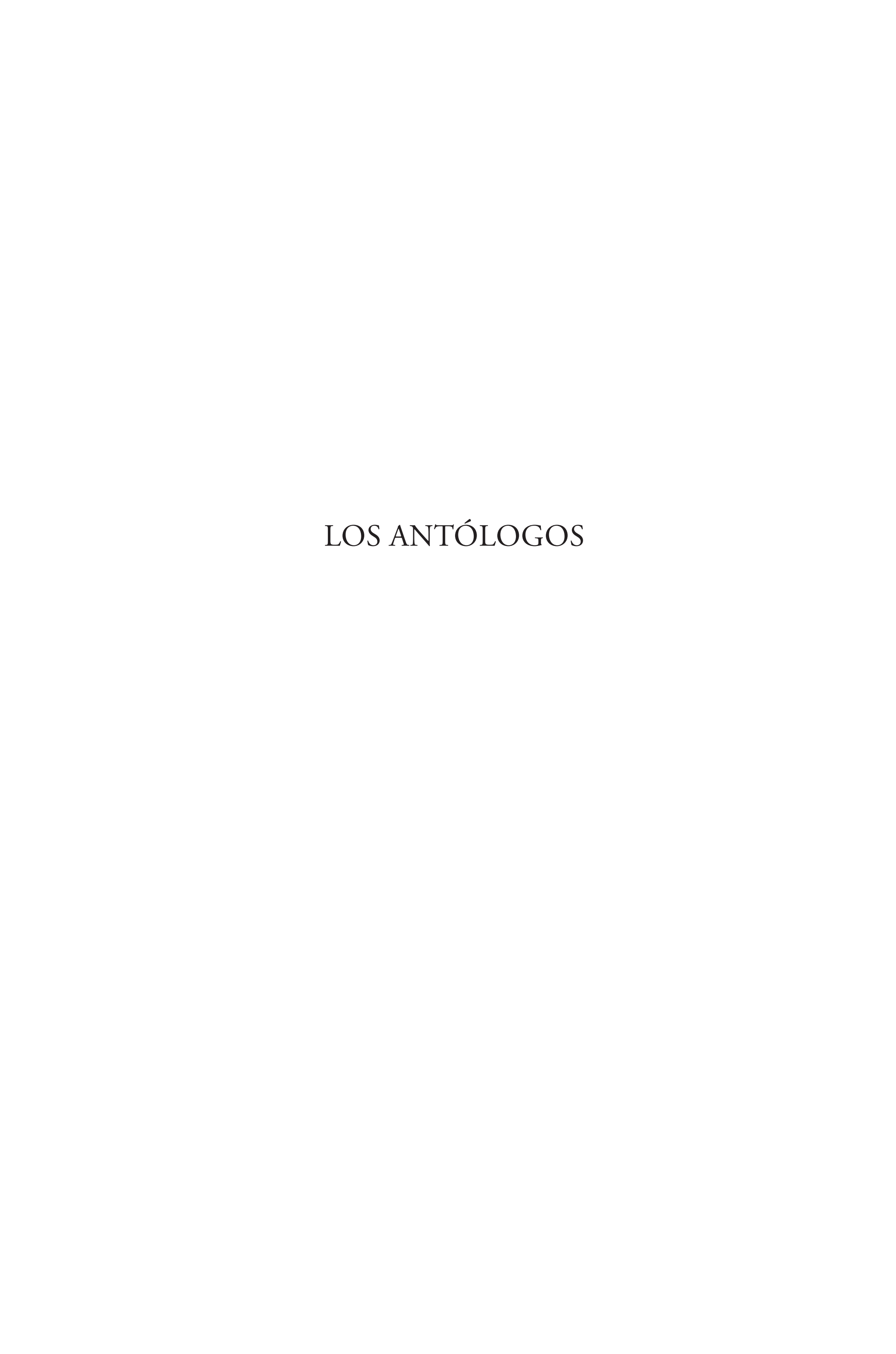
Adriana Bañares Camacho (Logroño, 1988) es autora de *La Niña de las Naranjas* [Ed. Emilianenses, 2010], *La Involución Cítrica* [Ed. Origami, 2011] y *Engaño Progresivo* [Fundación Jorge Guillén, 2012]. También ha participado en las antologías *Viscerales* [Ediciones del Viento, 2011], *Nocturnos* [Origami, 2011], *PoeTrastos* [LVR Ediciones, 2011)]y *Strigoi* [Ediciones del 4 de Agosto, 2012]. Edita, maqueta y dirige con Pat Maestro la publicación independiente *La Fanzine*. Administra el blog La Niña de las Naranjas [http://awixumayita.blogspot.com]

Gsús Bonilla (Don Benito, Badajoz, 1971). *El Forro* [Ed. de Autor, 2007]; *Ovejas esquiladas, que temblaban de frío* [Bartleby, 2010] ; *Menú del día…A día* [Baile del Sol, 2011]; *Mi padre, el rey* [La Baragaña, 2012]. Ha sido incluido en diversos libros colectivos y antologías de poesía; como poeta comprometido y ciudadano preocupado por su entorno ha participado en diversos recitales, lecturas, encuentros poéticos; su implicación con la literatura, en consecuencia con la sociedad, comienza en 2006 con la aparición en Malasaña [Madrid] del Bar Cultural Bukowski Club y sus *Jam Sessions* «miercolesinas de poesía».

Alfonso Xen Rabanal (León, 1967). Escritor, Detective Privado. Miembro fundador del Fanzine *Vinalia Trippers*. Ha publicado las novelas: *La cámara de Niebla* [Editorial Eclipsados, 2008] y *El tiempo del hombre muerto* [Editorial Origami, 2012]. Crónicas para decorar un vacío, www.elbluesdeluzazul.blogspot.com

Daniel Ruiz García (Sevilla, 1976) ha obtenido diversos premios literarios, entre los que se encuentran el de Novela de la Universidad Politécnica de Madrid, el Onuba de Novela o el Villa de Oria de Novela Corta. Ha publicado las novelas *Chatarra*, *Perrera*, *La canción donde ella vive*, *La mano*, *Moro y Tan lejos de Krypton*. Asimismo, fue coguionista del corto *Chatarra*, basado en su primera novela y preseleccionado para los Oscars de Hollywood en el año 2006. Blog: www.danielruizgarcia.es

Enrique Vila-Matas nació en Barcelona en 1948. De su obra narrativa destacan *Historia abreviada de la literatura portátil*, *Suicidios ejemplares*, *Hijos sin hijos*, *Bartleby y compañía*, *El mal de Montano*, *París no se acaba nunca*, *Doctor Pasavento*, *Exploradores del abismo*, *Dietario voluble*, *Dublinesca*, *Chet Baker piensa en su arte*. Traducido a 32 idiomas, ha obtenido un amplio reconocimiento internacional y ha recibido, entre otros premios, el Rómulo Gallegos, el Prix Médicis-Étranger y el premio Gregor Von Rezzori. Pertenece a la Orden de Caballeros del Finnegans, en cuyo escudo reza el lema extraído de la última frase del sexto capítulo de *Ulises*, de Joyce: «Gracias. ¡Qué grandes estamos esta mañana!»

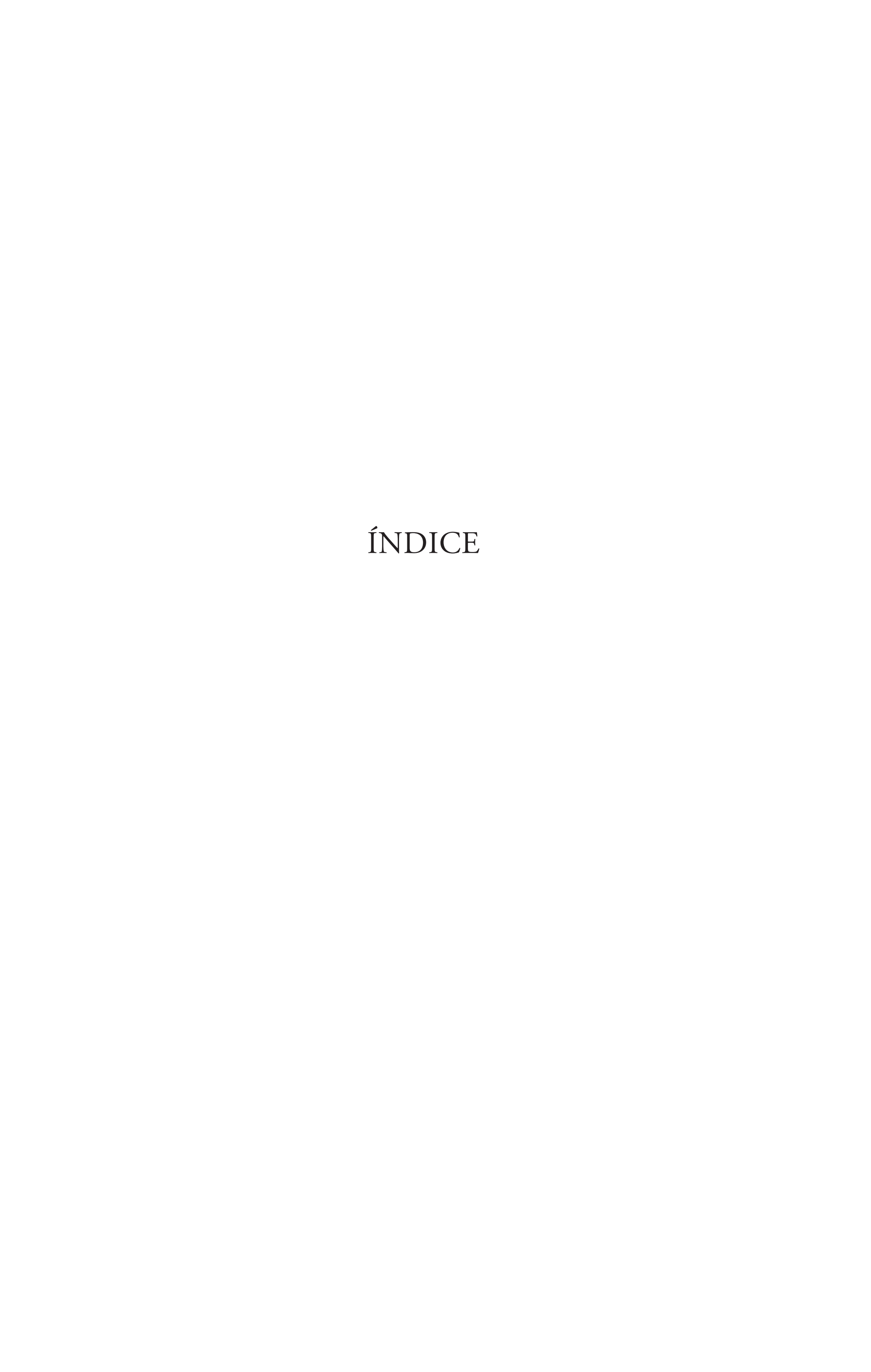


LOS ANTÓLOGOS

Vicente Muñoz Álvarez (León, 1966). Ha publicado poemarios: *Buscando la luz* [Vinalia Bolsillo, 1998], *Canciones de la gran deriva* [Ateneo Obrero de Gijón, 1999], *38 Poemash* [Vinalia Bolsillo, 2000], *Privado* [Baile del sol, 2005], *Estación del frío* [Ed. 4 del agosto, 2006], *Parnaso en llamas* [Baile del sol, 2006)] *Animales Perdidos* [Baile del sol]. Relatos y novela: *Monstruos y Prodigios* [Premio Letras Jóvenes Castilla- León, 1995. Reedición Amargord, 2007], *El pueblo oscuro* [Las palabras del pararrayos, 1996], *Perro de la lluvia* [Iralka, 1997], *Los que vienen detrás* [DVD ediciones, 2002], *El merodeador* [Baile del sol, 2007], *Marginales* [Eje Ediciones, 2008], *Mi vida en la penumbra* [Eclipsados, 2008]. Y ensayo: *El tiempo de los asesinos* [Iralka, 1998], C*ult Movies: Películas para llevarse al Infierno* [Eutelequia, 2011]. Ha coordinado las antologías: *Golpes: Ficciones de la crueldad social*, con Eloy Fernández Porta, [DVD ediciones, 2004], T*ripulantes: Nuevas aventuras de Vinalia Trippers*, con David González [Eclipsados, 2007], *Resaca/Hankover Un homenaje a Charles Bukowski*, con Patxi Irurzun [Caballo de Troya, 2008], *23 Pandoras: Poesía alternativa española* [Baile del sol, 2009], y *Beatitud: Visiones de la Beat Generation*, con Ignacio Escuín [Baladí, 2011]. Ha sido incluido en numerosas antologías de poesía y prosa contemporánea. Edita el fanzine *Vinalia Trippers*. http://mividaenlapenumbra-vinaliatrippers.blogspot.com.es/

Julio César Álvarez (León, 1978) es psicólogo y escritor. Fue cofundador y director editorial de la publicación *Azul eléctrico-cultura subterránea*. Es autor de *El tiempo nos va desnudando* [Ed. Magnéticas, 2009], co-creador del retrato generacional *Mientras el mundo cae. 50 nombres de la nueva escena cultural leonesa (2001-2009)* [Ed. Magnéticas, 2010] y de las novelas *Madrugada* [Eutelequia, 2012] y *Luz fría* [Origami, 2013]. También ha participado en antologías de relatos, *Una Navidad de muerte* [Origami, 2012], y en multitud de *fanzines* y publicaciones poéticas. Colaborador habitual en distintos medios especializados locales y nacionales, destaca su perfil crítico

en *Mondosonoro* o *Bostezo*, así como en revistas puramente literarias, *The Children´s Book of American Birds*, Vinalia Trippers o *Black Pulp Box*. También colabora con frecuencia en prensa digital, *ileon.com* o *Genetikarock.com*, y en instituciones de investigación de carácter internacional como el CSIC. Ha ejercido de locutor de radio, *disc jockey*, promotor musical y constante agitador cultural de la capital leonesa. Además, ha resultado finalista de premios literarios como el *Ars Creatio* o el *Hebe Plumier*. Mantiene el blog *juliocesaralvarez.blogspot.com*



ÍNDICE

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE
EL DESCRÉDITO,
VIAJES NARRATIVOS
EN · TORNO
A
LOUISE-FERDINAND
CÉLINE
DE VV. AA.
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN EL MES DE OCTUBRE
DEL AÑO
2013